

Gema Gil Gutiérrez

*el highlander y el
demonio español*



**EL HIGHLANDER
Y EL DEMONIO ESPAÑOL**

Gema Gil Gutiérrez

Gema Gil Gutiérrez

*el highlander
y el
demonio español*

© Gema Gil
© El highlander y el demonio español

ISBN papel: 978-84-686-9213-5
ISBN digital: 978-84-686-9215-9

Impreso en España
Editado por Bubok Publishing S.L.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A los que fueron, son y serán.

*A los que están, estarán y a los que
aunque no estando, están.*

Mi familia y amigos

Os quiero

CAPÍTULO I

España, junio del 2015

Regresar a su casa le provocaba un profundo desasosiego. Llevaba más de diez minutos frente a la puerta, intentando encontrar las fuerzas que necesitaba para decidirse a entrar, porque cuando lo hiciera, solo el más absoluto silencio le daría la bienvenida. Ser policía era un trabajo duro, pero estar especializada en terrorismo era peligroso y había requerido de un entrenamiento muy estricto. Paula y su grupo acababan de concluir una operación extremadamente delicada que había finalizado con éxito, y el departamento les había concedido unos merecidos días de descanso a los que posteriormente seguiría una propuesta de medalla. Todo un premio teniendo en cuenta las numerosas ocasiones en las que sus vidas habían estado en peligro, los días y las noches sin dormir, las jornadas completas sin comer y el agujero lleno de toda clase de porquería en el que había estado prisionera hasta que un golpe de suerte, sumado a su pericia en artes marciales, la sacó de una situación extremadamente comprometida y difícil que había estado a punto de costarle la vida.

Paula tenía veinticinco años. Hija única de un diplomático, se había pasado la vida en diferentes países. Sus conocimientos de varias lenguas extranjeras y su pericia con las artes marciales le habían abierto las puertas de par en par en su especialización. Al servicio de sus padres se encontraba un japonés, Watanaba, experto en las artes de los desaparecidos samuráis para su protección personal. Desde muy pequeña fue entrenada en estas artes, adquiriendo con los años un extraordinario dominio de las mismas. Cuando volvieron definitivamente a España, se licenció en filología inglesa con veintidós años e ingresó en la academia de policía.

Una noche, sus padres salieron a una de sus frecuentes cenas y nunca más regresaron. Una bomba acabó con sus vidas y con las de ocho personas más, entre las que se encontraba el objetivo de los terroristas. Su maestro, guardaespaldas y también su mejor amigo, había permanecido a su lado después de la tragedia, hasta que unos días antes de irse a su última misión, la muerte se lo había arrebatado también. Al activar el contestador automático, se encontró con un mensaje del abogado de Watanaba. Le pedía que lo llamara por teléfono para concertar una cita, de eso hacía más de dos meses. Paula lo había llamado inmediatamente, y al día siguiente, a mediodía, se dirigió a su despacho.

Todo fue muy rápido. El abogado le entregó un paquete y una carta. Paula lo cogió todo y tras los meros formalismos de rigor, se dirigió de nuevo a su domicilio. Transcurrieron horas antes que se decidiera a abrir ambas cosas. Después de haber cenado, se sentó cómodamente en su sofá preferido, y con manos temblorosas abrió la carta.

Querida Paula:

Si estás leyendo esto significa que ya me habré reunido con mis antepasados. Nada me satisface más que hacerte entrega de mis escasas pero preciadas pertenencias. Sé que las cuidarás y protegerás como yo lo he hecho desde que mi padre me las confió a mí, y como así ha ocurrido durante generaciones en mi familia.

Dentro del sobre encontrarás una llave, con ella recuperarás un último objeto. El director de mi banco tiene

un documento que te acredita como mi heredera y que te otorga plenos poderes para acceder al contenido de la caja de seguridad que allí poseo. Cuando la abras, llévate todo lo que haya en su interior, una vez que estés en casa, lee primero la carta que hallarás dentro.

Cuando contabas con tan solo cinco años, antes de empezar tu entrenamiento, aparecí vestido con el traje de combate del guerrero samurái para comprobar la fuerza de tu carácter. Mi aspecto era terrorífico, cualquier otro niño se habría puesto a gritar como alma que lleva el diablo, pero tú te quedaste mirándome fijamente con la boca abierta por la sorpresa para, unos segundos después, con los brazos en jarras, desafiarme y decirme muy seria que no me tenías miedo y que si me acercaba un paso más ibas a darme una paliza. Desde ese mismo momento te ganaste mi corazón y mi respeto. Te quise desde el primer día, y mi orgullo por ti no hizo más que aumentar con el tiempo. Tus padres y yo teníamos una hija maravillosa y única.

Paula, emocionada, abrió el paquete y desenvolvió con reverencia su contenido. Cuando las katanas de Watanaba estuvieron en sus manos, las asió fuertemente y lloró, lloró durante mucho tiempo por sus padres y por su querido maestro y amigo, perdidos para siempre.

Escocia, enero de 1330

Lord Patrick McDonald, el actual duque y jefe del clan más poderoso de las Highlands, con treinta años, había perdido a su mujer hacía tres, cuando traía al mundo a su segundo hijo. Desde entonces se había convertido en una persona huraña y solitaria que rehuía cualquier compañía, entrenaba duramente con sus hombres durante horas. A veces, desaparecía sin decir una palabra hasta el anochecer, otras, no regresaba durante días.

Una mañana recibió noticias de la inminente partida de un grupo de caballeros comandados por sir James Douglas hacia Tierra Santa. El rey Roberto había fallecido hacía poco, pero antes de hacerlo pidió a sir James, como su más antiguo y estimado compañero de armas, que llevara su corazón a Tierra Santa y lo depositara en el Santo Sepulcro, en Jerusalén. McDonald, consciente del estado en el que estaba sumido desde la muerte de su esposa, vio en esta empresa una buena oportunidad de alejarse de todo y encontrar algo de acción que le distrajera y ayudara a olvidar.

Tres días después, todo había quedado dispuesto en el castillo para que durante su ausencia las cosas marcharan sin contratiempos. Cogió a dos de sus mejores hombres y partió a reunirse con la comitiva. Cuando los alcanzaron, su llegada fue bien recibida. Douglas partió de Montrose con el corazón embalsamado del rey en una pequeña urna de plata colgada del cuello, junto con seis caballeros, veintiséis escuderos, lord McDonald y sus dos hombres.

Tras un largo y duro viaje se detuvieron en Sluys, en Flandes, donde más hombres se les unieron. Allí tuvieron noticias de la cruzada iniciada por el rey Alfonso XI de Castilla contra los musulmanes del reino de Granada, y decidieron partir hacia Sevilla, donde fueron recibidos por el rey con gran distinción.

Alfonso XI, bisnieto del rey Alfonso X el Sabio, nació en 1311. Hijo de Fernando IV de Castilla, subió al trono cuando solo contaba con un año de edad, por lo que la regencia recayó en su abuela, María de Molina. Reconquistó Algeciras y el estrecho de Gibraltar, y la energía con la que trató de cortar de raíz las revueltas, ambiciones e intrigas nobiliarias que fueran importantes durante su reinado, provocó que lo apodaran El Justiciero. Murió en 1350, en el asedio a Gibraltar, como consecuencia de la peste que asoló a casi toda Europa a mediados del siglo XIV.

Tras varios meses de intensas luchas, en pleno fragor de la batalla, Douglas y sus hombres divisaron a los sarracenos cerca del casillo de la Estrella, en Teba, en la frontera de Al-Ándalus.

El rey moro, Muhammed IV de Granada, había ordenado un ataque falso de caballería contra los cristianos, mientras, el grueso de su ejército trataría de atrapar por la espalda a la retaguardia del campamento cristiano. Alfonso, habiendo recibido informes de las intenciones musulmanas, mantuvo al grueso de sus tropas en la retaguardia mientras resistía el ataque frontal realizado por la caballería enemiga.

Los moros, incapaces de resistir los furiosos ataques cristianos, huyeron. Douglas, desconocedor del modo de lucha de los enemigos, los siguió y se encontró de repente envuelto en una conocida táctica bereber llamada *torna e fuye*, en la que los que huyen terminan envolviendo y masacrando a los perseguidores. Según la leyenda, Douglas tomó de su pecho el relicario de plata con el corazón de Bruce y lo lanzó lejos del alcance del enemigo, diciendo: «Ahora, muéstranos el camino, ya que venciste, y yo te seguiré o moriré». Douglas y casi todos sus hombres resultaron muertos en la batalla.

Su cuerpo y el relicario fueron encontrados juntos en el campo, y cuando Muhammed IV supo que pertenecía al rey escocés, envió los cuerpos de Douglas y sus hombres junto con el relicario a Alfonso XI con una guardia de honor.

Lord Patrick Macdonald, junto con los escoceses supervivientes, emprendió de nuevo el regreso a Escocia a finales de agosto.

España, julio del 2015

Antes de pasarse por el banco donde las otras pertenencias de Watanaba esperaban ser recogidas por su nueva propietaria, Paula había pasado muchas horas meditando acerca de su existencia durante los últimos años. Estudiar y trabajar eran casi las únicas actividades que se había permitido durante mucho tiempo. No se acordaba de la última vez que había salido a divertirse o a hacer otro tipo de cosas, como viajar, ir a un museo, al teatro, al cine, hacer senderismo... incluso, quizás, existiera un hombre en algún lugar que pudiera quererla por ser ella misma, en lugar de por sus atributos físicos, que aunque eran innegables, solo le habían reportado desengaños y dolor. En cuanto tenía un hombre delante podía leer con claridad cómo trabajaba su mente, pensando en la mejor forma de llevársela a la cama. Tras un par de decepciones, su trabajo se convirtió en su salvavidas, y su trato con los hombres se limitaba al entorno profesional. Su vida necesitaba un cambio drástico, y eso es lo que iba a hacer exactamente.

Al día siguiente se dirigió temprano a la comisaría donde trabajaba y solicitó una excedencia de un año. Sus jefes pusieron el grito en el cielo, después intentaron convencerla de la inconveniencia de cogerse un año sabático en esos momentos, en los que estaban programadas varias operaciones que requerían de su experiencia y destreza, y por último la amenazaron con sacarla del grupo y mandarla a patrullar por las calles, algo que no hizo más que fortalecer su decisión, y dejándoles con la palabra en la boca, se dio media vuelta y salió al exterior.

Empezó a hacer planes. Probablemente viajaría a Japón, para conocer el lugar donde Watanaba había nacido. Sí, empezaría por ahí. Mañana iría a encargar el billete de avión. Esa misma tarde visitaría un museo que exponía una pequeña parte de la historia de un país y una cultura que, junto con la japonesa, le había hecho pasar muchos buenos ratos mientras ahondaba en la comprensión de su forma de vida, de sus costumbres y de lo fuerte que el honor estaba arraigado en ella. Escocia, su historia y sus valientes y temidos highlanders. Quizá pocas personas se habían parado

a pensar en ello, pero los samuráis y los highlanders tenían muchas cosas en común: disciplina, orgullo, coraje, honor.

Dos días después solo le quedaba una cosa por hacer antes de partir. Había permanecido en el banco más de una hora, antes de que la permitieran acceder libremente a la caja de seguridad y pudiera retirar su contenido. Al parecer, la verificación de su identidad requería de unos trámites que pasaban por su comprobación con la base de datos de la policía, entre otras cosas. Esperaba que no la hubieran puesto en busca y captura después de su apresurada salida de la oficina el otro día.

Esta vez no esperó. Al llegar a casa se preparó algo rápido de comer, se acomodó y observó detenidamente las tres cosas que había encontrado en la caja de seguridad: dinero en efectivo, una carta y una bolsa pequeña que contenía algo duro. Tomó la carta entre sus manos y se dispuso a leerla, tal como le había sugerido Watanaba.

Mi querida Paula:

Voy a ser lo más breve posible. Con el dinero, haz lo que te plazca, tus padres tenían suficiente como para que no te falte de nada durante el resto de tu vida, pero si lo tienes a bien, me gustaría que se lo enviaras a la poca familia que me queda en mi país. La dirección la escribiré al final de la carta.

Ahora presta mucha atención, porque lo que vas a leer no es ninguna broma. Nunca he sido muy gracioso, tú me conoces bien, jamás jugaría con ciertas cosas y aún menos elegiría el momento de mi muerte para convertirme en un cómico.

Dentro de la bolsa hay un anillo que lleva engarzada una hermosa piedra multicolor, nadie conoce su origen ni su antigüedad. Los científicos a los que acudí hace muchos años me aseguraron que no existe en nuestro planeta nada igual, trataron por todos los medios de convencerme para que les dejara estudiarla, pero no podía permitírselo sabiendo como sabía el poder que albergaba, suponiendo que fuera cierto. Un extranjero a punto de morir entregó el anillo a mi bisabuelo, no sin antes contarle las propiedades que tenía la piedra y cómo usarla.

Cuando entré a trabajar al servicio de tus padres, el mío, pobre como era, no tenía nada que darme de valor excepto el anillo y las katanas, y al hacerlo me reveló su secreto. El anillo, según se ha ido transmitiendo a través de mi familia, tiene el poder de hacerte viajar en el tiempo.

Paula levantó la vista de la carta, frunciendo el ceño y absolutamente anonadada. Efectivamente, conocía muy bien a Watanaba como para asegurar que no estaba siendo víctima de una pesada y ridícula broma, pero de lo que no cabía duda era de que su amigo se había vuelto loco, y lo peor de todo es que ella no lo había advertido. Volvió a bajar la vista y continuó leyendo.

Ya te he dicho que no es ninguna broma, tampoco estoy loco.

Paula hizo una mueca. Watanaba siempre había tenido la rara habilidad de leerle el pensamiento.

Nadie en mi familia se ha atrevido a utilizarlo jamás, así que ignoro si es cierto lo que se dice de él. El extranjero le dijo a mi bisabuelo que hay que ponérselo y concentrarse en el lugar al que se quiere ir.

El resto es cosa tuya.

Paula abrió la bolsa que contenía el anillo y se quedó petrificada al contemplarlo. Era tan excepcional que por un momento creyó que en verdad era mágico.

Unos minutos más tarde lo volvió a meter en su bolsa y lo guardó en la caja fuerte que sus padres hábilmente habían camuflado en un doble panel. Tenía mucho que hacer aún, viajaría a Japón en un par de días y todavía no había empezado a hacer las maletas.

CAPÍTULO II

Su visita a Japón le había colmado de dicha. Fue muy bien recibida por los familiares de Watanaba, a los cuales les había entregado, personalmente, el dinero que les dejó. Visitó la mayoría de los lugares de los que su mentor le había hablado, e incluso pudo demostrar sus conocimientos con el manejo de la katana y sus habilidades en la lucha con alguno de los mejores maestros que existían en el país. Había ido a Japón para pasar un mes, y se había quedado tres.

A mediados de octubre llegó a Madrid. Tras unos días de descanso, se puso a programar su siguiente viaje. Ese otro país que deseaba conocer en profundidad. Entonces se acordó del anillo que tenía guardado en su caja fuerte y decidió sacarlo después de darse una buena ducha y tomar una ligera cena. El matrimonio que se encargaba del mantenimiento y asistencia de la enorme casa y que llevaban años con su familia había tenido que ausentarse debido al fallecimiento de un familiar y no regresaría hasta el domingo por la noche. Estaba sola en la casa.

Desde el mismo momento en el que vio el anillo fantaseó con la posibilidad de que todo fuera cierto. Había deseado ponérselo más de una vez y esperar el milagro, pero al segundo siguiente se avergonzaba de sí misma por su inmadurez y pasaba a dedicarse a cosas de mayor provecho. Ahora que estaba relajada y sin nada mejor que hacer, su curiosidad la llevó a convencerse de que tampoco tenía nada que perder, nadie se reiría de ella si cuando lo intentara todo seguía exactamente igual. Se compadecería de sí misma por su idiotez y fin de la historia del anillo y su poder mágico. Pero antes de intentarlo, solo por si acaso, pensó qué se llevaría a ese viaje si pudiera. No tardó mucho en decidirlo. Cogió una bolsa de deporte y metió dentro algo de ropa, una caja de tãmpax, unas zapatillas de deporte, el ipod, la cámara de fotos y su pequeña pero sofisticada cámara de video con las baterías y las de repuesto bien cargadas. Se vistió con un traje de ninja que Watanaba le había regalado hacía años, cogió su juego de katanas, antiinflamatorios, todos los antibióticos que encontró y unas cuantas barritas energéticas y de chocolate que se metió en los bolsillos del traje. Después abrió la caja fuerte.

Incluso sabía dónde quería ir. Antes de irse a Japón, cuando fue a visitar el museo donde exponían la historia de Escocia, un cuadro con un paisaje llamó su atención. La belleza de sus montañas, el campo lleno de brezo, el cielo tan azul, los hermosos caballos pastando tranquilamente —Paula adoraba los caballos, de hecho tenía un don y era una gran amazona— y muy al fondo, la imagen difuminada de un enorme castillo, le habían hecho desear estar allí. ¿Y por qué no? Ese sitio era precioso y era Escocia, eso sí, en 1330, justo lo que el anillo podía hacer, transportarla a través del tiempo. «Vamos, Paula, hazlo ya y terminemos con esto de una vez por todas», se dijo. Se colocó el anillo en el dedo y se concentró en el paisaje. Lo intentó tres, cuatro veces, quizá no se concentrase lo suficiente, no ocurrió nada. «Tonta, más que tonta —se repitió una y otra vez—. ¿Qué esperabas?»

Se recostó en el sofá y los recuerdos de su niñez y juventud acudieron en tropel a su mente. Todas las personas que amaba estaban muertas. Poco a poco el sueño la fue venciendo, y su último pensamiento coherente antes de dormirse fue poder estar tumbada en el campo contemplando el cielo en ese paisaje de ensueño en Escocia.

Escocia, octubre de 1330

Patrick Mcdonald había llegado a Escocia hacía quince días. Los restos de Douglas fueron depositados en el panteón familiar en la capilla de Saint Bride, y el corazón de Bruce enterrado solemnemente por Moray, el regente, bajo el altar de Melrose Abbey.

En cuanto puso los pies en sus tierras se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos su hogar. Al llegar al castillo, después de ser saludado por todo el mundo con alegría, se dirigió a su dormitorio, no sin antes ordenar que llevaran a sus hijos ante él. Mientras esperaba se aseó un poco para deshacerse del polvo del camino, se quitó la espada y se tumbó en su cama. Cuando los niños llegaron, Patrick estaba profundamente dormido.

Era tarde cuando se despertó al día siguiente, estaba sucio, vestido y hambriento. Hizo que le prepararan un baño y le trajeran un buen desayuno, que devoró con fruición. Después de un sueño reparador y sintiéndose un hombre nuevo tras haberse bañado y comido, se vistió y se dirigió a ver a sus hijos, pero lo que se encontró lo sumió en un gran desconcierto y tristeza. Sus dos hijos, una preciosa niña llamada Sarah, de cinco años, y su heredero, un niño de tres años al que habían puesto el nombre de Ewan, se pusieron a llorar en cuanto su institutriz les instó a que se acercaran a saludar a su padre. Tuvo que salir apresuradamente de la habitación para no tener que escuchar sus gritos y ver cómo resbalaban las lágrimas por sus hermosos ojos, como consecuencia del miedo que les provocaba su imponente presencia. Desconcertado, cogió su caballo y salió al galope del castillo, sintiendo una fuerte opresión en el pecho.

Unas horas más tarde había visitado parte de sus tierras y hablado con las familias que las habitaban, junto a cinco de sus hombres de confianza, los cuales lo habían seguido en cuanto salió del castillo. Ya de regreso, a unos quinientos metros de su hogar, pidió a sus hombres que lo dejaran solo. Tras varios minutos de protesta, Mcdonald consiguió librarse de ellos, subió a una colina desde la cual se divisaba un pequeño lago, medio oculto entre los árboles, y meditó durante largo rato acerca del abandono al que había sometido a sus hijos desde que su esposa había pasado a mejor vida, jurándose compensarlos por haberlos dejado solos durante tanto tiempo y ganarse su cariño. Acto seguido, se encaminó hacia el lago en el cual se bañaba todos los veranos desde que era niño, dispuesto a cruzarlo aunque fuera finales de octubre. Se merecía que se le congelara el culo por no haber previsto las consecuencias de su decisión al abandonar Escocia.

Paula tiritaba de frío. Mientras se despertaba sintió que su cuerpo le dolía como si una apisonadora le hubiera caído encima. Se puso boca arriba, aún con los ojos cerrados, y cuando comenzó a sospechar que ambas cosas estaban fuera de lugar, los abrió al instante y se encontró mirando un cielo de un hermoso tono azul tan solo empañado por unas pocas y pequeñas nubes. Nada de eso estaba la noche anterior en el salón de su casa. Se sentó en su sofá de golpe, miró a su alrededor, y se levantó lentamente con todos sus sentidos alerta intentando resolver la ridícula situación. Si esto era una broma, alguien lo iba a pagar muy caro.

Después de unos segundos, empezó a mirar con más detenimiento el paisaje que la rodeaba. Había algo en él que le resultaba extrañamente familiar; de repente, un presentimiento la arrolló con tanta fuerza que se quedó casi sin respiración. Ese paisaje... no, no podía ser. ¡Era imposible! Entonces se giró y lo vio. A lo lejos, espléndido, demasiado nítido y real para que lo comprendieran sus por primera vez aterradas neuronas, se divisaba un castillo, y ya no le

quedaron dudas, cayó al suelo de rodillas, sus piernas eran incapaces de sostenerla, y temblando, se quedó mirándolo atónita mientras consideraba la posibilidad de haberse vuelto loca.

Debía ser mediodía por la posición del sol cuando por fin consiguió que su cerebro saliera del estado de shock en el que se encontraba. Si realmente estaba en Escocia en 1330 podía tomárselo como unas vacaciones en un paraje turístico poco común y desconocido, o como si se encontrara en el programa concurso de supervivientes de la tele, en el que dejaban a un grupo de personas en una isla, sin prácticamente nada, y tenían que sobrevivir usando sus habilidades y fuerza de voluntad, solo que ella contaba con un par de cosas a su favor: ella sabía sobrevivir y además podría regresar de nuevo a su siglo cuando quisiera, tenía un anillo mágico en su poder que mediante un milagro que jamás entendería, funcionaba. ¿No quería aventuras y un cambio drástico en su vida? Pues esto superaba cualquier expectativa.

Recogió su mochila y las katanas del suelo y se puso a caminar en dirección al castillo, dando un rodeo para no ser vista y ser un blanco fácil. No era ninguna ignorante y sabía lo peligroso y violentos que eran esos tiempos. Había leído mucho sobre las Highlands, claro que el trabajo que ella desempeñaba en el siglo veintiuno se parecía bastante a los adjetivos con los que acababa de describir esa región.

Caminó aproximadamente durante diez minutos, internándose en una arboleda, donde encontró un pequeño y precioso lago. Cien metros más adelante se levantaba una suave colina, detrás de ella, a unos cuatrocientos metros se encontraba el castillo. Pero primero se sentaría un rato para pensar cómo presentarse en el mismo, beber un poco de agua y comerse una de las barritas energéticas que se había guardado en su traje ninja. A propósito del traje, no sabía si sería apropiado presentarse en el castillo vestida de esa guisa, claro que la otra opción era ponerse unos vaqueros, y eso sí que no lo entenderían. Mejor se quedaba como estaba, tapando todo su cuerpo y su rostro, y tratando de parecer un viajero venido de lejos, cosa que era más que cierta, si es que no la mataban antes.

Mientras pensaba en todas esas posibilidades y bebía un poco de agua, oyó un ruido, entrenada como estaba a escuchar algo más que sus propios pensamientos a la misma vez, se escondió todo lo deprisa que pudo detrás de unos matorrales. Unos segundos después, apareció una figura inmensa de entre los árboles que tenía enfrente. En un primer momento, entre la sorpresa y la poca visión que tenía estando como estaba pegada al suelo, creyó que podría tratarse de un oso, pero no tardó en darse cuenta de que lo que estaba viendo era a un formidable hombre, a unos cien metros de donde se encontraba, quitándose las ropas.

Debía de estar loco si lo que pretendía era bañarse, ella había bebido agua hacía un momento y estaba muy fría. Pero sí, eso es exactamente lo que hizo, sin pensárselo y sin que a Paula le diera tiempo a ver siquiera cómo era, se zambulló en el agua y atravesó a lo ancho el lago. Cuando llegó a la otra orilla, dio media vuelta y regresó. Fue al salir del agua cuando lo vio. Se quitó la cinta que llevaba atada al pelo y una melena larga, negra como la noche, descendió por su espléndida espalda hasta por debajo de sus omoplatos, entonces, se dio la vuelta en su dirección ignorando que era observado, y Paula se quedó literalmente sin aliento. Eso fue también lo último que hizo. Algo le golpeó en la cabeza y todo se volvió oscuro.

Un cubo de agua helada la sacó de su estado de inconsciencia abruptamente. Parpadeó unas cuantas veces, completamente desorientada y acto seguido, vomitó. Lo siguiente que sintió fueron unas grandes manos que la levantaron del suelo sin ninguna consideración. Sentía que la cabeza le iba a estallar, y estaba mojada, pero un momento después empezó a recordar dónde se encontraba, miró a su alrededor mientras escuchaba hablar, probablemente en gaélico y volvió a desmayarse.

Cuando volvió a abrir los ojos, todo estaba a oscuras. Parecía como si le hubieran roto todos los huesos del cuerpo y le seguía doliendo la cabeza terriblemente. Cuando su vista se habituó a la oscuridad, ayudada por una pequeña ranura de una pared por la que entraba algo de luz, comprobó con bastante desasosiego que la habían encerrado en una de esas mazmorras de las que había leído que tenían en los castillos, y peor aún, era la segunda vez que se encontraba en esa situación. La primera fue en su siglo, en Pakistán, donde fue hecha prisionera hacía relativamente muy poco tiempo, mientras intentaba recabar información acerca de un conocido e internacionalmente buscado terrorista y sus secuaces. En esa ocasión, un golpe de suerte a su favor logró que pudiera escapar. El antro donde estuvo metida durante dos días apestaba, pero si tenía que ser sincera, aquello era el jardín del edén en comparación con esto, por el olor y lo que le corría por algunas partes de su cuerpo. No quería ni imaginarse qué podía vivir en el lugar donde se encontraba.

No sabía cuánto tiempo llevaba exactamente allí metida. Por la ranura de la pared vio aparecer y desaparecer la luz una cuantas veces. Y por el agua, el trozo de pan duro y el cubo que le traían para hacer sus necesidades una vez al día, dedujo que debía haber pasado una semana más o menos. El golpe de la cabeza ya no le dolía ni las heridas parecían haberse infectado gracias a los antiinflamatorios y antibióticos que llevaba. Haber sido tan previsora y haber cogido algunos medicamentos y unas cuantas barritas energéticas y de chocolate, poniéndolas en su traje de ninja, sin duda alguna habían evitado que se muriera del todo de hambre o de alguna infección, debido a los múltiples cortes que tenía por todo el cuerpo, incluido el golpe de la cabeza. Si conseguía salir de allí y no le fallaban las fuerzas, mataría a alguien.

Estando en esos pensamientos, la trampilla se abrió. Iba por primera vez a gritarles que la dejaran salir, sabía que ser una mujer podría ser una buena oportunidad para dejarlos desconcertados, y su curiosidad les llevaría al menos de momento a sacarla de allí, odiaba tener que utilizar su condición de mujer para lograrlo, pero ni por un momento iba a consentir que sus días terminaran en ese repugnante agujero. No hizo falta. Alguien tiró una escalera adentro y dijo algo; aunque no lo entendió, lo tomó como una invitación a subir por ella y decidió obedecer sin rechistar. Le costó mucho ascender por la escalera. Cuando por fin llegó arriba y se puso de pie, no solo la luz la cegaba impidiéndola ver, también se dio cuenta de que las piernas casi no la sostenían a consecuencia de la debilidad. Tendría que dejar lo de asesinar a alguien para otro momento.

La guiaron de muy malas formas, sin decirle ni una palabra a través del patio hasta que entraron en el castillo, y una vez allí, entró a una gran sala donde de un empujón la hicieron caer al suelo. Entonces escuchó una voz que decía algo y supuso que se dirigía a ella. Con un hilo de voz, todavía en el suelo, dijo en inglés:

—No hablo gaélico.

Alguien debería hablar inglés, o todo iba a complicarse y ponerse feo. El gorila que la había escoltado y hecho caer al suelo se acercó a ella y la levantó sin ningún esfuerzo, zarandeándola. Teniendo en cuenta su corpulencia, no le extrañó. Le dijo algo con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas sobre lo que pensaba de ella, o más bien de él, tras escuchar la palabra *sassenach* y escupir en el suelo. Paula volvió a repetir, esta vez un poco más alto:

—No hablo gaélico.

En ese preciso momento fue golpeada de nuevo, pero en esta ocasión la furia y la rabia que sintió fueron tan fuertes que en lo único en que pensó fue en destrozar a ese hijo de perra. Golpear a ese animal no debía ser sencillo, pero ella no era cualquiera y además sabía dónde y cómo golpear sin esforzarse mucho, y mientras lo hacía, no pudo reprimir lo que le vino a la boca, y en

su propia lengua, el español, a gritos, descargó su ira:

—¡Maldito hijo de puta, si vuelves a ponerme tus sucias manos encima te arranco las pelotas y hago que te las comas, asquerosa y peluda bola de sebo!

Unos segundos después, un enorme highlander se encontraba en el suelo, tendido boca arriba, sin conocimiento. Media docena más, con una expresión de absoluta sorpresa, blandía sus espadas muy cerca de ella, rodeándola, y otros dos la tenían sujeta por los brazos, entre los cuales no hizo ademán de resistirse, debido a su ahora acusada debilidad. Toda la fuerza que le quedaba la había empleado en tumbar al armario empotrado. Una mano le quitó la prenda de cabeza con la que los ninjas se la cubren, y como si hubieran visto al mismísimo demonio, todos retrocedieron un paso o dos, excepto el que le había quitado la capucha, cuya expresión se perdió, al intentar no caerse cuando sus captores la soltaron como si quemara.

Cuando se fijó en el hombre que tenía delante, abrió los ojos como platos. Por todos los santos, era el gigante que había visto bañarse desnudo en el lago, vestido, eso sí, y a un metro de ella. Era absolutamente magnífico, increíblemente atractivo, peligrosamente masculino, y debía medir cerca de dos metros. Si no fuera porque desde que salió de las mazmorras no podía sostenerse prácticamente en pie, habría jurado que ese temblor que ahora sentía en las rodillas se lo provocaba él. El muy cerdo sonrió casi imperceptiblemente, como si le hubiera leído el pensamiento o se lo hubiera notado en la expresión de la cara.

Uno de los hombres dijo algo, y con solo levantar una mano lo hizo callar, por lo que dedujo que debía tratarse del jefe del clan.

—¿Quién sois y que hacíais en mis tierras? —le preguntó en un perfecto inglés, mientras arrugaba la nariz sin ningún disimulo y con una voz tan sensual que hizo que el estómago le brincara.

Ante ese gesto de repulsión supo que su aspecto y su olor debían ser insoportables, y con altivez le contestó:

—¿Qué es lo que le disgusta más, milord, que sea una mujer o el embriagador perfume que desprende como muestra de su generosa hospitalidad?

Unas risas se oyeron de fondo.

El highlander giró disgustado la cabeza hacia atrás, y las risas cesaron. Así que además, la muchacha era insolente.

—¡¿Una mujer?! ¡Que Dios nos ayude, si las mujeres tienen ahora este aspecto!

Esta vez, todos rieron. Aunque el jefe sabía que lo era, a pesar de no parecer que tenía mucho pecho, de toda la mugre que le impedía ver las facciones de su cara, excepto unos ojos enormes que parecían tener un color increíble, de su pelo recogido en un moño, cuyo color y longitud eran imposibles de adivinar, y la rara vestimenta que llevaba, la cual no permitía dejar ver sus formas, pretendía humillarla y ponerla en su sitio tras su osadía por haber contestado a su pregunta de una forma tan irreverente, pero ella se le adelantó y con una voz de lo más femenina le dijo:

—Oh, le ruego que me disculpe por haberme presentado ante vos con este aspecto tan lamentable. Si me hubieran avisado con la suficiente antelación, habría abusado un poco más de su generosidad y solicitado que me llevaran un baño de agua caliente y ropa limpia a los confortables aposentos que ha tenido la amabilidad de ofrecerme en su acogedor castillo.

Esta vez las risas se convirtieron en grandes carcajadas. El señor del castillo se volvió en un ataque de ira y habló en gaélico con tal fuerza y agresividad que en el gran salón todo se volvió silencio. Volvió a mirarla y con una furia que la sobresaltó le dijo:

—¡Y a los cuales, sin dudarlos, la volveré a enviar! ¡No tengo tiempo ni ganas de aguantar

impertinencias ni sarcasmos femeninos, le recuerdo que es usted mi prisionera y eso la deja a mi merced!

Él tenía razón, por ese camino no iba a conseguir nada, debía controlar su genio. Así que decidió cooperar e inventarse parte de su historia, total nadie iba a poder comprobarlo, y la posibilidad de decirle la verdad era impensable.

—Soy lady Paula y vengo de España.

—Aunque vuestro inglés es impecable, que sois española ya lo he adivinado por mí mismo, al delataros hablando en vuestra propia lengua. En cuanto a que seáis una dama, después de veros y escucharos, comprenderéis que tenga serias dudas —dijo con el ceño fruncido y de mal humor—. ¿Qué más?

—¿Qué más de qué? —preguntó ofendida.

—¡Estáis agotando mi paciencia, lady Paula o quien demonio quiera que seáis! —tronó Patrick.

Paula, sin levantar la voz para tener más efecto, pero herida en su orgullo, le contestó:

—Y yo estoy hambrienta, sucia, agotada, herida y ultrajada. Le recuerdo que tras haber sido golpeada fuertemente en la cabeza, fui arrojada sin piedad a ese agujero que tiene por mazmorra, donde habitan y se arrastran toda clase de cosas repugnantes, sin haberme roto milagrosamente ningún hueso en la caída, la cual no recuerdo porque debieron arrojarme sin haber recuperado el conocimiento que indudablemente perdí, tras lo cual podría haberme matado. En cuanto a la comida, mejor no hablamos, puesto que no hay comida sobre la que hablar. ¡Espero que entendáis que no estoy de humor para contestar sus preguntas, milord!

Ante la rotundidad de su argumento y la fuerza de su carácter, solo se le ocurrió decir:

—¡Estaba en mis tierras!

—¿Y todo el que entra en sus tierras recibe el mismo tratamiento?

—Solo los que no han sido invitados.

—¿No se le ocurre preguntarles por qué están allí antes de atacarles?

—¡Lo que yo haga en mis tierras es asunto mío, y basta de cháchara, soy yo quien hace las preguntas aquí! —rugió enfurecido.

—¿Sería mucho pedir que me permitiera comer algo, darme un baño y proporcionarme algo de ropa antes de continuar con su interrogatorio? —Eso le daría algo de tiempo para inventar algo decente y creíble.

Por todos los diablos, ¿esa mujer no iba a cerrar su boca ni un solo segundo y dejar de hacerle sentir como el mayor de los bárbaros? Aunque bien pensado, no podía reprochárselo.

—¿Qué le hace pensar que voy a ser tan benévolo?

—Nada en absoluto, se lo aseguro.

—Bien, me alegro de que por fin nos entendamos. —Se quedó mirándola unos segundos antes de alejarse unos pasos y dar instrucciones a un sirviente—. Tiene una hora para bañarse y comer un poco, después escucharé lo que tenga que decirme, antes de decidir si la devuelvo a sus espléndidos aposentos. —Acto seguido se sentó en un gran sillón.

Al cabo de unos minutos, alguien trajo una especie de bañera portátil, que ella sabía que se llamaba en aquella época tina, la cual colocaron junto a la gran chimenea que presidía el enorme salón.

—¿Voy a bañarme aquí?

—¿No pensará que le voy a dejar vagar por mi casa, o que le voy a ceder una de las habitaciones de mi castillo, verdad?

—No, claro que no. ¿Se ha dado cuenta de que el salón está lleno de gente?

—No está en condiciones de exigir nada, muchacha.

—Con tal de quitarme toda esta porquería de encima, me bañaría desnuda delante de toda Escocia si fuera preciso —le contestó, desafiándole.

Patrick hizo un gran esfuerzo por no reírse, tenía que reconocer que la dama poseía una gran dignidad, orgullo y carácter, eso aunque no quisiera admitirlo, le gustaba.

—Pero jamás olvidaré semejante ofensa y humillación —añadió ella.

Eso, en cambio, no le gustó nada, y le hizo recordar que a pesar de todo se encontraba delante de una dama y él era nada menos que un duque. ¿En qué estaba pensando, por todos los santos? A una orden suya, todo el mundo menos dos sirvientas que llenaban la tina de agua caliente abandonó el salón.

—Recuerde, tiene una hora.

—¿Puedo saber como debo llamarle?

Tras unos segundos de pensárselo, contestó:

—¿Que tratamiento le dan en su país a los duques, lady Paula?

«Joder, y además el engreído es un duque», pensó por unos segundos, antes de contestar:

—Gracias, excelencia.

Y con una ligera inclinación de cabeza, ese formidable y grosero espécimen todo masculinidad, cuyos grandes y rasgados ojos eran de una tonalidad azul tan hermosa, desapareció del salón.

Paula se metió en la tina tan rápido que las sirvientas apenas se dieron cuenta, afanadas como estaban con el agua y la comida. Al sentir el agua caliente en su piel, gimió de satisfacción y oyó cómo las sirvientas se reían por lo bajo. Ambas tuvieron que salir varias veces a por otra tina y agua para llenarla y así poder terminar con toda la mugre que llevaba pegada al cuerpo, y aclararla el larguísimo pelo que al desenrollar del moño que llevaba y ya limpio, caía en cascada por su espalda hasta su cintura. Cuando consideró que ya estaba impoluta, salió de la bañera y tuvo que soportar cómo sus ayudantes la miraban de arriba abajo, haciendo sonidos que delataban su admiración ante lo que veían al mismo tiempo que cuchicheaban en su lengua, consiguiendo que Paula se sonrojara. Mientras le secaban el pelo con toallas calientes y se lo cepillaban, algo que le proporcionó un exquisito placer, dio buena cuenta de los alimentos que le habían servido. Más que comer, devoró la comida. Por último se vistió con un sencillo y cómodo vestido que le estaba un poco ancho, algo que las hábiles doncellas habían arreglado mientras comía, corto, eso no tenía remedio, y aún menos con su metro setenta y cinco, una altura muy por encima de lo común en aquella época, y demasiado estrecho de pecho. Paula se enrollaba alrededor del busto una larga tela que impedía que sus senos se movieran y le molestaran cuando entrenaba, ya que estaba bien dotada. Para su supuesto viaje en el tiempo cometió la torpeza de envolverse, y sus senos llevaban aprisionados más de una semana debajo del traje de ninja y los tenía doloridos. Se acabó, y acto seguido, rasgó el vestido por el escote lo suficiente como para respirar y también lo suficiente, por la cara que pusieron las doncellas, como para que su escote no fuera considerado decoroso precisamente.

Mientras Patrick esperaba en la biblioteca de su castillo, impaciente por la tardanza de la dama que ya debería haberse presentado hacía más de media hora, no dejaba de pensar en su impetuosa prisionera. Jamás había visto una mujer con menos miedo que esa en su vida. Los meses que había pasado en España le mostraron que a las mujeres españolas no era fácil dominarlas, un rasgo sin duda que las hacía muy atractivas. No había gritado ni una sola vez para que la sacaran de la mazmorra, y eso, bien lo sabía él, era más de lo que la mayoría de los hombres podía soportar. Además se le había enfrentado con audacia y cinismo, eso le hizo sonreír, y por si no fuera

suficiente, había dejado fuera de combate a uno de sus hombres. En cuestión de minutos, esa mujer agradablemente alta, pero fea y gruñona como un demonio, había conseguido realmente impresionarlo, y eso no era fácil.

Estando en esos pensamientos alguien llamó a la puerta. Patrick le dio permiso para entrar. Se trataba de uno de sus caballeros, sir Diego Macleod de la Torre. Sir Diego era español, hijo del hijo menor de un laird escocés y de una dama española de la que se enamoró mientras recorría el mundo en busca de experiencias que le curtieran como guerrero. El padre de la dama solo le concedió su mano, cuando juró que se quedaría a vivir en España y que la haría feliz. Fruto de su amor nacieron tres hijos. Sus dos hermanas habían contraído matrimonio y vivían acomodadamente.

Ambos se conocieron durante la guerra en la que participó Patrick. Los padres de Diego fueron asesinados, y su casa saqueada y reducida a cenizas. El hecho de que Diego hablara perfectamente gaélico, los llevó a contraer una pronta y sincera amistad, y cuando Patrick iba a regresar a Escocia, al no tener nada que lo atara allí, le pidió que le dejara acompañarlo. Quería ver y conocer las tierras donde había nacido y se había criado su padre, la mitad de su sangre era escocesa, y ardía en deseos de conocer a su familia. Patrick aceptó encantado, ofreciéndole su casa indefinidamente.

—Pasa, Diego.

Diego se acercó con esa sonrisilla de oreja a oreja que Patrick conocía a estas alturas de sobra. Los españoles tenían un sentido del humor maravilloso que él francamente envidiaba, y agradecía profundamente tener a Diego como amigo, casi siempre terminaba haciéndole reír a carcajadas, y le había demostrado su lealtad y nobleza en numerosas ocasiones. Cuando algo lo preocupaba, le daba sabios consejos y cuando consideraba que ya estaba bien de hablar de cosas serias, terminaba la conversación con alguna salida de las suyas y entonces Patrick no podía evitar reírse y todo parecía estar de nuevo bien. Valoraba su amistad enormemente.

—¿Y bien? —dijo Diego.

—¿Y bien qué?

Entonces, en una imitación perfecta de su amigo, contestó:

—¡Está agotando mi paciencia, lord Patrick, o quien quiera que seáis, no tengo tiempo de aguantar impertinencias, conteste mi pregunta o le devolveré sin dudarle a sus espléndidos aposentos!

Patrick le tiró un libro a la cabeza y por poco no le acertó de pleno. Diego se rió de buena gana.

—Parece que mi compatriota no te ha caído muy bien y te ha alterado visiblemente.

—¡Es insolente e irrespetuosa, necesita un hombre con mano dura que la enseñe cuál es su lugar! Además es poco agraciada, quizá por eso tiene el carácter tan agriado.

—¿Domar a una española? Eso sí que es bueno. Intenta obligarla a hacer algo que no quiera, y te habrás ganado su desprecio y a un formidable enemigo, sin embargo, si te ganas su corazón, dará su vida por ti sin pensárselo. Además, Patrick, ¿en qué estabas pensando para arrojarla a una mazmorra durante tanto tiempo, es que te has vuelto loco?

—No tenía ni idea de que se tratara de una mujer, mis hombres la metieron en la mazmorra y no me había vuelto a acordar del prisionero hasta hoy, que mandé lo trajeran a mi presencia, te aseguro que me he quedado de piedra cuando me he dado cuenta. Pero en su honor debo reconocer que jamás había visto semejante valentía y aguante en una mujer.

—En eso estamos de acuerdo, además tumbó a uno de tus mejores hombres y al más corpulento en un abrir y cerrar de ojos. Eso ha sido increíble.

—Sí, todo ha sido muy confuso, no sé cómo lo ha hecho, se movía muy rápido. Un golpe de suerte, supongo.

Patrick se sirvió un vaso de whisky y le ofreció otro a su amigo.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Todavía no lo he decidido, primero quiero escuchar qué tiene que decir.

CAPÍTULO III

Las doncellas la acompañaron hasta las puertas, donde dos hombres apostados se hicieron a un lado para dejarla pasar y escoltarla hasta donde el lord del castillo la aguardaba. La mayoría de los hombres que estaban una hora antes en la gran sala se volvieron a mirarla. Paula levantó la cabeza en una postura regia, se enderezó y siguió a los dos fornidos highlanders que la precedían sin apartar la vista del frente, con lo cual no pudo advertir la cara de estupefacción que todos pusieron al verla.

Al llegar a la biblioteca y tras el perceptivo permiso, la doncella anunció que la prisionera se encontraba en la puerta. Patrick dio su consentimiento para que la hicieran pasar. Se encontraba de espaldas a la puerta, hablando con Diego, pero ante el repentino silencio y la asombrada expresión de la cara de su amigo, el cual se había quedado literalmente con la boca abierta, se giró abruptamente. Entonces la vio.

La boca se le secó, el estómago se le encogió, el corazón se le aceleró y la copa de whisky se le escurrió de entre las manos y cayó ruidosamente al suelo rompiéndose en mil pedazos. Se quedó mudo y paralizado ante la belleza que estaba delante de sus ojos. Paula se dijo para sus adentros con mal disimulada satisfacción: «Ahora no dudas de que soy una mujer, ¿verdad, estúpido arrogante?»

Diego, viendo el estado de shock en el que Patrick se había quedado y en el que él mismo se encontraba, reaccionó el primero, y adelantándose unos pasos, hizo una perfecta y elegante reverencia delante de ella y acto seguido se presentó.

—Milady, soy sir Diego Macleod de la Torre, para servirla —le dijo en español.

Paula se quedó pasmada al encontrar a un español en Escocia en el siglo XIV, y precisamente, entre los cientos de castillos que debía haber, en el mismo donde se hallaba ella. Sin poder contenerse, se abalanzó hacia él y lo abrazó efusivamente, emocionada por la inesperada y feliz sorpresa. Diego, comprendiendo muy bien por lo que la muchacha acababa de pasar, entendió el impulso y alivio que la había llevado a abrazar a un perfecto desconocido, una situación muy inadecuada en una dama. No le ocurrió lo mismo a Patrick. Sin saber porqué, esa escena tan calurosa no le complació en absoluto, y tras carraspear para hacerse notar, dijo:

—Le recuerdo, lady Paula, que esto no es un emotivo reencuentro entre familiares que llevan tiempo sin verse y que sigue siendo usted mi prisionera.

Paula se separó de Diego, pidiéndole disculpas por su impulsividad.

—Ha sido un placer, milady, estoy a su entera disposición —le dijo con una sincera y agradable sonrisa. —Entonces, dirigiéndose a Patrick en gaélico, le dijo con toda la intención de burlarse de él y enfurecerlo—: ¿Como era...? ¡Ah, sí! ¿Poco agraciada y fea? Quizá deberías volver a rebozarla en inmundicia, porque probablemente tendrás en breve a todos los hombres en cien millas a la redonda revoloteando a su alrededor como moscas disputándose sus favores, y yo, mi querido amigo, sabiendo lo poco que te agrada, seré el primero en cortejarla, si no tienes inconveniente, siempre y cuando no esté ya comprometida o casada, por supuesto.

Patrick lo fulminó con la mirada.

—Gracias, sir Diego, ha sido usted muy amable —dijo Paula. Y acto seguido se encaró a su carcelero, diciéndole—: Excelencia, goza usted de toda mi atención, lo escucho.

«¡Esta mujer es realmente insufrible!», pensó Patrick. Diego sonrió, gesto que no le pasó inadvertido a Patrick. Cuando terminara de hablar con ella, le rompería el cuello.

—Más le vale, le recuerdo que me debe una explicación que me convenza de no mandarla de nuevo a la mazmorra, y créame que lo haré.

«¿Cómo se puede ser tan condenadamente guapo y desagradable a la vez?», pensó Paula. De todas maneras no iba a dejarse intimidar por él, nunca nadie lo había conseguido, y en peores plazas había toreado. Una cosa es que estuviera en el siglo XIV y otra que se adaptara a él de tal modo que dejara de ser ella misma. Se había criado en los siglos XX y XXI, los hombres no tenían ningún poder sobre las mujeres y por nada del mundo iba a permitir que eso cambiara, les gustara o no a esos trogloditas.

—¿Qué quiere exactamente saber?

—Qué hace en Escocia y cómo llegó a mis tierras.

Aunque durante el baño no pudo pensar en mucho, aparte de lo realmente agradable que era sentir el agua caliente y el jabón de lavanda en su cuerpo, algo tomó forma en su mente, y a partir de ahí improvisaría. Para eso era una policía experta en terrorismo, había aprendido bien a mentir, su vida podría depender de su habilidad para hacerlo, le habían entrenado concienzudamente para que pudiera superar las pruebas del polígrafo en caso de que fuera necesario someterse a él. Cuanto antes terminara con eso, mejor.

—Nunca tuve intención de entrar en sus tierras o en las de nadie y mucho menos ofenderle. Estaba perdida e ignoraba que pudiera ser tratada y encerrada en una mazmorra como un vulgar delincuente por tal motivo. Es evidente que no estaba bien informada sobre sus bárbaras costumbres. ¿Cree usted que podrá perdonarme?

Macdonald no daba crédito a la mortífera lengua que tenía esa mujer, ni a su osadía encontrándose en la situación en la que estaba, pero prefirió ignorar el veneno que destilaba. Mientras la escuchaba y miraba, pensó que los ángeles no podían ser más hermosos, claro que el demonio también era un ángel. La verdad es que le tenía totalmente desconcertado.

—Está muy lejos de su país. ¿Qué hace en Escocia? ¿La acompañaba alguien?

—Vengo sola. En cuanto a qué hago en Escocia, lo que haga en su país no es de su incumbencia, y puesto que ya le he dicho por qué me encontraba en sus tierras, no tengo por qué darle más explicaciones.

—No se lo estoy pidiendo, se lo estoy exigiendo.

—Antes le escuché claramente decir que no le gustaba perder el tiempo. Además, si fuera tan amable de devolverme mis pertenencias, me iría y no tendríamos que volver a vernos jamás.

Patrick estaba fuera de sí. Jamás nadie había tenido la audacia de enfrentarse a él de esa forma; por mucho menos que eso había matado a muchos hombres. Y ella, una mujer, le estaba haciendo quedar como un imbécil. Instintivamente se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Cálmate, Patrick —le pidió Diego.

—Tienes razón, creo que voy a estranglarla con mis propias manos, será más placentero.

—Caballeros, cuando tengan algo que decir, les agradecería que fuera en una lengua que domine —intervino Paula.

—¡Sigue siendo mi prisionera!, ¿lo entiende ahora? —le dijo Patrick en español.

En ese momento fue Paula la que se quedó con la boca abierta. Tenía un acento muy fuerte al pronunciar su idioma, pero por los clavos de Cristo, le había hablado en español. Entonces miró a

Diego y le preguntó:

—¿Habéis sido vos quien le ha enseñado?

—Ha estado en España durante muchos meses, yo diría que se defiende bien.

Paula tuvo que reconocerse a sí misma que se había quedado sorprendida.

Patrick abrió las puertas de la biblioteca y habló a gritos, alguien se acercó a toda prisa, y tras hablar con él unos momentos, desapareció tan apresuradamente como había llegado.

Dirigiéndose a Paula, le dijo:

—¡He tenido más paciencia con usted de la que he tenido en mi vida con nadie. He ordenado que le preparen una habitación, donde permanecerá recluida hasta que yo disponga lo contrario. ¡Eso es todo!

—¿Y mis cosas?

—¡Usted ya no tiene nada, excepto lo que yo le ofrezca!

—¡No puede hacer eso, necesito las cosas que se encuentran dentro de mi bolsa de viaje, y mi anillo!

—¿Tan importantes son?

—¡Son muy impor...!

Paula se quedó callada, en ese momento se dio cuenta de que acaba de facilitarle los medios para que él la retuviera a su antojo sin que ella pudiera evitarlo. Si no recuperaba el anillo jamás podría regresar al siglo XXI, y ese miedo la hizo cometer un error imperdonable. Tanto entrenamiento y esfuerzo para nada. Si alguien de su equipo se hubiera enterado, la habrían sacado del grupo inmediatamente. Ese hombre la alteraba hasta límites insospechados. Y enfadada consigo misma por haber cometido semejante desliz, impropio en ella, dijo en voz baja, pero no tanto como para que no la oyeran:

—Mierda.

Patrick, sorprendido una vez más de la inteligencia de la mujer y su lengua, conteniendo la risa dijo:

—Debo entender que acaba de darse cuenta de lo que acaba de hacer, ¿no es cierto?

Paula improvisó algo, aunque sin mucha convicción.

—Lo que llevo no tiene valor para usted, son recuerdos de mi familia, y su valor sentimental para mí es inestimable. Por favor, devuélvamelos.

—Creo que de momento los pondré a buen recaudo. A partir de ahora se comportará como una dama en todos los sentidos y me mostrará el respeto que merezco.

Paula se mordió la lengua para evitar contestarle y empeorar la situación, estaba claro que la pelota estaba en su terreno, y ella tendría que actuar con mucha prudencia.

Llamaron a la puerta, la habitación estaba preparada.

—Llévensela, dispongan lo necesario para que no le falte comida ni nada que pueda necesitar, y cierren la puerta con llave cada vez que entren y salgan.

Paula se volvió hacia Patrick antes de salir de la biblioteca, mirándole intensamente a los ojos con una mirada felina. Patrick la observó alejarse andando con majestuosidad y orgullo. Y cuando consideró que ya no estaba al alcance de su vista, salió de la habitación a toda prisa, ignorando a su amigo, cogió su caballo y salió al galope de su castillo con rumbo desconocido. Entonces y solo entonces, Diego dejó de reprimirse y se rio con todas sus fuerzas, había sido tremendamente difícil aguantarse. Probablemente ninguno de los dos había notado que eran tal para cual, enzarzados como estaban en no cederse terreno el uno al otro. Pero estaba seguro de que si dejaran de comportarse como si se odiaran, podrían llevarse bien. Eso sí, tenía que reconocer que

su compatriota, aparte de poseer una belleza extraordinaria, tenía una inteligencia, agudeza de ingenio y carácter como jamás había visto. No le extrañaba que Patrick estuviera de tan mal humor, no estaba acostumbrado a que se le llevara la contraria, y menos que una mujer y además extranjera lo perturbara de esa forma. En cuanto se le presentara la ocasión, intentaría mantener una conversación con ella y sonsacarle algo de información. Aunque no había duda de que era española, algo en su forma de hablar y en su comportamiento no le encajaban.

Patrick bajó de su caballo con la respiración agitada. No entendía muy bien qué le estaba pasando. Una maldita mujer extranjera había tenido la osadía de enfrentársele delante de todos sus hombres y de haberle dejado en ridículo, y él, a cambio, se había mostrado con ella poco más que como un corderito, accediendo a sus peticiones para volver más tarde no solo a humillarle de nuevo sino a perturbar gravemente su estado emocional, mental y físico cuando contempló la transformación de esa mujer en la cosa más hermosa que había visto en su vida.

¡Dios bendito! Se había quedado sin aliento al verla. ¿Cómo era posible que tanta suciedad pudiera ocultar a una diosa? Las curvas de su cuerpo eran perfectas, sus senos... ¿Acaso no era consciente de la provocación de su escote? Y por cierto, ¿de dónde habían salido esos pechos tan exuberantes y firmes? Juraría que no estaban ahí cuando la vio por primera vez, claro que ya no estaba seguro de nada. Su pelo era tan negro como el suyo y le llegaba hasta la cintura, y sus ojos, ¡oh, cielos!, nunca había visto unos ojos así, eran enormes, rasgados, y... ¿violetas? Jamás había visto un color así, era tan irreal como mágico. Sus ojos eran tan hermosos que dejaban a uno perturbado, y su boca, ¿cómo era posible que alguien pudiera tener una boca tan... sexual? Eso era, su boca era una incitación al pecado. El intenso deseo que había provocado en su entrepierna lo sorprendió con una tremenda erección que tuvo que ocultar como pudo. Habían pasado casi tres años en los que si bien había estado con algunas mujeres, ninguna le había afectado de esa manera ni de cerca, pero esta había conseguido hacer reaccionar a su cuerpo como si hubiera resucitado de repente. Cuando Diego le dejó claro su intención de cortejarla si él no ponía objeciones, sintió un profundo deseo de golpearle y gritarle que era suya. ¡Pero por todos los diablos, ¿de dónde había salido ese pensamiento?

Se quedó sentado mucho tiempo meditando sobre todo lo que el día le había deparado, le atraía la mujer y al mismo tiempo le enfurecía, ¿cómo iba a bregar con eso? Ella no iba a abrirse a él y contarle nada. Si quería conseguir que hubiera una tregua entre ellos, tendría que esforzarse en ser un poco más amable, pero antes tenía que mostrarle quién era el que mandaba. La dejaría un par de días encerrada en la habitación, y mientras pensaría en el siguiente paso a dar. Ni esa mujer ni ninguna otra iban a quitarle el sueño. Acto seguido sonrió amargamente, ¿estaba intentando engañarse a sí mismo? Ya le había trastornado, y de qué manera.

Dejó a un lado todos esos pensamientos y recordó con tristeza a la que fuera su esposa, su paciencia, su dulzura, la paz que le transmitía, los hijos que le había dado y que la llevaron a una muerte prematura. Nunca había estado enamorado de ella, pero entre ambos reinaba la armonía, el respeto y el cariño, su muerte lo dejó más desolado de lo que se hubiera podido imaginar. No, no volvería a pasar por el calvario de perder a otra mujer.

Acto seguido se incorporó, volvió a montar sobre su caballo y regresó al castillo, pasó un rato con sus hijos, que ya se iban acostumbrando a su presencia, cenó frugalmente y se retiró a sus habitaciones.

Paula entró en su nueva prisión sosegadamente, al menos no la habían vuelto a arrojar a la

mazmorra, y aunque no había apenas muebles, la habitación gozaba de una cama, eso fue más que suficiente para que le pareciera que estaba en el paraíso.

Debajo de la ventana había asientos de piedra sobre los que descansaban unos cojines. Se sentó sobre ellos y miró hacia el exterior. Se quedó maravillada al contemplar el magnífico paisaje, era otoño, y la diversidad de colores que mostraba la naturaleza la dejó extasiada. Pero todo se volvió borroso cuando se puso a pensar en lo que le había sucedido desde que saltara en el tiempo y apareciera en otra época. No tenía su anillo ni sus espadas, y no sabía si alguna vez los recuperaría y con ellos su vida. Y por si fuera poco, aunque su nueva celda era agradable, se encontraba de nuevo encerrada. Abrió la ventana, sorprendida una vez más por ese lujo inesperado en un castillo medieval y se asomó a través de ella. Había unos quince metros hasta el suelo, no sería difícil escapar llegado el momento. Lo primero que debía averiguar era dónde se encontraban sus cosas, pero antes necesitaba un sueño reparador más que respirar. Miró la cama con devoción y se tumbó en ella suspirando de placer, entonces la imagen de Patrick apareció en su cabeza.

Era el ser más detestable que había conocido, su capacidad para enfurecerla era increíble. Pero, ¿por qué reaccionaba así ante su presencia? ¿Y por qué sentía un cosquilleo en la boca del estómago mientras lo tenía delante? La respuesta era evidente, era sencillamente devastador, un hombre así en su época causaría verdadero furor, las mujeres se desmayarían solo con mirarlo. Hoy tenía su larga melena recogida con una cinta de cuero, pero cuando lo vio por primera vez en el lago, desnudo y con el pelo suelto, supo que no podría librarse de esa hermosa visión durante el resto de su vida. ¿Cómo sería su sonrisa? ¿Tendría los dientes picados, amarillos, torcidos, todo a la vez, o simplemente era el monstruo que parecía ser y nunca sonreía o era agradable con alguien? Ese fue su último pensamiento antes de que la confortable cama la envolviera con su calidez y entrara en un sueño profundo.

Cuando se despertó, por la luz que entraba por la ventana debía de ser muy tarde. Una mirada por la habitación la hizo descubrir dos cosas. Alguien había entrado mientras dormía y le había dejado el desayuno y su bolsa de viaje. Se levantó de un salto de la cama y se abalanzó sobre ella, pero en su interior solo encontró parte de su ropa.

Paula soltó un juramento, era demasiado bonito para ser verdad. Tras pensarlo un poco, no obstante, tuvo que reconocer que a pesar de todo, el gesto de Macdonald era una buena señal. Quizá no fuera el ogro que aparentaba ser. Intentó abrir la puerta, pero como se imaginaba, estaba cerrada con llave. Miró el desayuno que se encontraba en una bandeja sobre la única mesita de la habitación, y decidió dar buena cuenta de él, después vio la bacinilla y con un gesto de profundo desagrado y resignación la utilizó. Se lavó como pudo, con los rudimentarios objetos que existían en esa época, y se vistió con el único vestido que tenía.

Estuvo toda la mañana pensando. No podía retenerla indefinidamente en esa habitación, si le diera igual lo que pudiera pasarla, no se habría tomado tantas molestias con ella. Estaba claro que si quería recuperar sus cosas tendría que convencerlo de que era una mujer débil y sumisa que no representaba ningún peligro. Si conseguía ganarse su confianza podría tener libertad para desplazarse por el castillo sin dificultad tarde o temprano, sería difícil y probablemente le llevaría un tiempo, pero merecía la pena, era mucho lo que tenía que perder si fracasaba en el intento.

Al tercer día, el lord en persona entró en la habitación. Era el momento de comenzar su farsa. Cuando lo miró, bajó la vista al suelo concentrándose en parecer lo más desolada posible y que no se le notase la turbación que le provocaba su sola presencia. Ahora sí sabía que era él quien le

provocaba el temblor en las piernas y en algunos sitios más.

—¿Qué deseáis? Si venís a mortificarme, podéis ir por donde habéis venido —dijo Paula.

—Me han dicho que apenas habéis comido.

—No querréis hacerme creer que eso os importa, ¿verdad? He estado más tiempo sin hacerlo, ¿se os ha olvidado ya? Prefiero morir de hambre antes que permanecer encerrada en estas cuatro paredes o en cualquier otro sitio indefinidamente.

—Eso tendría arreglo si cooperarais un poco y no fuerais tan testaruda.

—¿Qué queréis de mí?

—Quiero saber la verdad. ¿Por qué estáis en Escocia?

—Está bien, os lo diré si prometéis no volverme a encerrar.

Patrick enarcó una ceja y le preguntó:

—¿Así de fácil? ¿No vais a oponer resistencia ni a mandarme al infierno?

—No estoy para bromas, milord, luchar contra vos no va a servirme de nada.

—Es gratificante comprobar que habéis recobrado el juicio, milady.

Paula tuvo que morderse la lengua para no decirle lo que pensaba de su egocentrismo.

—Prometédmelo.

—Os doy mi palabra, pero no podréis salir del castillo y estaréis en todo momento acompañada.

De momento era mucho más de lo que había esperado. Paula estaba satisfecha. Unos segundos después, Patrick la conminó:

—¿Y bien, lady Paula?

Paula había pensado bien lo que iba a decirle, de modo que comenzó.

—Salí huyendo de España.

—¿Por qué?

—Soy hija única. Mis padres, los condes de Pedraza, murieron cuando yo era muy joven. Mi tío, el hermano de mi padre, se instaló en nuestras tierras con su mujer y sus dos hijos. Aprovechándose de mi inocencia y corta edad, consiguieron con el tiempo que confiara en ellos, y cuando fui lo suficientemente mayor, mediante engaños, firmé un documento en el que les cedía mi título y mis tierras por voluntad propia. En una acalorada discusión con uno de mis primos, descubrí que me habían despojado de todo y que pensaban desposarme con un próspero comerciante, viejo y enfermo para deshacerse definitivamente de mí. Dejé de comer, de hablar, de sonreír... Estuve muy enferma. Cuando me recuperé lo suficiente, conseguí a través de mi doncella una buena cantidad de dinero, procedente de la venta de la única cosa que había podido esconder y conservar, algunas joyas de mi madre, y entonces me escapé. Me refugié en un convento, en el norte de España, lejos de donde había nacido y crecido, lejos de mi tierra, de mis recuerdos y despojada de todo lo que por derecho me pertenecía, durante cuatro años. Cuando llegó el momento de tomar los hábitos, sencillamente no pude, no tenía vocación ni soportaba por más tiempo estar encerrada. Después de tanto tiempo, seguramente mis tíos ya se habrían olvidado de mí, así que me despedí con una inmensa tristeza de las monjas, y partí del convento sin saber muy bien adónde dirigirme. Llegué al puerto de El Ferrol y allí me enteré de que salía un barco para Francia. Recordé que en Toulouse tenía algo de familia, y sin nada que me atara a mi patria, sin hogar y con parte del dinero que tenía, compré un billete, rezando para que mi familia en Francia me acogiera.

Paula hizo una pausa, y unas lágrimas empezaron a correr por su rostro.

—De nuevo me engañaron. En lugar de un pasaje para Francia tenía uno para Escocia, era demasiado tarde cuando descubrí adónde me dirigía. No sé cuánto tiempo llevo en su país, he

conseguido mantenerme gracias al dinero que me quedaba. Cuando me encontraron en el lago, me había parado a descansar y a comer mis últimas provisiones. Llevaba horas caminando, estaba exhausta y sin dinero. El resto ya lo sabe.

Paula se quedó callada, cabizbaja y sollozando, mientras pensaba que casi se había creído ella misma la historia que terminaba de contar. Acababa de descubrir lo buena que era como actriz dramática.

Durante un minuto reinó el más absoluto de los silencios. Paula no se atrevía a levantar la vista. Por fin Patrick habló.

—Siento mucho todo por lo que ha tenido que pasar, lady Paula —dijo Patrick muy serio.

—Gracias, excelencia.

—Ordenaré que le suban algo de comer, cuando haya dejado la bandeja limpia, diré a sir Diego que venga a recogerla para hacerle compañía y para que le muestre el castillo. Podrá entrar y salir de su alcoba cuando lo desee. También le mandaré una doncella que la atienda permanentemente y que le traiga ropa más apropiada para que pueda cambiarse.

—Es usted muy amable.

—Es lo menos que puedo hacer.

Acto seguido, se la quedó mirando intensamente y sin decir nada más, salió de la habitación. Paula esperó un par de minutos antes de mostrar su alegría, se tiró sobre la cama, cogió la almohada entre sus brazos y pateó sobre la cama.

—¡Sí, sí, sí!

Cuando se hubo calmado, sintió algo de remordimientos por haberlo engañado de ese modo, parecía tan preocupado. Pero qué cuernos, tenía que pensar en ella, y se felicitó a sí misma por haber interpretado su papel con tanta maestría.

Patrick bajó las escaleras hasta el vestíbulo, encargando a una de las sirvientas que subieran a Paula algo de comer, le buscaran ropa apropiada para una dama, que podían coger del armario de su difunta esposa, y le proporcionaran todo lo que necesitara. A partir de ese momento no era una prisionera, sino su invitada, y se la debía tratar con respeto. Dio instrucciones para que buscaran una muchacha cualificada que la atendiera personalmente, y se fue en busca de Diego. Lo encontró hablando con el resto de sus caballeros, y le hizo una seña para que lo siguiera. Una vez alejados del grupo, le contó detalladamente el relato de Paula, y cómo había pasado de ser su prisionera a ser su invitada. Diego escuchó atentamente sin interrumpirlo, y se sorprendió cuando le comunicó que le había concedido a él el honor de acompañarla y enseñarle el castillo.

—No pongas cara de sorpresa, amigo, no termino de fiarme de ella. Los dos sois del mismo país y habláis la misma lengua, es fácil que ella confíe en ti y comprobemos si lo que cuenta es cierto. No me ha costado ningún esfuerzo que se aviniera a razones, su sumisión ha sido demasiado rápida, y yo sería un pésimo jefe de clan y un estúpido si me creyera todo lo me dicen a la primera de cambio. Obsérvala y gánate su confianza, quizás el hecho de haberla concedido libertad para moverse por el castillo nos permita averiguar más sobre ella.

—Será un honor servirlos a ambos, milord.

Patrick puso los ojos en blanco y riendo le dijo:

—Lárgate a buscarla antes de que cambie de idea. Otra cosa, tiene prohibido salir por el momento del castillo. Cuando sea la hora de comer, acompañaala a la mesa.

—Patrick, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Acaso serviría de algo si te dijera que no?

Ambos sonrieron.

—¿Por qué te importa tanto saber si miente o no, acaso la consideras peligrosa? ¿Por qué no te ofreces a pagarle sencillamente el pasaje para Francia y te olvidas de ella? —dijo pícaramente Diego.

—Probablemente lo haga, pero antes quiero compensarla por el trato que ha recibido, no quiero que piense que las Highlands están habitadas por bárbaros. En cuanto a si miente o no, hay algo en ella que me intriga, se trata de simple curiosidad. —Al ver que su amigo enarcaba una ceja, le dijo—: ¡No es mi tipo, por el amor de Dios!

—Lo que tú digas, Patrick —le respondió, dándole la razón como a los tontos—, pero sí que es cierto que hay algo en ella que me inquieta.

—Razón de más para que lo averigüemos.

—Otra cosa más, Diego, quiero que vengas a mis aposentos esta tarde, tengo algo que enseñarte, cosas que estaban entre sus pertenencias, cosas muy extrañas para las que no encuentro explicación.

—Será un placer ayudarte en lo que pueda. —Y con una inclinación de cabeza se marchó a buscar a Paula.

Unos minutos después, Diego se encontraba ante la puerta de su habitación, llamó y la doncella le abrió, dejándole pasar.

—Lady Paula —le dijo con una reverencia.

—Por favor, llámeme solo Paula.

—En ese caso, llámeme solo Diego. —Ambos sonrieron—. Lord Patrick me ha concedido el inmenso honor de servirle de guía por el castillo. Cuando esté preparada, será un placer acompañarla.

—Entonces vámonos, Diego, llevo demasiado tiempo encerrada, si no salgo enseguida de aquí derribaré este castillo.

Diego se rió con ganas. Paula le caía francamente bien, su sentido del humor era reconfortante, y su belleza hipnótica. Pero debía andarse con mucho cuidado para no perder el corazón. Por lo que había observado, a Patrick no le era indiferente, aunque lo negara un millar de veces, y a Paula tampoco se le daba muy bien disimular su nerviosismo cuando Patrick estaba delante, pero como los dos se parecían tanto, lo mismo morirían antes de reconocer que se atraían mutuamente.

Diego fue enseñándole una a una las salas del castillo. A Paula le sorprendió el lujo y buen gusto de la decoración del mismo y su limpieza, y preguntó a Diego sobre el particular. Al parecer lady Macdonald, madre de Patrick, cuando entró por primera vez en el castillo, ya como señora del lord, tuvo que taparse la nariz y reprimir las fuertes náuseas que le provocó el mal olor que desprendía el mismo. Su marido la guió a través del castillo, mostrándole su nueva casa. Dejó para lo último los aposentos que iban a compartir. De repente, lady Sarah, que así era como se llamaba, dejó a su marido, con el que había contraído matrimonio unos días antes y con él que no había consumado todavía su matrimonio, dada la prisa del lord por sacarla de la corte cuanto antes y llevarla a su castillo, con la palabra en la boca, y se dirigió a toda prisa al exterior de la fortaleza, donde vomitó, antes de subirse al carruaje que la había traído hasta allí y volver de regreso a Londres. Su marido consiguió darle alcance antes de que partiera, e interrogarla acerca de su actitud. Lady Sarah, después de casi asesinarlo con la mirada, le dijo: «Creía que me había casado con un duque y venía a vivir a un castillo, no a una pocilga, que además es tan espartana, que un campesino tiene mejores muebles que vos. No volveré a poner los pies aquí hasta que hagas de este castillo la morada más elegante y limpia de todas las Highlands. Ya puedes esforzarte en remodelar todo esto, si quieres que te perdone semejante ofensa». Y acto seguido,

dejó a su marido allí, con la boca abierta y mudo por la sorpresa, y regresó a Londres, sin pararse a descansar después del largo y duro viaje. Cuatro meses después, lord Mcdonald fue en su búsqueda, tuvo que cortejarla de nuevo, a pesar de estar casados y convencerla de que el castillo estaba preparado para recibirla. A lady Sarah, esta vez le complació enormemente lo que vio y no olió. Desde entonces, nadie se ha atrevido a dejar que el castillo se deteriore en ningún sentido, y Patrick ha heredado de su madre ese bendito gusto por la limpieza y el orden. Paula rio de buena gana ante el singular relato.

—¿Lady Sarah vive aún?

—No, falleció hace unos años.

—Lástima, me hubiera gustado conocerla, estoy segura de que habríamos congeniado bien.

—Yo también lo creo —dijo Diego sonriéndola.

Continuaron visitando el castillo. Por supuesto, no pudo acceder a los aposentos de Patrick, pero eso no tenía importancia, ya sabía dónde se encontraban y eso era lo único que necesitaba saber.

Las cocinas resultaron ser una nueva sorpresa. Eran inmensas, todo relucía allí y olía de maravilla. Al parecer, según le dijo Diego, tenían a una de las mejores cocineras de Escocia, obra también de Lady Sarah. Al día siguiente del regreso de Patrick, habían celebrado un gran banquete en su honor para celebrarlo y tuvo que reconocer que jamás había comido tantos deliciosos manjares juntos.

Paula se entretuvo hablando un rato con la cocinera y sus ayudantes, y les mostró un par de cosas para mejorar ciertos guisos, lo que complació enormemente a la señora Innes. Elogió la limpieza y los aromas que salían de los fogones, aduló a la cocinera, dejándole saber que estaba impaciente por probar los guisos de la mejor cocinera de Escocia, y le pidió permiso para que la dejara entrar en su cocina, ayudarla y mostrarle sus conocimientos alguna vez. Ante la sorpresa de todos los allí reunidos, la señora Innes asintió entusiasmada a la proposición de Paula. La cocinera no dejaba normalmente entrar en sus dominios a nadie, y acababa de permitirle el acceso a su cocina nada menos que a una extraña, la misma que por si fuera poco había dejado fuera de combate a su marido —el armario empotrado— hacía unos días.

—Patrick ha dado instrucciones de que sirvan algo especial en su honor Paula, tendrá ocasión de comprobar lo que le digo sobre cómo se come aquí. De todas maneras, tengo la sensación de que a partir de ahora, la señora Innes va a tomarse como algo personal que su estancia aquí sea lo más agradable posible. Acaba usted de ganársela, y créame que eso, al parecer, no es nada fácil —le dijo Diego.

—Diego, le tiene mucho aprecio a lord Patrick, ¿verdad?

—Así es, no es tan duro como aparenta ser, es cuestión de conocerlo.

—No tengo intención de conocerlo, en cuanto me devuelva mis cosas, me iré.

—¿Puedo preguntarle a dónde Paula? Patrick me ha contado su historia, si no he entendido mal, carece de medios para subsistir por sí misma.

Paula ya había pensado la respuesta a esa pregunta.

—Lord Macdonald tiene en su poder un anillo que me pertenece, tiene un gran valor, tanto económico como sentimental, pero es lo único que poseo y tengo intención de venderlo para pagarme un pasaje para Francia. ¿Me ayudará a convencerlo para que me lo devuelva, por favor?

Diego, mirándole a esos ojos endiablidamente hermosos y raros, solo pudo asentir embozado.

—Gracias, os estaré eternamente agradecida. ¿Seguimos con la ruta turística? —le dijo Paula.

—¿Cómo dice, milady?

Paula pensó que iba a ser muy difícil que no se le escaparan palabras y expresiones de su época,

y Diego era español, él no dejaría de preguntarse sobre su forma de hablar, tendría que tener mucho cuidado con eso.

—Decía que si continuábamos con la visita —siguió Paula intentando que Diego no pensara en lo que acaba de oír—. ¿Qué tal si me enseña el exterior? ¿Las cuadras tal vez?

—¿Le gustan los caballos?

—Me apasionan.

—Entonces debe ser una buena amazona.

—No se me da mal.

—Prepárese a disfrutar entonces, Patrick tiene los mejores caballos de toda Escocia, tres de los cuales, entre ellos su montura preferida, son españoles.

Paula sonrió complacida.

Unos minutos después se encontraban en los establos. Diego tenía razón, los caballos eran realmente hermosos. Acarició a cada uno de ellos, sintiendo el nexo que los unía, y hablándoles sin palabras.

Diego se quedó sin habla. Los caballos se calmaban cuando ella estaba cerca, ella les susurraba a veces algo que no lograba entender y los caballos actuaban como si la entendieran. Paula fue bendecida al nacer con un don muy especial que muy pocos en su siglo conocían, de hecho, ya no quedaba nadie vivo que lo supiera. Se comunicaba con los animales. Ella misma no podía entender cómo lo hacía, sencillamente ocurría.

Un relincho inesperado le hizo dar un salto y mirar a Diego.

—¿Dónde está ese caballo?

—En una cuadra en el establo de al lado, pero es peligroso acercarse. Ese caballo es salvaje e imposible de domar. El nuevo rey se lo regaló de mil amores a lord Macdonald al volver a Escocia, creo que el rey se sintió muy complacido de deshacerse de él. Nadie puede acercarse a ese caballo a menos de dos metros sin que lo ataque, tuvimos verdaderos problemas para traerlo al castillo. Patrick lo conserva porque es más testarudo que el caballo y pretende domarlo cueste lo que cueste, y también porque es el caballo más formidable que hayan visto ojos humanos alguna vez.

—Quiero ir a verlo, por favor —pidió Paula.

—Milady, ya le he dicho que es peligroso, nadie excepto Patrick tiene las agallas suficientes para acercarse a él.

—Si tengo o no agallas es algo sobre lo que nadie puede opinar mientras no se demuestre lo contrario. Si no desea acompañarme, yo misma encontraré el camino.

Diego puso los ojos en blanco. Había dos cosas a tener en cuenta, una era que efectivamente sí había demostrado tener agallas. La otra era que, probablemente, estaba acostumbrada a salirse con la suya siempre. Una mezcla peligrosa en una mujer, y una característica más, que le recordaba tremendamente a alguien.

—De acuerdo, pero prométame que no se acercará...

—¿Nos vamos? —lo interrumpió Paula. Y se dirigió afuera.

Paula se quedó a una distancia prudencial de la cuadra, oyéndolo relinchar. Unos segundos después, el caballo dejó de hacerlo y se asomó a través de la ventana por la que a duras penas podía sacar la cabeza. El establo tenía una puerta lateral por la que se accedía a un corral, donde intuyó se domaban a los caballos. Paula se acercó a él.

De nada le sirvió a Diego suplicarle que no siguiera. Paula, sin mirar atrás, levantó una mano, para hacerlo callar. Entonces Diego impotente para hacer nada más que mirar a todas partes en

busca de ayuda, no volvió a decir nada, y mucho menos cuando vio cómo el caballo se dejaba acariciar dócilmente por ella, como si de un perrito se tratara.

Mientras tanto, Patrick observaba la escena desde la ventana de su habitación con una mezcla de asombro y diversión. Al principio, cuando vio dónde se dirigían ambos se sobresaltó, las súplicas desesperadas de Diego para evitar que Paula se acercara más y la desobediencia de ella casi le hicieron abrir la ventana para gritarla que volvería a encerrarla si daba otro paso, preocupado de que a ella pudiera pasarle algo, pero todo fue muy rápido, y lo único que pudo hacer fue seguir mirando por la ventana y asombrarse de la docilidad de ese maldito caballo cuando ella lo acarició. ¿Quién demonios era esa mujer que calmaba a las bestias, tenía entre sus pertenencias cosas extrañas y desafiaba a cualquiera que osara enfrentársele? ¿Una bruja? No, por Dios, él era un hombre instruido y no creía en ellas, pero empezaba a tener sus dudas, aunque una bruja no podía tener el aspecto de una diosa. ¿O sí?

Unos minutos después Paula se alejó del caballo y se dirigió hacia su intranquilo caballero, el cual miraba alternativamente al caballo y a ella con la boca abierta.

—Si no cierra la boca, Diego, van a entrarle moscas —le dijo Paula con sorna.

—¿Es que nunca hacéis lo que se os ordena? —le preguntó Diego malhumorado.

—¿Vos que creéis?

Esa fue la sencilla respuesta de Paula, la cual acompañó con una sonrisa tan sincera y radiante que el pobre Diego se quedó sin palabras, y solo acertó a pensar: «¿Enfadarme con esta ninfa de sonrisa seductora?». ¡Oh, señor, lo tenía totalmente hechizado!

Una hora después habían terminado el recorrido por las dependencias del castillo y alrededores y Diego la dejó en su habitación, donde le dijo que la recogería en media hora para acompañarla al comedor.

CAPÍTULO IV

Paula se sentó en la cama. La mañana había sido muy interesante. El castillo era magnífico en todos los sentidos, sabía dónde se encontraban las habitaciones del señor y había hecho un amigo, al que prometió ir a ver más tarde y sacarlo de esa caja en la que no podía apenas moverse. *Sandokan*, como así decidió que llamaría al caballo, necesitaba salir inmediatamente de su prisión, se estaba volviendo loco. Paula, consciente de su angustia, le dijo que lo ayudaría.

Se aseó un poco. Su doncella quiso recogerle el pelo encerrándoselo en una cofia, a lo que ella se negó, ante la perpleja muchacha. Ella misma se hizo una cola de caballo y esperó a que Diego fuera a buscarla.

Cuando llegó al salón, se hizo el silencio. Patrick se volvió hacia la puerta sabiendo de antemano qué lo causaba. Cuando Diego y Paula llegaron a su lado, Patrick, con una sonrisa de oreja a oreja que la dejó con el corazón latiéndole a mil por hora, le preguntó:

—Por el amor de Dios, ¿dónde está vuestra cofia? ¿Y qué os habéis hecho en el pelo, acaso le habéis arrancado la cola a uno de mis caballos?

Todos los reunidos en el salón rieron a carcajadas. Paula comprendió enseguida que las mujeres de esa época no se recogían el pelo así, pero mira por dónde, sin que eso fuera a alterar la historia, ella iba a ser la precursora de una moda en la Edad Media, que efectivamente en su época desde hacía mucho tiempo se llamaba precisamente así, cola de caballo, por la evidente similitud con ella. Así que decidió no enfadarse y por el contrario, como ya tenía por costumbre, dejarlo en evidencia delante de sus hombres, hasta que se diera cuenta de que intentar humillarla y ofenderla delante de todo el mundo, haciendo gala de tan mala educación, solo iba a conseguir que fuera él quien quedara en ridículo.

—En mi país, como bien sabréis, hace mucho calor en verano. Las mujeres llevamos recogido el pelo así para evitar que nos dé calor y se nos pegue al cuerpo, evitando el error de encerrarlo dentro de una cofia. Nos sentimos orgullosas de poder mostrar nuestro cabello. No obstante, usted tiene el pelo largo y lo lleva recogido, la única diferencia es que el mío se eleva por encima de la nuca, pero si tanta gracia le hace, pruebe a ponerse una cofia y luego me comenta cómo se ve a sí mismo. Quién sabe, a lo mejor le encuentran atractivo, milord.

Toda la sala volvió a estallar en carcajadas. A Patrick se le había borrado la sonrisa de la boca y a Diego se le veía concentrado, sin duda pensando si alguna vez había visto una mujer con el pelo recogido así.

Paula pensó rápidamente que debía decir algo agradable enseguida para evitar hacerle enfadar más, cosa que no le convenía y agregó:

—De todas formas, si la manera en la que he recogido mi cabello ha conseguido sacarle una sonrisa, aparecer con ella ha merecido la pena. Es la primera vez que le veo sonreír. Tiene una sonrisa preciosa, excelencia, debería sonreír más a menudo.

Patrick no se esperaba eso y se puso colorado. Esta vez toda la sala se quedó con la boca abierta ante el desvergonzado comentario. Consciente de ello, agregó:

—Además, mi cola de caballo tiene otra ventaja.

Patrick, aún ruborizado, le dijo como un tonto:

—¿Ah, sí?

—Desde luego. Me muero de hambre, si me acompañáis a la mesa, milord, puedo espantaros las moscas.

Esta vez todos, incluidos Patrick y Diego, no pudieron evitar reírse. Paula estaba conmocionada oyendo a Patrick reírse, ahora ya sabía cómo tenía los dientes, eran blancos y perfectos. Su risa era contagiosa, y al hacerlo, al reírse, al sonreír, Paula se acaloraba y sentía unas punzadas en la boca del estómago, sencillamente era maravilloso observarle sin ese rictus de permanente enfado con el que siempre la obsequiaba, era sencillamente devastador.

La comida fue exquisita. Patrick estuvo de lo más atento y la velada transcurrió en calma. Notó que los hombres tenían cosas de qué hablar a solas, y con una disculpa, se dirigió a sus habitaciones, no sin antes pasarse por las cocinas y darle las gracias a la señora Innes y sus ayudantes por la deliciosa comida. El beso que Paula dio a la señora Innes en la mejilla tuvo tal efecto en esta que cuando Paula se marchó, por las mejillas de la cocinera cayeron unas sinceras lágrimas de gratitud hacia la dulce muchacha. Pocas personas le habían alabado personalmente sus guisos, pero que una hermosa y joven dama no solo lo hiciera sino que además se lo agradeciera y compensara de una forma tan simple y llena de humildad, le llegó al corazón.

Por la tarde, como habían acordado, Diego subió a las habitaciones del señor y se dispusieron juntos a examinar detenidamente los objetos de la bolsa de Paula.

—Jamás he visto nada parecido en mi vida —decía un asombrado Diego mientras observaba el sofisticado ipod, las espadas y los támpax con tal precaución que cualquiera diría que le iban a morder. Patrick tenía las nikes en las manos, había tenido oportunidad de observar todos esos objetos durante horas, y sabía que no eran peligrosos, excepto las espadas. A Diego le fascinaron tanto como a Patrick lo ligeras que eran, su forma, su longitud y su exquisitez, pero aún les sorprendía más encontrar la explicación de cómo habían llegado a manos de Paula, porque españolas tampoco eran, de eso estaba Diego completamente seguro.

—No puedo encontrar explicación para esto, Patrick, es como si no pertenecieran a este mundo. —Diego estaba realmente perplejo.

—Será mejor preguntar directamente a lady Paula si queremos averiguar de qué se trata, ¿no crees? —dijo Patrick.

La cara de Diego le reveló que él no estaba dispuesto a averiguar semejante cosa.

—Patrick, tenías que haber visto lo que ha hecho con los caballos esta mañana. Los caballos se calmaban ante su presencia, y tu salvaje semental...

—Lo he visto, Diego. Estaba mirando por la ventana cuando os habéis acercado a él. Es muy extraño, desde luego. ¿Crees que puede tratarse de una bruja?

Tras quedarse mirando fijamente a Patrick durante unos segundos, le contestó:

—No lo veo probable, pero tampoco encuentro una explicación lógica...

En ese preciso instante escucharon unos potentes relinchos en el patio. Ambos instintivamente se dirigieron hacia la ventana. El caballo salvaje estaba suelto en el corral y Paula se encontraba sentada en la barandilla del cercado mirando el espectáculo.

—¡Mujer, bruja, hada o demonio voy a matarla! ¿Quién se ha creído que es para hacer lo que le plazca en mi castillo?

Patrick estaba realmente furioso. Se encaminó hacia el patio, seguido por un desconcertado Diego al que le costaba seguir su ritmo.

Paula oyó pasos y al volverse los vio acercarse. Absolutamente maravillada como estaba ante la

visión del magnífico caballo, no se dio cuenta de la cólera con la que el lord se encaminaba hacia ella. No pudiendo contener su impulsividad natural, y bajándose de un salto de la valla, se dirigió corriendo hacia ellos.

—¡Lord Mcdonald! ¡Oh, Dios mío, es un caballo espléndido! ¿Ha visto qué figura y qué elegancia tiene? Y su color, nunca había visto un negro tan negro, ¿lo ha mirado a los ojos? Son increíblemente inteligentes...

Paula estaba tan emocionada que hablaba aturulladamente sin parar acerca de las excelencias del caballo. Patrick, a pesar de su enfado, no quiso interrumpir semejante derroche de incontrolada espontaneidad. Hasta ahora había visto algunos rasgos de su personalidad, su carácter, su orgullo, su valentía, su testarudez, su osadía, su extraordinaria belleza, pero esto no lo esperaba, había llegado con la intención de llevarse a esa mujer de allí, decirle lo que pensaba de su atrevimiento al olvidar dónde se encontraba, quién era el dueño del castillo y unas cuantas cosas más, pero sencillamente se quedó anonadado escuchándola. Si de por sí era lo más hermoso que había visto en su vida, verla así, arrebolada y sin poder contener la emoción que sentía al admirar el caballo, como si de una adolescente se tratara, lo perturbó gravemente. De repente, Paula dejó de hablar y esbozó la sonrisa más encantadora que Patrick hubiera visto jamás. Se quedó sin aire, como si un rayo le hubiera fulminado, su corazón cabalgaba, su sangre se inflamó, y lo peor de todo, su enfado se esfumó, a la vez que pensaba que algo debía haber hecho terriblemente mal para ser castigado de esa forma. En lugar de enviarle a algún esbirro del diablo, le habían enviado al ángel más bello y seductor del cielo para que lo volviera loco y lo atormentara.

—Lord Mcdonald, ¿se encuentra bien? —preguntó Paula.

Diego tuvo que darle un codazo para que reaccionara, estando como estaba, mirándola como si la mismísima Virgen María se le hubiera aparecido.

—¿Cómo dice? Oh, sí, estoy perfectamente.

Entonces volvió a la realidad, y frunciendo el ceño, se lanzó a preguntar sin más a Paula por qué había sacado al caballo de la cuadra sin su consentimiento.

—*Sandokan* se estaba volviendo loco ahí encerrado. ¿Es que no se da cuenta?

—¡¿*Sandokan*?! —bufó Patrick—. ¡¿Le ha puesto nombre?!

—Bueno —reconoció Paula algo avergonzada—, no sabía cómo se llamaba.

—¿Y además pretende darme lecciones sobre caballos? ¡¿Qué puede saber una mujer sobre caballos o cómo se sienten?!

—Más de lo que usted se imagina —contestó Paula desafiante ante su arrogancia.

Patrick empezaba a comprender, por las miradas de la muchacha, que había dicho algo que la había molestado y se lo iba a hacer pagar, pero no obstante tenía curiosidad por saber cómo iba a salir de esta, y consciente de que iba a hacerla enfadar aún más, prosiguió.

—Muy bien, milady sabelotodo, instrúyanos, díganos algo sobre el caballo que ignoremos.

¡¿Ese cretino la había llamado sabelotodo?! Ella no había pretendido que pensara que sabía más que él, aunque evidentemente su amor hacia los equinos y su don hacían que lo que sabía acerca de ellos dejara como a un idiota al más experto. ¿Acaso no se daba cuenta de lo engreído y arrogante que sonaba? ¿Se pensaba que por ser duque sabía más que nadie y que una mujer solo podía ser tonta? ¡Pero claro, estaba en el siglo XIV, no podía ser de otra manera, a veces se olvidaba de dónde estaba. Aun así, si solo podía contribuir a que en esa época un solo clan comprendiera y aceptara al menos la inteligencia de las mujeres, se daría por satisfecha, además, darle de nuevo una lección de humildad era algo que no iba a desaprovechar. Estando en esos

pensamientos, se dispuso a satisfacer la curiosidad del señor, y mirándole fijamente a los ojos, comenzó a hablar.

—Su caballo pertenece a una de las razas más antiguas que existen, la árabe. El caballo árabe se caracteriza por su inteligencia, carácter fuerte y resistencia sobresaliente. Se desarrolló en un clima desértico y eran muy valorados por los beduinos, que así es como se llaman los moradores del desierto, los cuales metían a los caballos dentro de sus tiendas con ellos, para cubrirlos y protegerlos de las tormentas de arena, entre otras cosas. Esta cercana relación con los humanos creó una raza con buena disposición para aprender y dispuesta a complacer. La sensibilidad de estos caballos requiere que se les trate con mucho respeto y habilidad. Debido a su inteligencia cogen rápidamente tanto los buenos como los malos hábitos, pueden perder la confianza en un jinete inexperto con rapidez y no toleran prácticas de entrenamiento ineptas y abusivas. Tienen la cabeza pequeña, la frente, los ojos y las fosas nasales grandes. Tienen un trasero largo y nivelado, y su cola siempre está en alto como si quisiera demostrar el orgullo que siente de pertenecer a su raza. Es elegante en sus movimientos, pero cuando galopa... es soberbio, parece que flota. No tienen gran altura, a no ser que se les cruce con animales más altos que ellos. No obstante siempre hay excepciones, su caballo no solo es de pura raza árabe, es además muy alto y de una belleza extraordinaria, excelencia. Tenerlo encerrado lo enloquece y enfurece. No se puede encerrar a los espíritus libres, solo tienen dos opciones: o escapan o mueren en el intento.

Esto último lo dijo despacio para que él lo asimilara. Paula dejó de hablar. En ningún momento de la exposición apartó la mirada de los ojos de Patrick. Por su parte Patrick la miraba con gran intensidad, pero era imposible saber qué pensaba o pasaba por la mente de ese gigante tan magnífico como su semental. Paula no pudo evitar el cinismo y añadió:

—¿He superado la prueba, excelencia?

Desde el momento en que Patrick se dirigió hacia ella como un jabalí enloquecido, se concentró a su alrededor un pequeño grupo de personas, que se limitaron a contemplar la escena con sumo interés, hasta que los conocimientos de Paula dejaron a todos con los ojos que parecía que se les iban a salir de las órbitas.

Una risa, seguida de una voz femenina que Paula reconoció enseguida como la de la señora Innes, la cocinera, se atrevió a decir lo que pensaba.

—¡Yo diría que sí, muchacha, bien hecho!

Y con las mismas continuó su camino. Patrick miró alrededor con un gesto amenazador y eso hizo que toda la multitud se dispersara en un momento.

Cuando se quedaron a solas, Patrick, sin dejar de mirarla, volvió a preguntarle:

—¿Quién sois?

—La pregunta es, ¿quién creéis vos que soy? —le devolvió Paula.

—Solo podéis ser una bruja.

Paula se quedó por un momento petrificada, después se echó a reír, y por último muy seria dijo:

—Frío, frío. Inténtelo otra vez.

Al ver que no decía nada, Paula, realmente enfadada, decidió ayudarlo en un arranque de ira.

—¡Soy el puto demonio, lord Mcdonald! ¿Acaso no ve la devastación que he causado desde que llegué? ¡¿A que esperáis para encender una pira y quemarme viva?! ¡Vaya, qué pena...! ¡Soy el demonio, no puedo arder!

Paula respiraba entrecortadamente cuando terminó de hablar. Macdonald y Diego retrocedieron un paso, no porque la creyeran, sino por la fiereza con la que hablaba, la cual les hizo pensar que en cualquier momento iba a echar realmente fuego por la boca.

Paula pensó que creían lo que había dicho y estalló de nuevo.

—¡Jamás he visto en mi vida seres tan obtusos! ¡Estaba siendo sarcástica, malditos idiotas! ¿De verdad creéis que por el hecho de no haber conocido nunca a una mujer instruida y que no le tiene miedo a nada ni a nadie, no tengo derecho a ser humana? ¡Pues que os jodan a los dos!

Entonces se dio la vuelta, entró en el corral, donde el caballo se encontraba ya mucho más tranquilo, acarició a *Sandokan* durante unos segundos, se montó de un brinco sobre su lomo y mirando con rabia a los dos caballeros, les dijo:

—¡Necesito estar sola durante un rato, no voy a irme a ninguna parte sin mi anillo y mis espadas, así es que no se les ocurra seguirme! ¡Déjenme en paz!

A continuación guió al caballo al otro extremo del corral, y tras decirle que la sacara de allí y espolearlo, *Sandokan* emprendió una rápida carrera y saltó la valla sin ningún esfuerzo. Paula, montando a pelo al semental, salió del castillo dejando nuevamente a todos los que andaban por allí mudos de asombro.

—¿Has visto eso?! ¡Se ha llevado tu caballo como si ese semental fuera el más sumiso de, de...! —exclamó Diego totalmente fuera de sí.

Los ojos de Patrick tenían un brillo especial mientras observaba cómo Paula se alejaba. Esa mujer era sorprendente y exquisita en todos los sentidos, y le hacía hervir la sangre también en todos los sentidos.

—Ya lo he visto, gracias por la información —le dijo Patrick en tono burlón—. No te preocupes, volverán los dos, ya la has oído, quiere estar sola. Y créeme que lo entiendo.

—¿Te has parado a pensar que podría ocurrirle alguna desgracia? —preguntó Diego.

De pronto, Patrick empezó a reírse con tantas ganas que hizo que todos giraran la cabeza hacia él. Hacía demasiado tiempo que el señor del castillo no se reía de tan buena gana.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Patrick? —le preguntó Diego aparentemente ofendido.

Entre el ataque de risa que tenía logró articular algunas palabras y pudo decir:

—Que Dios se apiade de los que intenten ponerse en su camino y molestarla.

Tras unos segundos de asimilar lo que Patrick acababa de decir, Diego empezó a reírse también de buena gana.

—De todas formas —comentó Patrick—, si en una hora no ha vuelto, saldremos a buscarla.

Sandokan prácticamente volaba con Paula sobre su lomo. Ambos estaban atrapados en un lugar que no era el suyo y necesitaban descargar adrenalina. Después de cabalgar durante un buen rato, frenó un poco a su montura y se dirigieron hacia el lago que ella conocía. Desmontó y lo dejó libre para que bebiera y trotara por los alrededores, no sin antes indicarle que no se alejara mucho. Paula buscó un palo largo y cuando encontró lo que buscaba, se dispuso a descargar su mal humor. No tardó mucho en cambiar de idea. Con la rabia que tenía y un vestido medieval puesto encima, la fluidez de sus movimientos dejaba mucho que desear. Al día siguiente intentaría que el arrogante señor del castillo le devolviera su traje ninja, o le prestara unos pantalones de acuerdo con la época. Si no daba resultado, se pondría sus pantalones vaqueros y saldría a entrenar, necesitaba hacerlo tanto como respirar. Ese sitio le gustaba y estaba fuera de los ojos de la gente. Se sentó un rato a contemplar el precioso paisaje que la rodeaba y realizó unos ejercicios de respiración, pues era muy consciente del estado de agitación en el que se había quedado. Cuando se calmó, llamó a *Sandokan*. Era hora de regresar y los dos se dirigieron sin prisas hacia el castillo.

Cuando llegó estaba anocheciendo. Dejó a *Sandokan* en el corral y se dirigió al interior del

enorme edificio con el propósito de conseguir algo de alimento que ingerir antes de irse a sus habitaciones. En el gran hall se encontró con Patrick, el cual, al verla, se dirigió a ella con cara de pocos amigos, poniéndose a su lado en dos zancadas.

—¡¡¿De dónde diablos viene tan tarde?!! ¡Íbamos a salir en su búsqueda! ¿Es que no va a parar de darme problemas?, ¿no sabe que es muy peligroso que una mujer ande por ahí sola sin protección?, ¿cómo diantres la educaron en España? ¿Es que está loca, mujer, o simplemente carece de sesera?

Cuando Patrick se calló, resoplaba como un búfalo. Paula le escuchó estoicamente sin interrumpirlo. Cuando terminó, se volvió sin más y subió las escaleras despacio, con el porte de una reina en dirección a su habitación. Cuando entró en ella, soltó de golpe el aire que estaba conteniendo, pero unos segundos después, la puerta se abrió y se cerró con violencia. Al darse la vuelta, allí estaba Patrick de pie. Paula ya no pudo contenerse más.

—¡Fuera de aquí, maldito gusano, rata inmunda! ¿Cómo os atrevéis a hablarme así y entrar en mi habitación sin haberos dado permiso? ¿Quién os habéis creído que sois para decirme lo que debo hacer o decir? ¡No necesito que usted ni nadie me proteja, sé defenderme sola, lo único que quiero es largarme de aquí y no volverle a ver en mi vida! Es usted un salvaje sin modales ni tacto, grosero, engreído, arrogante y un prepotente que no tiene ni idea de cómo tratar a una mujer. ¡Los asnos que tiene en los establos tienen más sensibilidad e inteligencia que vos y...!

Paula no pudo continuar. Patrick se había acercado, propinándole una sonora bofetada que la pilló desprevenida y le hizo tambalearse. Inmediatamente fue consciente de su error e intentó acercarse a ella, pero Paula, con una mano en la mejilla, adelantando la otra en un gesto que lo decía todo, una mirada asesina y los dientes apretados, le dijo:

—Salga de mi habitación ahora mismo.

—Lady Paula, yo...

—¡Fuera!

Patrick, con el corazón encogido, se dio la vuelta y salió de la habitación con la cabeza baja.

Cuando creyó que Patrick ya no se encontraba en las inmediaciones, cayó de rodillas y se puso a llorar desconsoladamente, no podía creerse que ese hombre que hacía que se le aflojaran las piernas le hubiera puesto una mano encima. No importaba que estuviera en otra época, en la que pegar a las mujeres fuera de lo más normal, o que supiera que lo había provocado más de la cuenta, a sabiendas de que él había estado a punto de salir a buscarla porque estaba preocupado por ella. Nada importaba en ese momento, le dolía el corazón más que la bofetada, solo quería llorar.

Patrick no se había movido de detrás de la puerta, y cuando la escuchó llorar, se maldijo a sí mismo por haber perdido el control de esa forma. Nunca había pegado a una mujer, y no entendía qué le había llevado a actuar de esa forma. Todo lo que le había dicho ella no era nada en comparación con lo que se merecía. ¿Cómo iba a poder volver a mirarla a la cara? Hundido y avergonzado, se fue a sus habitaciones y no volvió a salir en toda la noche.

Al día siguiente se levantó antes del amanecer y con determinación partió del castillo con dos hombres y sir Diego. Solo podía hacer una cosa para evitar que Paula siguiera siendo tan infeliz, se sentía despreciable por lo que había hecho y sabía que Paula nunca se lo perdonaría.

Paula no pudo dormir en toda la noche. Se levantó temprano y se dirigió a la cocina. La señora Innes la recibió con una sonrisa y la invitó a sentarse. La cocinera era una de las pocas personas que dominaban el inglés a la perfección, si bien tenía que admitir que había muchas personas que

se defendían bien en el castillo en esa lengua, algo que a todas luces era sorprendente, teniendo en cuenta la época. Más tarde se enteró de que eso también había sido obra de lady Sarah. La cuestión es que la cocinera no era en absoluto analfabeta. Su padre, un próspero comerciante de las Lowlands, se había llevado a Francia a su única hija tras fallecer su madre. Afortunadamente era un hombre adelantado a su tiempo y contrató a un profesor inglés para que la enseñara a leer y escribir la lengua inglesa y buenos modales. Cuando tuvo edad suficiente, su padre consiguió que entrara al servicio de unos marqueses, los cuales la destinaron para ayudar en la cocina. Los marqueses eran la envidia de la clase alta porque tenían a su servicio al mejor cocinero de Francia. La señora Innes descubrió entonces su verdadera vocación y se aplicó en aprender todo lo que pudo, incluso creó sus propios platos. El chef del marqués la reprendía en broma cuando probaba una de sus nuevas creaciones y le preguntaba muy serio si tenía intenciones de quitarle el trabajo.

A la edad de veinte años regresaron a Escocia. Su padre estaba enfermo y quería regresar a su patria. Unos meses después, cuando falleció, con el dinero que su padre había ahorrado compró una casita en las Highlands y la convirtió en una posada respetable que pronto adquirió gran fama debido a la asombrosa habilidad de la cocinera para satisfacer todo tipo de estómagos. Allí conoció a su marido, el cual comenzó a acudir a la posada con mucha frecuencia y a cortejarla. Como ella misma confesó, lo que le atrajo de él fue la encantadora torpeza que se encontraba dentro de un gigante, que hacía esfuerzos sobrehumanos para llamar su atención, y un ramo de flores silvestres con raíces incluidas que le ofreció con una sonrisa tan infantil y sincera para declararle su amor, que consiguió que al fin le entregara el suyo. Cuando lady Sarah, que se encontraba embarazada de su primer hijo, se dispuso a buscar una buena cocinera para el castillo, supo de la existencia de la mujer de uno de los guerreros de confianza que acompañaban siempre a su marido. Tras entrevistarse con ella, la señora de la casa quedó encantada y le encargó que preparara la comida para unos invitados. El banquete fue todo un éxito y así fue como se convirtió en la cocinera del castillo y en una de las amigas de lady Sarah, siendo una mujer respetada y querida por todos.

—¿No es un poco temprano todavía, milady?

—Supongo que sí —fue la escueta respuesta de Paula.

—No parece haber dormido muy bien, muchacha.

—No, no lo he hecho.

—No quisiera entrometerme pero, ¿eso tiene algo que ver con la forma en que anoche le habló lord Patrick cuando usted regresó al castillo?

Paula se limitó a asentir, tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Si lo desea puede desahogarse conmigo, milady —dijo la cocinera.

Cuando Paula se recuperó un poco, comenzó:

—La verdad es que me vendría muy bien tener una amiga.

La señora Innes, inflada como un pavo por la confianza que depositaba en ella, logró decir:

—Me llamo Miryam, milady, y podéis contar conmigo ahora y siempre para lo que deseéis.

—Gracias, Miryam, tienes un nombre precioso. Por favor, a partir de ahora llámame Paula.

—¡Oh! Milady, no puedo hacer algo así, usted... Lord Patrick...

Paula la interrumpió.

—Miryam, soy yo la que decide quién y cómo quiero que me llamen. Ese salvaje engreído, déspota y maltratador no tiene nada que decir al respecto.

—¿Salvaje, engreído, déspota y maltratador? —repitió la cocinera como si no diera crédito a lo

que oía—. Es cierto que, al ver que no llegabais —dijo tímidamente Miryam—, milord se impacientó mucho, y en cuanto la vio aparecer, perdió los estribos. Pero no se lo debe tener en cuenta, el no es así.

—¿Ah, no? ¿Entonces debo suponer que tampoco tiene por costumbre pegar a las mujeres?

—¡Virgen santa! ¿Es que le puso la mano encima, milady?

—Tutéame, Miryam. Sí, cuando subí a mis habitaciones, me siguió. Entonces yo monté en cólera por como me había tratado, le grité, lo insulté y él me abofeteó.

—¡Jesús! —Miryam estaba perpleja—. No es posible, conozco al señor desde que nació y jamás haría deliberadamente daño a las mujeres. Su madre lo educó bien, siempre ha sido amable y respetuoso con nosotras.

Con un torrente de lágrimas que no podía contener, Paula replicó:

—Pues lo hizo.

Miryam se quedó callada unos segundos antes de hablar, y de repente en su rostro asomó una expresión de franca diversión, lo cual provocó que Paula levantara ofendida una ceja de forma interrogante.

—¿Lo encuentras gracioso, Miryam? —dijo Paula en un tono seco.

—No, milady, discúlpeme, no pretendía ofenderla, pero creo adivinar lo que hay detrás de su comportamiento. ¿Se disculpó?

—Lo intentó inmediatamente, pero yo no se lo permití y lo eché de la habitación.

—¡Ay, muchacha!

—¿Qué ocurre?

—Lord Patrick salió antes de que amaneciera del castillo, no creo que haya dormido mucho esta noche tampoco.

—¿Y qué tiene que ver eso con que me abofeteara?

—¿De verdad no lo ve, Paula?

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Al señor del castillo le importáis más de lo que está dispuesto a admitir —dijo con una pícaro expresión.

Paula se la quedó mirando con una expresión entre sorprendida y divertida, pero solo se le ocurrió decir:

—Miryam, ¿te has vuelto loca?

La cocinera sonrió indulgentemente.

—¿Te apetece desayunar?

—No hasta que me expliques qué has querido decir exactamente.

—No es tan difícil de entender, creo que al lord del castillo le gustáis más de lo que él quiere reconocer.

—Eso no es cierto, él me odia, siempre es desagradable conmigo, me pide explicaciones por todo lo que hago, intenta ponerme en evidencia delante de sus hombres, siempre se enfada conmigo, nada de lo que hago o digo le complace.

—Precisamente por eso. Patrick jamás se había comportado así con ninguna mujer. Con su esposa siempre fue muy considerado, nunca se enfadaba con ella. Tú no le tienes miedo y te enfrentas a él, eso junto con tu inteligencia y belleza son el tema de conversación preferidos dentro y fuera del castillo. Todo eso le debe de tener muy desconcertado, pero al mismo tiempo le gusta. Lo he sorprendido observándote y créeme, en sus ojos había admiración, y algo más.

Paula dejó de escuchar cuando oyó las palabras «su esposa». Su corazón se aceleró y se quedó

blanca. Tartamudeando preguntó:

—¿Lord Patrick está casado?

Miryam la miró unos segundos intensamente.

—Vaya, vaya, que me ahorquen si vos no sentís algo por lord Patrick.

—¡Yo no... jamás se me pasaría por la cabeza...! ¿Cómo puedes pensar siquiera...? ¡Por todos los santos, no le soporto, lo detesto, no quiero volver a verlo en lo que me queda de vida!

Al ver el apuro de Paula, Miryam intervino enseguida.

—Oh, querida, enamorarse es lo más hermoso y natural del mundo.

—¡Pero es que yo no estoy enamorada de lord Patrick, no puedo enamorarme de él! ¿No lo entiendes?

Tras decir esto se quedó cabizbaja y en silencio. Miryam sonrió esta vez con sinceridad y alegría, empezaba a cogerle cariño a Paula.

El fuego que había surgido entre los dos estaba ahí, invisible para ambos, pero con la experiencia de sus años contaba con la ventaja de poder ver la llama del amor en una persona con tan solo mirarla a los ojos. Y desde luego que entre ambos había surgido algo poderoso, pero ambos tenían que aceptarlo primero para que pudiera dar fruto, y con el carácter orgulloso que los dos poseían eso podía complicar las cosas enormemente.

La cocinera preparó algo para desayunar. Cuando puso los alimentos sobre la mesa se sentó, y mientras cogía una rebanada de pan y la untaba de mermelada, comenzó a decir:

—Lord Patrick se casó hace seis años. Su esposa, una mujer buena y afable, falleció mientras daba a luz al segundo hijo de ambos.

Paula levantó súbitamente la cabeza.

—¿Muerta, hijos?

—Los niños se encuentran en el castillo, pero todavía no has tenido la oportunidad de conocerlos, supongo que lord Macdonald está considerando la mejor ocasión para presentártelos. Sarah es la mayor, tiene cinco años y es una niña preciosa y dulce. Ewan es el futuro lord del castillo y tiene tres años, los mismos que hace que murió su madre. Se parece mucho a su padre, será tan fornido y guapo como él.

Paula esbozó una tímida sonrisa pensando: «¿Fornido y guapo? Eso es quedarse muy corta».

—Supongo que lord Patrick se quedaría muy desolado —dijo Paula.

—Así es, nunca se confió a nadie, pero todo el castillo sabe que partió hacia Tierra Santa, huyendo de los recuerdos y buscando que el tiempo mitigara su dolor.

—Debió de amarla mucho.

—No.

Paula la miró directamente a los ojos intrigada por su rotunda afirmación.

—No la amaba, fue un matrimonio de conveniencia pactado desde la infancia de ambos, algo muy común en las Highlands, pero aprendió a respetarla y quererla. Lady Catherine tenía un carácter tranquilo y sabía escuchar, era una madre fabulosa y sabía llevar el castillo. Nunca le contrariaba o le hacía enfadar. Ella le dio libertad para que hiciera lo que quisiera, nunca le reprochó nada, lo amaba profundamente. Cuando falleció, Patrick se fue dando cuenta con cada día que pasaba de que no había hecho nada por hacerla feliz y que la echaba de menos. Su carácter se agrió, salía a menudo del castillo y no volvía en días, comía poco y mal, rehuía la conversación, se encerraba en su alcoba durante días a veces, descuidó su higiene personal y a sus propios hijos, y un día decidió irse fuera de su país. Ha estado fuera durante mucho tiempo. Regresó hace aproximadamente un mes, el resto ya lo sabes.

—Ahora que sé de la existencia de los niños, ¿podría ir a conocerlos? Por favor.

—No veo que haya inconveniente, más tarde lo arreglaremos. Ahora come un poco y cuéntame algo sobre tu país y sobre ti.

Paula se quedó mirando a la sonriente cocinera con algo parecido a una mezcla de cariño y diversión.

—Si te contara la verdad sobre mí, nunca la creerías, Miryam, saldrías corriendo con el convencimiento de que soy un demonio o de que estoy totalmente loca y soy peligrosa. Confía en mí, a medida que me conozcas te irás dando cuenta de muchas cosas. Entonces empezarás a ver y te harás preguntas que tú misma tomarás como un síntoma de que estás perdiendo la cabeza. Si te atreves a hacérmelas, te prometo que te contestaré la verdad aunque eso signifique que te alejes de mí para siempre.

Miryam la miraba atónita sin decir nada. A Paula su expresión le pareció graciosa y sonriendo le dijo:

—No te inquietes, no tienes nada que temer de mí, ni tú ni nadie, todo lo contrario. Siento no poder decirte nada más por el momento y soy consciente de que lo que he dicho te suene extraño y te desconcierte, si yo estuviera en tu lugar me pasaría lo mismo. ¿Podrás esperar un poco antes de que pueda confiarte mi secreto?

—Claro, muchacha —le dijo mirándola, todavía asustada, a los ojos.

—Voy a dar un paseo con *Sandokan*. Si el señor del castillo no está, supongo que podré disfrutar de unos momentos de intimidad y paz. Voy hasta el lago, cuando regrese me asearé un poco y quizá sea entonces un buen momento para conocer a los niños.

Cuando Paula se disponía a salir, Miryam habló.

—¿Puedo empezar a preguntar?

—Adelante.

—El caballo salvaje. ¿Cómo es posible que...?

La cocinera no sabía cómo continuar. Paula titubeó unos segundos.

—Nací con un don, Miryam. Puedo comunicarme con los animales y ellos conmigo.

—Por supuesto —dijo la cocinera muy despacio, como pensando que era mejor darle la razón—, es comprensible.

—No, no lo es —replicó Paula riendo—, pero es la verdad. Por desgracia hay cosas mucho más complicadas que no entenderás y que no podré demostrarte, pero al menos estarás preparada para creer que no miento.

—¿Puedes hacer que el caballo venga a buscarte aquí a la cocina?

—Sí, Miryam.

No había pasado ni un minuto cuando *Sandokan* se presentó muy contento en la cocina, ante la expresión atónita de la cocinera. Paula le sonrió, intercambió con *Sandokan* caricias, risas y palabras y montando en el caballo se dirigió al exterior del castillo, donde disfrutó un par de horas sin mayores sobresaltos, asimilando toda la información que su nueva amiga le había proporcionado.

Él había estado casado, tenía dos hijos y lo más sorprendente de todo, ese hombre tenía sentimientos, o al menos los tuvo por una mujer. ¿Estaría ella equivocada, ese Dios que la dejaba temblando cada vez que estaba a su lado sería capaz de interesarse por ella, o solo era lo que a ella le gustaría? Cuando regresó, preguntó por el curtidor y fue a visitarlo. Se llevó unas piezas de cuero, prometiendo pagarle en cuanto su excelencia regresara. Encargó que le prepararan un baño en su habitación y solo salió del agua cuando esta se quedó completamente fría. Se vistió y se

dirigió a las cocinas.

CAPÍTULO V

Los niños resultaron ser absolutamente adorables. Paula se ganó su confianza enseguida. Cuando entró en la habitación de los niños y se los presentaron, su expresión era de absoluto terror. Paula, sorprendida, les preguntó por qué estaban asustados. Fue la niña la que habló y le dijo:

—¿Es usted el demonio español?

Tras unos segundos de perplejidad Paula empezó a reírse, pero se contuvo al ver que los niños podrían asustarse más, y sonriendo, les preguntó:

—¿Os parezco un demonio?

Los niños la observaron detenidamente, se miraron entre ellos, y fue la niña de nuevo la que volvió a hablar.

—No, milady, es usted muy guapa para ser un demonio.

Ewan sonreía dando a entender que él pensaba lo mismo.

—No sabéis cómo me alegro de que no os creáis todo lo que os dicen. ¿Os gustaría salir a dar un paseo y jugar un poco?

Ante tan inusual perspectiva, los niños mostraron su entusiasmo sin disimulo. La niñera, de padre inglés, que se encargaba de su educación y a hablarles solo en ese idioma, fue más difícil de convencer, pero al final consiguió persuadirla.

El pequeño grupo formado por la niñera, su doncella, los niños y dos fuertes guerreros como escolta pasó el resto de la mañana en las proximidades del castillo. Paula pidió una cuerda larga y gorda y les enseñó un par de canciones mientras saltaban. Cuando regresaron al castillo todos tenían las mejillas arrojadas por el esfuerzo, los niños disfrutaron mucho. Era el primer día desde que había llegado a esa época que realmente se había reído y divertido, olvidándose por completo de dónde se encontraba. Al enterarse de que el señor del castillo no había llegado todavía, se dirigió a las cocinas y preguntó a Miryam si podían comer allí. Hacía mucho tiempo que la cocinera no oía risas infantiles y veía caras felices por el castillo y su cocina. Paula y los niños habían congeniado de maravilla, pero lo de su secreto la tenía intrigada y preocupada, no quería hacerse ilusiones, Paula podría irse un día y no volver jamás.

El resto de la tarde pasó volando. Paula dibujó unos patrones que entregó a su boquiabierta doncella junto con el cuero que había adquirido y le pidió que le tomara medidas para que le confeccionaran las prendas.

—Milady, una mujer no puede llevar pantalones ni prendas tan atrevidas, el señor se pondrá furioso si la ve así —dijo la consternada doncella.

—No te preocupes, Eli, el señor siempre está furioso conmigo, eso no es ninguna novedad.

Dos días más tarde, su doncella le trajo las prendas que había encargado. Después de asearse, se las probó y quedó gratamente sorprendida al comprobar la excelente confección y que las prendas se ajustaban como un guante a su piel. El cuero era muy suave y flexible, le permitía doblarse, saltar y agacharse con facilidad. Estaba impaciente por salir y empezar a calentar sus agarrotados músculos y conseguir que volvieran a funcionar. La guerrera que llevaba dentro necesitaba acción.

Durante los tres días que llevaba sin ver a lord Macdonald había estado entretenida pasando horas con los niños, enseñándoles nuevos juegos y algunas palabras en español. Como todos los niños, eran esponjas y aprendían muy rápido. La primera noche, antes de dormirse, les había contado un cuento. Tanto se entusiasmaron que no pudo negarse a contarles otro cada una de las otras dos noches transcurridas. No se sabía quién disfrutaba más, si los niños o ella. Paula escenificaba los cuentos y los niños no paraban de reír, de gritar y de asustarse. Al final, estaban más despiertos que antes de meterse en la cama, y la niñera terminaba regañándolos a los tres, intentando parecer enfadada, algo que no lograba conseguir, pero Paula daba por finalizada la velada dándoles un beso de buenas noches y prometiendo contarles otro al día siguiente.

Tenía ropa cómoda, un caballo y un lugar tranquilo para entrenar fuera de los ojos de toda aquella gente que la miraba como si fuera... ¿de otro planeta? ¿Y quién podía reprochárselo? Solo le faltaba un arma, ya que no podía disponer de las suyas, tendría que encontrar a alguien dispuesto a prestársela. Vestida con su nueva ropa, bajó las escaleras que conducían al vestíbulo. Allí divisó a un soldado. Cuando este la vio, se quedó momentáneamente como si alguien le hubiera convertido en estatua de sal. Paula se acercó a él sin inmutarse, ya contaba con ese tipo de reacciones en cadena, sabía que iba a escandalizar a todo el castillo con sus ajustados pantalones. El soldado solo era el primero.

—Buenos días, soldado, me preguntaba si sería posible conseguir una espada.

Después de mirarla sin ningún disimulo con una lascivia que la enfureció, el soldado le contestó:

—Claro, muchacha.

Cogiéndose con una mano lo que los hombres tienen entre las piernas, continuó:

—Aquí tienes una de la mejor calidad. ¿Te gusta, cariño?

Una exclamación ahogada se escuchó en algún punto del vestíbulo.

Paula aguantó la mirada del hombre, devolviéndole al mismo tiempo la suya, que se había convertido en una tan fría y peligrosa que el soldado, incómodo, tuvo que mirar hacia otro sitio.

Paula le preguntó:

—¿Sabéis quién soy?

—Algo he oído —contestó envarándose de nuevo—, pero estoy deseando descubrirlo.

Con una media sonrisa y los ojos centelleando, Paula le dijo:

—Como gustéis.

No bien había terminado de decir esas palabras cuando Paula le propinó una patada en la entrepierna, lo cual le hizo doblarse en dos y caer de rodillas al suelo.

—¡Oh! Sois muy amable, pero no hace falta que me lo pidáis de rodillas, aunque ello me complazca sobremanera, soy una mujer fácil —le comunicó Paula con una voz afectada.

Acto seguido le lanzó un rodillazo al mentón que hizo que se desplomara en el suelo. Paula se agachó a su lado y apretándole un punto estratégico del cuello, le dijo:

—Si bien su galante gesto me ha emocionado, lo que realmente me abruma es comprobar cómo los hombres pierden el sentido por mí.

Unos segundos después el soldado yacía inconsciente en el frío mármol del vestíbulo. Paula le arrebató la espada, se levantó y miró a su alrededor hasta que descubrió el lugar donde sus dos espectadoras medio escondidas, su doncella personal y otra muchacha, la miraban con una mezcla de temor, estupefacción y admiración. Paula les sonrió, les hizo una exagerada reverencia en forma de saludo, se dio media vuelta y salió al exterior a buscar a *Sandokan*. Tenía por delante una dura mañana de entrenamiento.

Era la hora del almuerzo para cuando regresó al castillo. Le dolían hasta las pestañas, ciertamente la espada que había tomado prestada pesaba infinitamente más que su querida katana, no se podía comparar un jamelgo con un purasangre, el exceso de peso y los días que llevaba sin adiestrarse habían hecho mella en sus músculos, pero a pesar de todo, estaba satisfecha y agradecía haber podido disponer de tiempo para realizar sus ejercicios. Al entrar en el vestíbulo observó cómo el soldado al que había dejado inconsciente antes de su partida se dirigía hacia ella hecho una furia, arrojando al mismo tiempo con gran estrépito una jarra de cerveza que portaba en la mano al suelo.

—¡Maldita hija de puta, te voy a enseñar...!

Eso es todo lo que pudo decir antes de que su cuerpo diera al traste de nuevo en el suelo y se encontrara con su propia espada en el gaznate.

Con el escándalo causado, varias personas se acercaron a ver qué estaba ocurriendo, pero Paula solo estaba centrada en el necio que tenía a sus pies.

—Soy lady Paula. Tócame un solo pelo de la ropa o vuelve a faltarme al respeto y te prometo que me encargaré personalmente de cortarte y hacer que los perros se coman tus pelotas mientras tú lo contemplas. ¿Lo has entendido bien, gusano?

Paula soltó la espada, dejándola caer ruidosamente a su lado y se dirigió a su habitación para asearse un poco y cambiarse de ropa antes de asaltar la cocina de Miryam.

Durante todo el día fue la comidilla del castillo. No había un alma en él que no se hubiera enterado de su enfrentamiento con el soldado. Los hombres la miraban con curiosidad y al mismo tiempo como si le hubieran crecido cuernos y las mujeres la sonreían y hacían reverencias, incluso los niños no pararon de hacerle preguntas, llegando incluso a representar la escena en la que había derribado por segunda vez a ese pobre infeliz.

Durante el día se mantenía ocupada ayudando en lo que podía, pero al llegar la noche, en la intimidad de su habitación, no podía dejar de pensar en Patrick, llevaba cinco días fuera y nadie parecía saber nada acerca de su paradero ni en qué momento regresaría. La imagen de él desnudo en el lago, su pelo, su sonrisa, la autoridad y seguridad que emanaba, se aparecían una y otra vez en su mente, torturándola y provocándole una intensa excitación que la atormentaba. Pero después se acordaba de cómo la había abofeteado, y la rabia y las lágrimas afloraban con fuerza. No sabía si podría perdonarlo, pero de lo que sí estaba segura era de que ansiaba verlo más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Dos días después, Patrick entró en el castillo seguido de sus dos hombres y sir Diego. Paula sabía que había llegado por el revuelo que se había formado en el patio, el cual escuchó a través de la ventana de su habitación. Con el estómago brincándole se asomó por la ventana discretamente para verlo. Entonces su corazón también se aceleró. ¡Por Dios! Ni el cansancio ni la suciedad eran capaces de mermar su poderoso atractivo. ¿Pero qué le pasaba a los órganos de su cuerpo, se habían vuelto locos? Nerviosa y frotándose las manos se apartó de la ventana sin saber qué hacer.

Al cabo de unos minutos alguien llamó a la puerta. La sorpresa le hizo dar un respingo, pero enseguida dio su permiso para que quienquiera que fuese pasara. Por nada del mundo se había esperado encontrar en el umbral al señor del castillo. Se quedó muda, mientras su corazón había pasado del trote al galope en milésimas de segundo. Su silencio y su agitación fue malinterpretada por Patrick, quien supuso que la dama le guardaba un profundo rencor y le temía, y creyendo que su presencia la alteraba y molestaba a partes iguales, decidió ser lo más breve posible.

—Lady Paula —la saludó con una ligera inclinación de cabeza. Tras mirarla unos breves

segundos, comenzó a hablar—. Desde que llegó a este castillo... —Patrick titubeó—. Siento muchísimo todo lo que ha pasado y la brusquedad con la que la he tratado, especialmente el último día que nos vimos, un acto de lo más vil. Jamás había pegado a una mujer. No sé qué me ocurrió, no espero que me crea ni pretendo que me perdone cuando ni yo mismo puedo hacerlo. —Entonces, adelantando una mano en la que había un papel, se lo ofreció. Paula lo cogió por inercia, pero sin mirarlo—. Le he comprado un pasaje para Francia. El barco partirá dentro de dos meses, no he podido encontrar otro que saliera antes, pero le aseguro que daré las órdenes oportunas para que hasta que ese día llegue, el tiempo que pase entre nosotros se encuentre lo más cómoda posible.

Y sin más, sin esperar respuesta, le hizo una reverencia y salió del cuarto dejándola más muda que al principio.

Patrick llevaba días preparándose para ese encuentro, haberle comprado el pasaje del barco era, sin duda, la mejor decisión que había tomado para ambos, ella podría por fin llegar a Francia y buscar a sus parientes, y la vida de él continuaría sin sobresaltos. Entonces, ¿por qué notaba que no podía respirar, por qué verla de nuevo casi le había hecho olvidar lo que le llevaba a su alcoba, y sobre todo, de dónde había salido ese repentino deseo que le forzaba a volver a entrar en la habitación, quitarle de las manos ese maldito pasaje y romperlo en mil pedazos? No podía continuar así durante dos meses más o se volvería loco, tenía que hacer algo para que esa mujer saliera de su cabeza.

Paula estaba entretanto debatiéndose entre qué le enojaba más, si la fría condescendencia de él o la ausencia de reacción de ella. Si no le fallaba la memoria, no recordaba haberse quedado jamás sin habla. Quizás en otras circunstancias el galante gesto de haber viajado durante días para conseguirle un billete de barco rumbo a donde ella le había confiado querer dirigirse le habría conmovido, pero en ese instante lo único que sentía era una mezcla de rabia, vergüenza y desilusión que la empujaba a querer golpearle una y otra vez. ¿Tantas ganas tenía él de que se fuera?

No salió en toda la tarde de sus aposentos, apenas cenó lo que su doncella le había subido, pero antes de acostarse quiso salir a dar las buenas noches a los niños, y como siempre, la convencieron de contarles un cuento. Había pasado una mala tarde, pero la sola sonrisa de esos pillastres a los que cada día se sentía más unida fue suficiente motivo para que la hicieran olvidar su malestar.

Patrick no había podido reunirse todavía con sus hijos. Al poco de llegar había tenido que resolver algunos asuntos urgentes del clan. Ya era tarde y estarían en la cama, pero aun así subió las escaleras que llevaban a su habitación, necesitaba verlos antes de irse a acostar. A medida que se acercaba, le pareció escuchar voces y risas. «Estupendo —pensó—, todavía están despiertos, podré pasar unos minutos con ellos.»

Cuando llegó cerca de la puerta, que se encontraba entreabierta, una voz familiar lo frenó en seco. Se acercó muy despacio y miró a su través, quedándose sorprendido al confirmar sus sospechas. Ante sus ojos Paula hacía las delicias de los niños, a los cuales nunca había visto tan sonrientes y felices, y los tres juntos se lo estaban pasando en grande. Esa mujer no dejaba de sorprenderlo.

—Paula, por favor, cuéntanos un cuento —pidieron los niños.

—Está bien, esta noche os voy a contar uno que es muy antiguo, uno que me contaba mi mamá y que su mamá le contaba a ella, pero era uno de mis favoritos y quiero compartirlo con vosotros. El cuento se titula *Lo que hizo una sonrisa*.

Los niños y la niñera se acomodaron entusiasmados y Paula comenzó su relato:

—Benito era un niño que jamás había tenido un abrigo en toda su vida. Tan solo en una ocasión pudo gastar una moneda y nunca olvidó tal acontecimiento. No obstante, se consideraba muy feliz, y su madre estaba muy contenta con él.

»—Mira, mamá —decía Benito—, por lo que más siento ser pobre, es porque nunca puedo dar nada a nadie. No me es posible hacer un buen regalo a Lucía, nuestra vecinita, el día de Navidad, ni tampoco a Tomás el día de su santo. Y ni siquiera puedo dar una moneda al ciego que hay en la esquina, a pesar de que me gustaría mucho poder hacerlo.

»—Pero querido hijo —exclamó su madre sorprendida—. ¿Qué importa que no puedas hacer regalos caros a la gente? Siempre puedes obsequiarles con otras cosas.

»—¿Cuáles?

»—Por ejemplo, una alegre sonrisa. Si ves a alguien cargado de paquetes, puedes ofrecerle tu ayuda para llevarlos. Por la calle puedes saludar amablemente a todos los conocidos. Fíjate, por ejemplo, en el pobre feo señor Tristán, que vive en la calle inmediata. Nadie le dirige una sonrisa ni una mirada de simpatía y estoy segura de que ha de vivir muy triste y solo, sin un amigo en el mundo.

»Benito reflexionó acerca de lo que acababa de decirle su madre. En efecto, tenía mucha razón. A pesar de que no disponía de dinero para comprar regalos destinados a otras personas, podía en cambio repartir sonrisas y amabilidades. Y decidió empezar aquel mismo día.

»Por la mañana fue a hacer algunas compras para su madre. Se llevó una red, porque debía comprar patatas. Una vez en la calle buscó con la mirada al viejo señor Tristán; Benito le tenía un poco de miedo, porque aquel personaje poseía unas cejas muy pobladas que sabía fruncir de un modo amenazador.

»En efecto, bajando por la calle, vio llegar al señor Tristán, con cara de muy pocos amigos. En cuanto se halló a muy poca distancia de él, Benito se quitó la gorra y le dio cortésmente los buenos días y sonrió. Benito tenía una sonrisa muy simpática que agradaba a todo el mundo.

»El señor Tristán se quedó tan sorprendido que ni siquiera se acordó de devolver aquella sonrisa. Se quedó mirando a Benito como si no pudiera creerse lo que veía. El niño continuó su camino, satisfecho de haber sonreído, aunque sintiendo un desengaño, porque el señor Tristán no había correspondido. “Ha sido una sonrisa tirada”, pensó Benito. Pero no fue así, porque una sonrisa no se pierde nunca. Oíd ahora lo que fue de aquella y os convenceréis.

»El señor Tristán continuó su camino, seguía pensando en la sonrisa de Benito, que dio algún calor a su frío y solitario corazón. Al llegar a su casa fue a mirarse al espejo. Vio en él a un viejo de aspecto irritado, sucio, descuidado y triste. ¿Qué aspecto tan desagradable tenía!

»“A pesar de todo, debe de haber algo agradable en mi aspecto, porque de lo contrario aquel muchacho no me hubiera sonreído”, pensó el señor Tristán. “Yo, por mi parte siempre me he figurado ser un viejo feo, amargado, malhumorado y colérico, que odiaba a los chiquillos y no tenía un solo amigo en el mundo. ¿Me habré equivocado?” Volvió a mirarse y luego se le ocurrió una idea. “Pues no creo ser tan malo como todo eso”, murmuró. “Si estuviera limpio y bien vestido, si mi traje fuese nuevo y bien hecho, si me cortara el cabello y me afeitara, sería un hombre completamente distinto. Y no hay duda de que este muchacho no me hubiera sonreído si yo fuese tan malo y desagradable como quieren dar a entender.”

»Valía la pena haber visto aquel día al señor Tristán. Se quitó todas sus viejas prendas y tomó un baño caliente. Volvió a ponerse la ropa vieja y, meneando la cabeza, se dijo: “Es imposible limpiar y adecentar eso. Voy a encargarme un traje nuevo”.

»Salió de casa y, ante todo, entró en la barbería para que lo afeitasen y le cortaran el pelo. Luego se dirigió a casa del señor Costuras, que era el sastre.

»—Quisiera un traje nuevo y bonito —dijo—. Algo de colores vivos y alegres. También deseo un sombrero nuevo. ¡Ah, se me olvidaba!, necesito también un abrigo. Hágame el favor de tomarme medidas para todas esas prendas.

»El señor Costuras se puso contentísimo. En los últimos tiempos las cosas no le marchaban muy bien y no tenía bastante trabajo. Empezó a tomar las medidas del señor Tristán y le habló alegremente. Y como eran tan pocas las personas que se resolvían a hablar con él, este se puso muy contento al ver que lo hacía el sastre. Por otra parte le pareció muy agradable haber encargado un nuevo traje y pasó un buen rato mientras le tomaban las medidas.

»—Mejor será que hagamos dos trajes —dijo de pronto—. Sí, los necesito. Uno de ellos puede ser azul y el otro de color marrón. Además, necesitaré dos sombreros y no uno.

»El señor Costuras apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¡Cuánto dinero ganaría aquella semana! Y se dijo que así podría enviar a su sobrino un buen regalo de cumpleaños. Eso era muy agradable.

»El señor Tristán salió al fin de la tienda sonriente y contento. En cuanto al señor Costuras, el sastre, se sentó para preparar los nuevos encargos y cortar la tela destinada a los dos trajes.

»“¿Qué le mandaré a Jaime para su cumpleaños? ¿Un libro? Me expongo a enviarle uno que ya haya leído. ¿Qué le voy a mandar?”

»Cortó las mangas de una chaqueta, sin dejar de pensar en aquel asunto. Por fin dio con la solución y, muy satisfecho, pensó: “¡Ya lo tengo! Lo mejor será mandarle el dinero. Cinco monedas. Pero, ¿no será mejor que le envíe siete? Es un buen muchacho y yo le quiero mucho, y como ganaré bastante con esos dos trajes, queda decidido, le enviaré siete monedas”.

»Después de haber trabajado largo rato, interrumpió la tarea para comer. Una vez lo hubo hecho, salió y envió el dinero a su sobrino. Hecho esto se volvió a casa muy satisfecho.

»¡Cuántas cosas había hecho ya aquella sonrisa! Fue la causa de que el señor Tristán se comprase varias prendas de ropa, dio un alegrón al sastre y le permitió mandar un poco de dinero a su sobrino.

»Jaime no esperaba de su tío tan buen regalo para su cumpleaños. En realidad no esperaba cosa alguna porque le constaba que el señor Costuras era pobre y no podía desprenderse de la menor suma. Por otra parte el mismo Jaime no se acordaba del cumpleaños, porque había un asunto que le tenía muy preocupado y triste. Ello era su perrito *Leal*. Tenía seis meses de edad y era preciso adquirir un permiso. Según el reglamento referente a los perros, no podía circular ninguno por la calle de más de seis meses de edad sin que su dueño hubiese adquirido el necesario permiso. Este se vendía en el pueblo al precio de siete monedas. Y el pobre Jaime no tenía ningún dinero. No había que pensar tampoco que su padre se lo pagara, pues no le era posible. Y el pobre muchacho estaba triste y preocupado, porque quería a *Leal* con todo su corazón.

»—¡Oh, *Leal*, si no puedo comprar el permiso para ti, cualquier día podrán llevásete! —decía abrazando a su amiguito—. Todos los perros han de tener permiso y tu careces de él. ¿Por qué creces tan deprisa? ¡Y si te llevasen yo tendría un disgusto de muerte!

»*Leal*, muy triste, como si le hubiese comprendido, lamió la mano de su amo. Ignoraba de qué se trataba, pero le causó gran dolor ver llorar a Jaime.

»Ya os podéis imaginar cuál fue la alegría del muchacho al ver que se presentaba un correo y que, por orden de su tío, le entregaba siete monedas. ¡Cuánto dinero! ¡Y precisamente aquel era el precio de un permiso para tener perro!

»Junto al dinero llegó una carta de su tío que decía:

»“Querido Jaime: como no sé lo que necesitas o deseas el día de tu cumpleaños, te he mandado algún dinero. Gástatelo en lo que prefieras y se feliz. Tu tío que te quiere, Costuras.”

»Jaime dio una vuelta, saltando, en torno de la cocina y empuñando al mismo tiempo el dinero. Muy excitado llamó a su padre y a *Leal*, y este último se puso tan contento al ver la alegría de su amo, que lo acompañó ladrando y saltando a su vez. Aquella misma mañana salieron los dos para adquirir el permiso, y tanto en su viaje de ida como de vuelta ambos corrían y saltaban con el mayor júbilo.

»Jaime adquirió, pues, el permiso y luego, acompañado del perro, se dirigió al río con objeto de ir al establecimiento de su tío, a darle las gracias por su magnífico regalo.

»Dio la casualidad de que Benito también iba por la orilla del río. Iba a hacer algunas compras para su madre, igual que el día anterior, y el camino del río era el más corto para llegar a la tienda donde se dirigía. Mientras iba corriendo, tropezó con una de las raíces de un árbol y se cayó, con tan mala suerte que empezó a rodar por la orilla hacia el agua, hundiéndose en ella con gran ruido, pero el muchacho, agitando brazos y piernas con el mayor frenesí, asomó la cabeza a la superficie y empezó a pedir socorro con todas sus fuerzas ya que no sabía nadar.

»Jaime se acercó al agua, pero alguien se le anticipó. Este fue *Leal*, el cachorro, que, a pesar de serlo, era ya grande y fuerte. Diose cuenta de la caída de Benito y oyó su chapoteo al llegar al agua. Y como quería mucho a su joven amo, sentía la mayor simpatía por los muchachos de su edad. Esta fue la razón de que, a su vez, se arrojase al agua con el propósito de salvar al que se hallaba en la corriente.

»Sin vacilar un instante saltó al río y empezó a nadar en dirección al punto en el que se hallaba Benito. Con sus fuertes dientes agarró la chaqueta del muchacho y empezó a nadar con él hacia la orilla. En ella esperaban ya algunos curiosos que le ayudaron a sacar al muchacho. Luego ovacionaron al perro, mientras algunos casi lloraban de alegría al ver que Benito se había salvado.

»—¡Buen perro, *Leal*! ¡Buen perro! —exclamó Jaime, muy orgulloso de él—. Tienes muy merecido el permiso que me ha costado siete monedas. ¡Oh, sí!

»—¡Es el mejor perro del mundo! —dijo Benito dándole un abrazo—. Me ha salvado la vida. ¡Qué mojado estoy!

»—Ven conmigo a casa de mi tío —dijo Jaime—. Vive cerca de aquí y allí podrás secarte. No tengas reparo, porque es un hombre muy bueno.

»Benito acompañó a Jaime a casa de su tío Costuras, el sastre. Muy pronto se vio ante un buen fuego, envuelto en una manta, en tanto que el señor Costuras le secaba la ropa, colgándola de unas sillas que expuso al calor de las llamas.

»Mientras hablaban los tres, se presentó el señor Tristán con objeto de enterarse de cómo andaba la confección de sus trajes. Como advirtió la agitación que reinaba en la casa, preguntó la causa de ella y le explicaron lo ocurrido. Manifestó interés por ver al muchacho salvado y en cuanto estuvo en la cocina se quedó muy sorprendido reconociendo a Benito, que aún continuaba ante el fuego envuelto en la manta.

»—¡Caramba! Es el amable muchacho que me sonrió ayer. Bueno, bueno. No te puedes imaginar el bien que me hizo tu sonrisa, muchacho. Hizo que me sintiera tan bueno, que acabé viniendo aquí para encargarme algunas prendas de ropa. ¿No es así, señor Costuras?

»—Sin duda, señor —contestó el sastre—. Y el encargo de usted me alegró muchísimo, porque andaba algo escaso de trabajo. Además esos trajes me permitieron mandar a mi sobrino un regalo

de cumpleaños. ¿Has recibido el dinero, Jaime?

»—Oh, sí, tío —exclamó el muchacho, dándole un abrazo—. A causa de lo ocurrido había olvidado darte las gracias, pero ahora tengo mucho placer en manifestarte mi agradecimiento.

»—¿Y en qué vas a gastarte ese dinero? —preguntó su tío.

»—Ya lo he gastado. He adquirido un permiso para poder tener a *Leal*. Precisamente veníamos del pueblo cuando vimos que Benito se caía al río. Entonces *Leal* se arrojó al agua y lo salvó.

»De pronto todos guardaron silencio, pues cada uno se sumió en sus propias reflexiones. Benito pensaba en el maravilloso encadenamiento de los sucesos y luego habló diciendo:

»—Me ha salvado mi propia sonrisa. Si yo no hubiese sonreído ayer al señor Tristán, este habría continuado tan malhumorado como siempre, y no hubiera sentido el deseo de encargarme nueva ropa. Sin este encargo, el señor Costuras no habría tenido el dinero suficiente para hacer un regalo a Jaime. Y si este no hubiese recibido las siete monedas, no le habría sido posible adquirir el permiso para tener a *Leal* y, por consiguiente, el perro no habría podido salir a la calle, así, cuando yo me caí al río, ni Jaime ni su perro *Leal* me hubiesen visto y es posible que yo me hubiera ahogado. Por consiguiente, mi sonrisa, la que mi madre me recomendó dirigir a todo el mundo, ha sido la causa de mi propia salvación.

»—¡Esto es maravilloso! —exclamó el señor Tristán—. ¿Quién hubiese creído que una sonrisa era capaz de hacer todo eso?

»—¡Y yo que me figuré haber desperdiciado inútilmente una sonrisa! —exclamó Benito—. Pero no fue así. Mamá asegura que las sonrisas y las palabras bondadosas no se pierden nunca, y ahora veo que tiene razón.

»Bueno, ¿que os parece? No creáis que aquí acaba el efecto de aquella sonrisa, ni muchísimo menos. Por su causa, Jaime, Benito y *Leal* se hicieron grandes amigos. El señor Costuras, el sastre, hizo tan hermosos trajes para el señor Tristán que, gracias a ellos, alcanzó gran fama y tuvo que ampliar su establecimiento. En cuanto al señor Tristán, era otro hombre. En adelante se mostró bondadoso, lleno de generosidad, cordial y comprensivo, de modo que cuando lo encontraba algún muchacho, se alegraba de tal suceso, porque el señor Tristán ya no los miraba con ceño, sino amable y sonriente.

»Y todo ello se debió a una sonrisa.

»¿Qué os ha parecido el cuento, os ha gustado? —preguntó Paula a los niños.

—¡Muchooo! —contestaron los niños a la vez.

—Me alegro muchooo. Y ahora, a dormir.

A pesar de las protestas de los niños, Paula se despidió de ellos, los besó y abrazó con tal ternura que hizo que el corazón de Patrick se estremeciera, los arropó y se dirigió hacia la puerta, no sin antes dar las buenas noches a la niñera, a la cual se la notaba tan encantada con ella como a los niños. Antes de que saliera, con una sonrisa en los labios, se escondió en un recoveco del pasillo y esperó unos segundos antes de entrar a desear a sus hijos las buenas noches.

A la mañana siguiente, Paula se levantó y se vistió para ejercitarse un rato, abrió la puerta de su alcoba para dirigirse, como había cogido por costumbre, a la cocina a desayunar con su amiga. Al salir se tropezó con algo que casi la hizo caer. Recobrado el equilibrio, se acercó a averiguar qué clase de objeto era el responsable del susto que acababa de llevarse. Las lágrimas se escaparon de sus hermosos ojos sin poder evitarlo, cuando vio el resto de sus pertenencias y las katanas a sus pies.

Cuando Patrick se dirigía al gran salón a desayunar, encontró a Diego esperándolo en el hall con una expresión de lo más divertida.

—Te veo muy alegre esta mañana, ¿me he perdido algo?

—Bueno, no es para menos, es increíble la cantidad de cosas curiosas que pueden ocurrir en seis días.

—¿A qué tipo de cosas te refieres exactamente? —dijo alzando una ceja.

—Oh, nada importante.

—Bien, entonces si no son importantes, vayamos a desayunar, me muero de hambre.

Patrick se adelantó a Diego, con una sonrisa traviesa en los labios, era cuestión de segundos que su amigo empezara a hablar como una alcahueta.

—Al parecer... —empezó a decir Diego. Patrick soltó una carcajada. Sin molestarse en absoluto, Diego continuó—: Como te decía, al parecer lady Paula ha estado muy ocupada en nuestra ausencia.

Sin perder la sonrisa, Patrick le contó lo que sus hijos le habían relatado la noche anterior.

—Lady Paula ha estado contándoles todas las noches historias antes de dormir, una de ellas debía de ir de una dama que sabe luchar y pone en serios aprietos a un soldado. Los niños han hecho el resto, me imagino que han distorsionado la verdad, poniendo cara a esa dama y difundiendo por todo el castillo esa historia. Tendré que hablar con la dama en cuestión para que ponga más cuidado con las cosas que inventa y cuenta a los niños y advertirla de las consecuencias. Lo que no entiendo es que te hayas creído semejante patraña.

—Es que no es ninguna patraña.

—¿Y quién, si se puede saber, te ha metido esas tonterías en la cabeza?

—La doncella de lady Paula.

Patrick puso los ojos en blanco.

—¿Y cuándo te ha...? Vale, déjalo, no quiero saberlo.

—Eli y otra sirvienta la vieron la primera vez que dejó inconsciente a uno de tus guardias.

—¿La primera? ¿Es que hubo más? —preguntó Patrick en tono burlón, encontrando toda esta historia de lo más divertida.

Diego esperó unos segundos antes de contestar, sabía el impacto que sus siguientes palabras iban a causarle y se estaba divirtiendo enormemente.

—Eso parece, la segunda vez medio castillo fue testigo, incluidos dos de tus hombres de confianza que me lo han corroborado personalmente.

A Patrick se le borró la sonrisa con la misma velocidad que se hacía más amplia la de su amigo.

—Cuéntame todo lo que sepas, hasta el último detalle —le ordenó.

Unos minutos más tarde, Patrick estalló:

—¿¡Qué demonios dices que llevaba puesto!?

—Unos pantalones de cuero y una especie de camisa que se ajustaban a su cuerpo como una segunda piel. Por cierto, le debes al curtidor su nuevo vestuario.

Cuando sir Diego terminó de contarle la hazaña, Patrick echaba fuego por los ojos y sus músculos estaban tan tensos que parecía que iban a estallar. Puede que Paula, aún no entendía cómo, hubiera sido la artífice de esas cosas sin sentido que le acababa de contar Diego, pero él haría algo más que eso. Ese cerdo no vería otro amanecer, acababa de ordenar que lo encerraran en la mazmorra. Como jefe del clan, tenía que dejar muy claro a todos que no iba a tolerar semejante comportamiento y aún menos con una dama que era su invitada en el castillo. El soldado sería ejecutado hoy mismo. Había tomado una decisión, entonces, ¿por qué su ira no remitía? Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse y no ir él mismo a buscarlo para hundirle la espada hasta lo más profundo de sus entrañas.

De repente, Diego llegó corriendo con la cara desencajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Macdonald impaciente.

—¡Patrick, el guardia ha desaparecido! El escudero de sir Robert oyó hablar anoche a dos soldados que estaban planeando matar hoy por la mañana al «demonio español» y mandarlo de vuelta al infierno, no sin antes... haberse divertido con ella, ya me entiendes. El escudero no le dio mayor importancia, hasta que ha visto tanto revuelo y ha preguntado por el motivo del mismo.

—¿Alguien ha visto a lady Paula?! —preguntó Patrick mientras subía las escaleras de tres en tres rumbo a sus habitaciones. —¡Maldita sea! —dijo tras comprobar que allí no se encontraba. Bajó corriendo al vestíbulo, donde le informaron de que el semental negro no estaba. A su vez, Diego salió de la cocina muy alterado y le dijo que sabía dónde localizarla. Ambos se dirigieron a los establos a por sus caballos y se fueron en dirección al lago.

Antes de verlos escucharon la lucha con las espadas. A Patrick se le subió el corazón a la garganta, no podría perdonarse que le ocurriera nada, y espoleando a los caballos al límite de sus fuerzas, llegaron a un claro desde el cual lo que vieron les puso los pelos de punta. De detrás de unos matorrales una cabeza salió volando y aterrizó justamente delante de ellos. Paula se quedó inmóvil cuando les vio.

Patrick y Diego se miraron brevemente, antes de que el primero desmontara del caballo, se pusiera a su altura en dos zancadas y la manoseara y mirara por todas partes en busca de heridas.

—¿Os encontráis bien, Paula?

—Estoy perfectamente, y os agradecería que me quitarais las manos de encima.

Patrick la soltó de repente como si quemara, al mismo tiempo que se disculpaba y un leve y encantador rubor aparecía en su bellissimo y masculino rostro.

—¿Qué ha pasado?

—Me han atacado y me he defendido.

—Podrían haberos matado.

—Podrían, pero no lo han hecho, ya os dije que sé cuidar de mí misma.

—¿Podríamos seguir hablando de esto en el castillo?

—No hay mucho más que contar, pero si eso os complace, como gustéis.

Tras dejar los caballos, los tres se dirigieron a la biblioteca que hacía también las veces de despacho. Paula no había podido perdonar todavía a Patrick, pero no solo deseaba hacerlo, también deseaba hacerle otras muchas cosas.

—Lady Paula, ¿qué ha ocurrido? —empezó Patrick, sacándola de sus ensoñaciones.

—¿Vuelvo a ser lady Paula?

Patrick se revolvió incómodo en su sillón.

—Ya os lo dije antes, me atacaron y me defendí —contestó Paula.

—Paula, se lo ruego, ¿cree que podríamos dejar nuestras desavenencias a un lado e intentar centrarnos? Lo que ha pasado en los últimos días es muy grave.

—Lo intentaré, pero no le prometo nada.

Patrick se pasó las manos por la cara en un gesto de desesperación, pero decidió hacer como si no hubiera escuchado su último comentario.

—He sido informado de lo que ha acontecido en mi ausencia, pero me gustaría conocer de primera mano los hechos.

—Durante su ausencia han ocurrido muchas cosas, ¿a cuál de ellas se refiere exactamente?

Patrick estaba haciendo un gran esfuerzo por no perder los estribos.

—A lo que ha llevado a dos de mis hombres a querer asesinarla.

La mirada de Paula se convirtió en hielo cuando posó sus ojos en los de él.

—¿Está insinuando que yo les di motivos para hacerlo?

—No. Pero, ¿acaso no les dio motivos para que le faltaran al respeto? Según tengo entendido, llevaba puestas encima unas prendas impropias de una dama, o de cualquier mujer decente que se precie, las cuales por cierto al parecer han sido cargadas sorprendentemente a mi cuenta personal.

—A ver si lo he entendido bien, ¿me está diciendo que llevar unos pantalones convierten a una mujer en una puta, lord Patrick?

Patrick parpadeó incrédulo ante la sinceridad y falta de moderación a la hora de hablar de esa mujer.

—Lo que quería hacerle entender, y quizá me he expresado mal, es que hay ciertas prendas que no son apropiadas para una mujer y aún menos para una dama, ya que provocan ciertas reacciones en un hombre, no sé si me comprende.

—Le he entendido perfectamente a la primera, no intente suavizar su afrenta, ya me tiene acostumbrada.

Patrick se puso rojo como la grana, y bajó la vista para que ella no viera su turbación, sabía perfectamente a qué otras ofensas se refería.

—Usted lleva falda a menudo, ¿no es cierto? ¿Dejaría de usarla solo porque a las mujeres les provoca sexualmente ver sus piernas e imaginarse lo que hay debajo?

Patrick se quedó con la boca abierta mientras Diego se encontraba cada vez más incomodo por el cariz que estaba tomando la conversación.

—Llevar un kilt es una tradición escocesa que nos llena de orgullo. Está sacando las cosas de quicio.

—Yo no lo creo. Se lo voy a poner más fácil. ¿Podría usted montar a caballo y entrenarse con un vestido que le llegara hasta los pies? ¿Podría luchar con algo así puesto?

—¡Las mujeres no luchan, los hombres las protegemos, por lo tanto no tienen que entrenar y no necesitan ponerse otro tipo de ropa!

—¡Yo sí!

Durante un rato el silencio fue lo único que se escuchó en la estancia, mientras dos pares de ojos se desafiaban mutuamente.

—¿Me está diciendo que sabe luchar como un hombre? —dijo por fin Patrick.

—¿Me está diciendo que no lo cree posible?

—¿Y quién le enseñó, las monjas? —se burló Patrick—. ¿Va a decirme ya quién la ha ayudado a evitar que en estos momentos estuviera muerta?

Paula, ignorando su sarcasmo, se levantó despacio.

—No he tenido ocasión de agradecerle su generoso gesto al comprarme un pasaje de barco, no tenía por qué haberlo hecho. También quiero darle las gracias por haberme devuelto mis pertenencias, no obstante, debo informarle de que entre ellas no se encontraba mi anillo, estoy convencida de que se trata de un simple olvido que subsanará tan pronto le sea posible. Si no desea ninguna otra cosa, excelencia, me gustaría poder retirarme y asearme un poco.

—No hemos terminado de hablar, Paula, y no me llame excelencia.

—¿Y cómo se supone que debo llamarle ahora?

—Solo Patrick.

—Bien, Patrick, yo sí he terminado de hablar con usted, buenos días.

Acto seguido se dio media vuelta y salió de la biblioteca.

—¿Por qué me odia tanto?

—Ha estado encerrada en una mazmorra una semana pasando hambre y frío, después la encerraste en una habitación, la has abofeteado, no has dejado de gruñirla, te burlas de su peinado, te burlas de sus habilidades para saber defenderse pese a que te lo han confirmado, has dado a entender que su comportamiento y forma de vestir es más bien propio de una mujer de baja reputación, ¿y me preguntas por qué te odia?

Patrick lo miró sin una pizca de humor en sus ojos, más bien parecía abatido.

—Diego —anunció al cabo de unos segundos—, creo que ha llegado el momento de que conozcas a tu familia y presentarte en la corte, prepara tus cosas, partimos pasado mañana.

Patrick pasó la tarde en su despacho dando instrucciones y resolviendo algunos asuntos. Cuando al fin estuvo todo en orden, ya tarde, ordenó que subieran a su dormitorio una bañera con agua bien caliente para bañarse y algo de cenar.

Paula por su parte, cuando salió del despacho de Patrick se encerró en sus habitaciones. No tenía sentido enfadarse por lo que había tenido que escuchar, si el machismo todavía perduraba en su siglo, debía entender y excusar el patrón de comportamiento del siglo XIV, para eso jugaba con unos siglos de ventaja cultural, estaba viviendo una experiencia única que debía de aprovechar al máximo, sin embargo, a pesar de ello, ¿por qué se tomaba tan a pecho todo lo que él le decía, por qué le dolía tanto, por qué era tan agresiva, ácida e irrespetuosa con él? Ella no era así normalmente. Solo había una respuesta a todas esas preguntas, pero hasta ese momento su mente se había negado a aceptarla. Había atravesado las barreras del tiempo y el espacio y se había enamorado hasta las trancas de un hombre siete siglos más viejo que ella con el que no tenía futuro, el destino era caprichoso y cruel y Paula estaba desolada. Tenía que recuperar su anillo inmediatamente y regresar lo antes posible a su mundo, donde ya nada sería igual.

Patrick se metió en la bañera con la intención de relajarse. Después de una mañana de sobresaltos se había mantenido ocupado toda la tarde y había conseguido no pensar en ella, pero ahora se le había colado en el cerebro y ahí estaba, ocupando todo su espacio.

Sabía que ella tenía motivos para detestarle, pero no entendía ese carácter endiablado y esa agresividad hacia él, no le daba tregua. Él intentaba ser amable con ella, pero ella se lo ponía muy difícil, era obstinada, implacable, demasiado inteligente, su lengua era letal, pero también era tan hermosa, tan mujer, que eclipsaba a todas las demás. Sonrió al recordar el momento en que la vio con sus hijos, descubrió que bajo esa fachada existía otra persona completamente diferente, una mujer tierna y encantadora que se divertía jugando con los niños y reía constantemente, una mujer deliciosa que él deseaba con todo su ser, pero que jamás podría conseguir. Mantenerse alejado de ella hasta que su barco fuera a partir era lo mejor, la corte y los Mcleod le iban a tener tan entretenido que estaba seguro de que pronto se olvidaría de ella.

Esa misma noche, a Paula se le había ocurrido una idea, iba a grabar discretamente con su cámara de video cada rincón del castillo, y sobre todo a las personas que sabía echaría tanto de menos. Era un acto de absoluto masoquismo, lo sabía, pero aun así quería hacerlo, de esa forma siempre estarían con ella.

Al día siguiente se las arregló como pudo para grabar a Patrick tantas veces como tuvo ocasión, consiguiendo sacar un par de muy buenos planos de él, mientras se entrenaba como cada mañana con sus hombres, aún a sabiendas de que esas imágenes iban a mortificarla el resto de su vida.

Miryam supo nada más verle la cara que algo no andaba bien. Con la excusa de que fueran a buscar algo, se libró de sus dos ayudantes. Paula aprovechó ese momento para poner su cámara sobre un soporte disimuladamente y le dio al botón de grabar.

—¿Qué ocurre, querida?

—Yo... vengo a despedirme, Miryam.

—Pero si el barco a Francia no sale hasta dentro de dos meses —dijo la cocinera con sorpresa y preocupación—, y además, ¿dónde vas a ir y de qué vas a vivir durante ese tiempo?

—No te preocupes por eso, me las arreglaré.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para convencerte de lo contrario?

Paula, a la que le costaba trabajo hablar en ese instante, negó con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido para hacer que tomes esta decisión tan precipitadamente? ¿Tiene algo que ver con el señor, ha vuelto a comportarse indebidamente? ¡Porque si es así, él y yo vamos a tener algunas palabras! —dijo muy enfadada.

Eso hizo sonreír a Paula.

—No, no se trata de eso. Es mucho más complicado.

Y quitándose el delantal, a la vez que entraban las ayudantes de cocina, les daba instrucciones y Paula aprovechaba para recuperar su videocámara, Miryam dijo:

—Muy bien, entonces vayamos a dar un paseo, ha llegado el momento de que contestes a mis preguntas y me descubras tu secreto.

Paula la miró horrorizada, no contaba con eso.

—Me lo prometiste, Paula.

—Lo sé, pero sinceramente, pensaba que no tendría que hacerlo, y que la noticia de mi partida te aturdiría lo suficiente como para que te olvidaras del asunto.

—Pues ya ves que no lo he hecho.

—Dame unos minutos para ir a buscar unas cosas a mi habitación, voy a necesitarlas para que me ayuden a demostrar lo que vas a oír.

—Por Dios bendito, Paula, si tardas algo más que unos minutos, yo misma iré a buscarte antes de que la curiosidad me mate.

Paula se echó a reír.

—No es la curiosidad la que puede matarte, sino el haberla saciado.

Miryam se quedó mirándola sorprendida.

—Ya lo entenderás.

Diez minutos después ambas salían del castillo a dar un largo paseo. Las reacciones de Miryam no tardaron en hacerse esperar, como era previsible. Pasó de la risa a la incredulidad, la duda, el miedo, a pensar que Paula había tomado setas alucinógenas. Pero tras mostrarla cómo funcionaban el video y el ipod, cuando las evidencias de las pruebas y las cosas que le mostraba y de las que le hablaba no dejaban la menor duda de que decía la verdad, se rindió a la evidencia.

De regreso al castillo, Miryam no dijo ni una sola palabra. Paula respetó su silencio, comprendiendo el gran esfuerzo que requería asimilar algo como lo que su amiga acababa de oír.

Cuando llegaron, Paula se excusó para ir en busca de Patrick y reclamarle su anillo. En ese preciso instante, la cocinera pareció salir del lugar donde se hallaba y mirándola fijamente, le dijo:

—Me temo que eso va a ser imposible.

—¿Por qué?

—Lord Patrick partió esta mañana muy temprano con sir Diego y cinco hombres mas, entre ellos mi esposo. Antes de irse me encargó comunicarte que volverá a tiempo de acompañarte al barco que te llevará a Francia y que se llevaba tu anillo para asegurarse de que no harías ninguna tontería... Lo siento, Paula.

Paula gimió de impotencia y se desplomó en una silla, tapándose la cara con las manos. Al cabo

de un rato, simplemente se limitó a decir:
—¿Comemos?

CAPÍTULO VI

A sir Diego se le notaba nervioso y preocupado desde su partida del castillo. Le inquietaba averiguar si sería bien recibido por sus familiares y si estos lo aceptarían.

Patrick le había informado que el castillo Dunvegan era una estupenda fortaleza situada en la costa oeste, en la isla de Skye, e intentaba tranquilizarle asegurándole que sus familiares estarían encantados de conocerlo.

Cuando faltaba poco para llegar, Patrick envió un emisario al castillo para que informara de su llegada.

Diego divisó a medida que se acercaban a un grupo de personas esperándolos en la entrada. No tardó mucho en darse cuenta de quién era el jefe del clan, y su tío, debido al gran parecido con su padre. Sin mediar palabra, se bajó del caballo acercándose al mismo.

—¿Tío Angus?

Tras observarle durante unos instantes que le parecieron interminables, su tío esbozó una gran sonrisa y abriendo sus brazos, le instó a que se acercara a él para abrazarlo.

Su llegada fue celebrada durante días con grandes festejos. Parientes de todas partes se acercaron a conocer al nuevo miembro del clan. Habló durante horas con sus tíos y primos. Diego estaba eufórico y feliz, su familia paterna lo había recibido con gran alegría y él inmediatamente se había sentido cómodo e integrado en ella.

Quince días después, y no sin muchos esfuerzos, Patrick consiguió que dejaran a su amigo acompañarle a la corte, donde él, como duque, tenía obligaciones, y así presentarlo en sociedad. Diego prometió volver con su clan y quedarse con ellos en cuanto le fuera posible.

En la corte, aparte de las audiencias e interminables reuniones, las cuales Patrick no pudo eludir, asistieron a numerosos bailes, eventos de sociedad, clubes para hombres, tabernas y sastrerías.

La segunda noche en uno de los bailes de la temporada, Patrick conoció a la hija del laird del clan Chattan, una bonita muchacha que no le quitaba los ojos de encima. En los sucesivos días se hizo patente que Patrick se encontraba a gusto en su compañía. A Diego la muchacha no le gustaba en absoluto, se pavoneaba delante del resto de la sociedad mirándolos por encima del hombro cogida del brazo de su conquista, como diciendo «es mío y no lo voy a soltar». Ni que decir tiene que Patrick era uno de los mejores partidos a los que una muchacha casadera podía aspirar. Las mujeres suspiraban por él. No solo era poderoso, rico y un gran y considerado guerrero, además era endiabladamente guapo y las mujeres se acaloraban notablemente cuando lo tenían cerca, pero la señorita Ross había llamado la atención del lord y era muy consciente de ello. Para remate, el laird del clan Chattan había recibido una misiva que le obligaba a regresar a sus tierras lo antes posible, y Patrick se había ofrecido a acompañar a su hija hasta su fortaleza unos días después de su partida para que no le retrasara.

El camino de regreso resultó lento y tortuoso debido al carruaje lleno de equipaje de lady Ross y a los continuos descansos que la misma y su dama de compañía solicitaban al pequeño grupo, momentos en los que la dama en cuestión no desaprovechaba para reclamar la atención de su caballero. En uno de esos intervalos, sir Diego se alejó un poco del grupo para estirar las piernas

y sorprendió a su amigo besando a lady Ross. Discretamente dio media vuelta, consternado. Patrick cometería un gravísimo error si decidía casarse con esa muchacha que exceptuando su agradable apariencia, carecía de cualquier otra cualidad atractiva.

Llegaron al castillo de Patrick, ya anochecido, un mes y medio después de su partida. Se dispusieron habitaciones para la dama y su doncella, y para asombro de Diego, Patrick envió a uno de sus hombres con un mensaje para el jefe del clan Chattan, informándole de que habían llegado sin contratiempos a sus tierras y que tenía intención de alojar durante unos días a su hija en su castillo como invitada.

Paula había visto llegar discretamente a la comitiva. La presencia de una dama la turbó, pero era muy tarde y decidió meterse en la cama sin querer pensar en lo que significaba, ya se enteraría al día siguiente.

No la vio hasta la hora de almorzar. Su sola visión le provocó una reacción en todas las fibras de su ser que no supo definir. Fue una mezcla de euforia, excitación, miedo, rabia y no sabía cuántas cosas más, pero finalmente consiguió sobreponerse y hacer llegar a sus pies la orden de moverse y aparentar más seguridad y calma de la que sentía en realidad. Mientras se acercaba a él para exigirle que le devolviera su anillo, una bonita muchacha salía del salón e igualmente se le estaba acercando.

—Quiero mi anillo, y lo quiero ya.

—Buenos días, querido, ¿interrumpo algo? —intervino la recién llegada.

—Buenos días a las dos. Yo también os he echado de menos, lady Paula. Os presento a lady Ross, hija del laird del clan Chattan, se quedará unos días con nosotros en el castillo como mi invitada.

—Lady Ross —dijo Paula con una leve inclinación de cabeza.

En ese momento la dama, que se le comía con los ojos, se giró para saludarla a su vez, y al mirarla su rostro palideció a la vez que pegaba un pequeño respingo que tuvo la habilidad de controlar de inmediato, y agarrando posesivamente a Patrick por el brazo, correspondió a su saludo.

Evidentemente a Patrick ese detalle no se le escapó. La belleza de Paula dejaba impresionadas hasta a las mujeres más bonitas. Tampoco se le escapó la mirada de Paula cuando Ross lo agarró del brazo.

—Vamos a almorzar. ¿Nos acompañáis, lady Paula? —dijo Patrick en un tono afable.

—No, gracias, he prometido a los niños que almorzaría con ellos. Cuando terminéis, ¿podría hablar con vos un momento?

—Podéis hablar ahora si queréis, no tengo nada que ocultarle a Margaret —dijo sonriendo a la dama.

Decir que la joven se infló como un pavo es quedarse corto. Decir que Paula hervía por dentro es quedarse aún más corto.

—Vos quizá no, pero en lo que se refiere a mis asuntos, yo decido quién o no debe escucharlos —dijo envarada—. Si me disculpan.

Y acto seguido se dio media vuelta y se alejó hacia las cocinas.

—¡Oh! No puedo creer que haya sido tan grosera, ¿quién es esa mujer?

—No tienes por qué inquietarte, pronto se irá. —Y cuando lo dijo, una punzada le traspasó el corazón.

Pero lady Ross no se quedó satisfecha con la respuesta, y se dijo a sí misma que averiguaría por sus propios medios quién era esa mujer y qué hacía allí, y si no se iba pronto, ella se encargaría

de que así fuera. Después se ocuparía de los hijos del lord. Iba a ser la esposa de Macdonald, y no le importaba lo que tuviera que hacer para conseguirlo, nada ni nadie iban a interponerse en su camino.

Durante los siguientes tres días en el castillo hubo un ambiente festivo. Músicos, acróbatas, juglares y comida por doquier amenizaban las veladas, todo para agasajar a la nueva invitada, que no se separaba del lado de Patrick ni un solo segundo y al que miraba por encima del hombro, dejándole claro que él era suyo. Paula intentaba aparentar calma, pero cada vez que estaba sola o en su habitación, se derrumbaba. Si alguna vez albergó la esperanza de ser correspondida por ese maldito highlander, esta había desaparecido por completo. Era hora de volver a su tiempo y a su vida.

Lady Ross no había estado ociosa, ahora conocía toda la historia de Paula, y más que nunca estaba decidida a que saliera del castillo, sobre todo después de observar como él la seguía con la mirada donde quiera que la viera aparecer. Estaba claro que a Patrick no le era indiferente, lady Paula era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa y alta que había visto en su vida, la envidia y los celos le hacían hervir su sangre escocesa. Tenía que idear un plan y llevarlo a cabo inmediatamente.

Por su parte, Paula asistió impotente en varias ocasiones al caprichoso carácter de la chica, que se comportaba como si fuera la señora del castillo, dando órdenes a todo el mundo para satisfacer sus más mínimos deseos con una arrogancia, prepotencia y grosería insoportables, mientras derrochaba todo su encanto en cuanto Patrick aparecía.

Paula salió como cada mañana a entrenarse al lago con *Sandokan* envuelta en un grueso plaid y pieles. Cada día hacía más frío y sus músculos y huesos no conseguían acostumbrarse con facilidad. Patrick la observó alejarse a través de la ventana de su alcoba, todo ese tiempo alejado de ella no había servido para nada, no podía mitigar su atracción por esa mujer y la distancia que había puesto entre ambos a propósito le estaba matando. Hubiera preferido mil veces discutir con ella a todas horas que comprobar la tristeza que encerraban sus hermosos ojos las poquísimas ocasiones que coincidían. Ambos se estaba evitando, pero en quince días partiría rumbo a Francia y no volvería a verla más. La decisión que había tomado de desposar a la hija de Chattan era la más acertada. Cuando Paula se fuera, su nueva esposa haría que se olvidara de ella. Había llegado el momento de devolverle la única cosa por la que Paula aún seguía allí, su anillo. No sabía a ciencia cierta por qué no lo había hecho antes, quizá porque intuía que al hacerlo ella desaparecería de su vida para siempre.

Cuando Paula regresó, Patrick la estaba esperando.

—Paula, ¿podrías acompañarme al despacho un momento, por favor?

Paula asintió en silencio y lo siguió.

—Creo que ya va siendo hora de que le devuelva esto —le dijo a la misma vez que abrió uno de los cajones de su escritorio y extendía hacia ella su anillo—. No se puede negar que es una joya de una belleza extraordinaria. —Tras una breve pausa, y mientras observaba el anillo, sin que le diera tiempo a pensar siquiera lo que estaba a punto de decir, prosiguió—: Casi tanto como su dueña.

Durante un par de segundos sus miradas se encontraron y sus dedos se rozaron. Paula, sorprendida, solo acertó a decir:

—Creo que a lady Margaret no le agradaría saber que va por ahí exaltando la belleza de otras mujeres.

Patrick, avergonzado y abatido, comprendiendo que esa mujer nunca podría ser suya, le dijo:

—Dentro de una semana le acompañaré a coger su barco.

Paula asintió en silencio, sabiendo que ese día no llegaría nunca. Al ver que no se movía, Patrick le preguntó.

—¿Os encontráis bien? ¿Puedo hacer algo por vos?

Paula alzó la cabeza y le miró directamente a los ojos, esa sería probablemente la última vez que podría hacerlo teniéndole tan cerca. Quería recordar cada detalle de su hermoso y varonil rostro, cada detalle de su esculpido y glorioso cuerpo.

Patrick no podría haber descrito qué le ocurrió en ese momento, pero una gran opresión como nunca había sentido se apoderó de él sintiendo como si le arrancaran el alma.

—Gracias, ahora ya tengo todo lo que necesito —dijo observando el anillo. Y sin decir ni una palabra más, se fue.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta de su habitación y verter el caudal de lágrimas que pujaban por salir, oyó que alguien la llamaba.

—Lady Paula, ¿tenéis un minuto? Me gustaría hablar con vos —escuchó la voz de Margaret. Lo que le faltaba, ¿que querría esa pequeña bruja?

—¿En qué puedo ayudaros? —respondió Paula cortésmente.

—No hemos tenido tiempo de conversar a solas desde mi llegada —comenzó diciendo la arpía.

—Me consta que habéis estado muy ocupada —dijo Paula sarcásticamente.

Si la otra se dio por aludida, no lo mostró.

—Me han contado las circunstancias que la trajeron a nuestro país, y cómo acabó en la mazmorra. Quería expresarle mi indignación por ambos hechos. Cuando me case con Patrick, me aseguraré de que un error semejante no vuelva a ocurrir jamás. Estoy segura de que estará deseando partir hacia Francia y encontrar a sus parientes. Su vida no ha sido fácil, pero finalmente encontraréis sin duda una merecida felicidad. ¿Cuándo pensáis partir? Si puedo hacer algo por vos, no tenéis nada más que pedírmelo.

A Paula se le cortó la respiración.

—¿Lord Patrick ha pedido su mano?

—Lo hará dentro de dos días cuando mi padre venga a recogerme, durante la cena que va a dar en mi honor antes de que parta a mi casa a dar la buena nueva y preparar la boda. Va a ser toda una sorpresa, pero estoy convencida de que este matrimonio le hará muy feliz. Nos complacería mucho que asistierais a esa cena, lady Paula —concluyó con una sonrisa triunfal.

Por supuesto, su visita tenía toda la intención de dejarle claro que ella iba a ser la señora del castillo y que no la quería en él. A Paula le temblaba todo el cuerpo, pero necesitaba escupirle a esa miserable mujer un poco de su propio veneno.

—Permítame ser la primera en darle la enhorabuena, lady Ross, es una gran noticia. No solo asistiré a la cena, no me perdería esa boda por nada del mundo, ya que desafortunadamente no encuentro por ninguna parte el pasaje de barco que lord Macdonald compró para mí. Me he vuelto loca buscándolo. Estoy terriblemente consternada por las molestias que le estoy causando a lord Patrick, me temo que hasta dentro de otros tres meses no podré embarcar. Mi partida tendrá que retrasarse.

Esta vez lady Ross no pudo disimular su malestar, y forzando una sonrisa, antes de despedirse, le dijo:

—Claro, querida, estoy segura de que Patrick le comprará otro pasaje lo antes posible. Me encargaré de ello personalmente.

En cuanto la puerta se cerró, las lágrimas empezaron a agolparse en sus ojos, en unos segundos

no hubo manera de detenerlas.

Lady Ross se dirigió a su habitación echando chispas por los ojos. Nada más cerrar la puerta su furia se desató, cogió un jarrón y lo estalló contra la pared. No podía consentir que ella se quedara en el castillo con Patrick hasta el día de la boda. Las mujeres intuían muchas cosas, y ella sabía que Paula podría arruinarle todos sus planes. Tenía que actuar rápido.

Cuando se tranquilizó salió al encuentro de uno de los hombres de su padre, que siempre había estado enamorado de ella, y con el que sabía que podría contar para cualquier cosa. Se disponía a encaminarse hacia las escaleras, cuando unas risas infantiles llamaron su atención. Se dirigió hacia el lugar de donde procedían, y allí descubrió a los hijos de Patrick jugando a solas.

—Hola, niños.

Los niños la miraron sobresaltados.

—Soy lady Ross, ¿os han hablado de mí?

Los niños negaron con la cabeza a la misma vez

—Voy a casarme con vuestro papá, supongo que eso me convierte en vuestra nueva mamá. ¿No es maravilloso?

Los niños se miraron el uno al otro como si el mundo se hubiera caído a sus pies.

—Yo quiero que papa se case con Paula —dijo inocentemente Sarah en un arranque de vehemente sinceridad.

En ese momento Margaret sintió cómo la rabia y los celos se apoderaban de ella de nuevo.

—¿Qué os parecería ir a Londres a un magnífico colegio donde aprenderíais muchas cosas interesantes?

—Yo no quiero ir a ningún colegio, aquí tenemos profesores que ya nos enseñan muchas cosas —replicó Sarah.

—De igual forma iréis a ese colegio, más vale que lo vayáis asimilando —dijo secamente, tras lo cual se dio la vuelta y salió dando un portazo.

La institutriz salió de detrás de una cortina donde, en un pequeño baúl allí guardado, estaba colocando unos juguetes de los niños en el momento en que lady Ross entró en la habitación. Lo había oído todo, y se apresuró a consolar a los niños, que habían comenzado a llorar.

Patrick había salido a cabalgar un rato. Necesitaba estar a solas para meditar con tranquilidad y claridad las decisiones que había tomado últimamente. Pero solo una cosa acudía a su cabeza una y otra vez, Paula. ¿Estaba tomando la decisión correcta? Si bien Ross era un buen partido, que reforzaría la alianza de ambos clanes, ¿esa era razón suficiente para tomarla como esposa, él que había decidido no volver a desposarse? ¿Se casaba con una mujer para olvidar a otra? ¿Iba a escoger a un insignificante colibrí que siempre revoloteaba a su alrededor en lugar de a una majestuosa águila real de la que no sabía apenas nada, pero que le tenía embrujado? Todo esto le estaba levantando un buen dolor de cabeza.

El resto del día transcurrió con normalidad en el castillo. Después de cenar, Paula, como tenía por costumbre, se encaminó a la habitación de los niños a desearles las buenas noches. Le dolía más de lo que jamás hubiera imaginado tener que dejarlos y no volver a verlos más, realmente quería a esos diablillos con toda su alma.

Qué increíble giro había dado su vida en los últimos tres meses. Ni en sus más descabelladas fantasías se hubiera atrevido a creer realmente que lo que estaba viviendo pudiera convertirse en una realidad palpable, todo esto era de locos. ¿Cómo podía mantenerse cuerda?

Entró en la habitación y su primera impresión al ver a los niños y a la institutriz fue que algo no marchaba bien.

—¿Ocurre algo?

Sarah comenzó a contarle atropelladamente la visita de lady Ross, pero la institutriz mandó acostar a los niños con la promesa de que Paula estaría con ellos en unos minutos.

La mujer le contó detalladamente lo sucedido y a Paula le entraron unas ganas terribles de salir a buscar a esa pécora y estrangularla con sus propias manos.

—Creo que deberíais contarle a lord Macdonald la visita de lady Ross, esa mujer no me gustó desde el mismo instante en que la vi, y día tras día he ido comprobando que mi primera impresión fue acertada. Lo que me habéis contado solo confirma que esa mujer va a traer problemas e infelicidad al clan.

—Lady Paula, yo no me atrevo a enfrentarme a la ira de su excelencia, además dudo mucho que le dé credibilidad a mi relato, él sabe lo mucho que una servidora y los niños la queremos, y podría pensar que se trata de una conspiración nuestra para que no siga adelante con sus planes de matrimonio.

—¿Y supones que a mí me creará, una invitada, una extranjera a la que está deseando perder de vista? No, Emma, yo no soy la más indicada. Debes hacerlo tú antes de que sea demasiado tarde, mi estancia aquí ha concluido y debo marcharme.

—¡Oh!, pero si se marcha, los niños se llevarán un gran disgusto.

—Sarah y Ewan saben que este día tenía que llegar, lo superarán con el tiempo, pero yo no os olvidaré jamás, os lo prometo.

Y ambas, con lágrimas en los ojos, se fundieron en un largo abrazo. Antes de retirarse a su habitación, Paula pasó un rato con los niños y les explicó que había llegado el momento en que tenía que regresar a su casa. La escena fue desgarradora, sabía que ese momento se le quedaría grabado a fuego durante el resto de su vida.

Después de una larga noche en vela, sin posibilidad de conciliar el sueño, se vistió para ver por última vez el precioso amanecer de las Highlands y dar un último paseo con *Sandokan*. Se pasó primero por la cocina a coger algunas viandas y Miryam la recibió, como siempre, con una cálida sonrisa. Mientras conversaban, la cocinera se fijó en el anillo que llevaba puesto.

—¿Es ese el anillo que hace viajar en el tiempo?

—Sí, el mismo —dijo Paula mientras extendía su mano para mostrárselo.

Miryam se quedó fascinada por su belleza, pero no se atrevió a acercarse por temor.

—¿Cuándo te lo ha devuelto?

—Ayer.

—¿Eso significa que te tu partida es inminente?

—Esta noche.

—No tienes porqué irte.

Paula la cortó.

—Patrick va a pedir la mano de lady Ross mañana durante la cena, antes de partir con su padre para preparar la boda.

Miryam, con los ojos abiertos como platos y anonadada por lo que acababa de escuchar, preguntó:

—¿Quién te ha dicho eso?

—La misma lady Ross.

Y Paula dejó a su amiga con sus pensamientos mientras salía al frío de la mañana.

Una hora después Patrick se disponía a desayunar cuando una voz lo paró en seco.

—¡Patrick Macdonald!

«Oh, oh», pensó Patrick. Por las únicas veces que la señora Innes lo llamaba así desde que era un niño solo podía significar una cosa, que estaba realmente enfadada con él por algo, pero, ¿por qué?

—¿Sí, señora Innes?

—Tenemos que hablar.

—¿Podrías esperar a que termine de desayunar?

—No, no puedo.

Y sin más se dirigió hacia la biblioteca seguida de un resignado Patrick.

—¿Y bien?

—Lady Paula se va esta noche.

—¿Cómo que se va esta noche, de qué estás hablando?

—Acabo de decírtelo, muchacho, se va, no necesita ni escolta ni un barco, se irá y no la encontrarás jamás. A menos que la convenzas de lo contrario, nada ni nadie podrá evitarlo, si no haces algo y rápidamente, la perderás para siempre, zoquete, ¡todos la perderemos!

Vaya, sí que estaba enfadada si se atrevía a hablarle así.

—¿Qué me estás ocultando? Si sabes lo que trama, ya puedes empezar a hablar antes de que me hagas enfadar.

—No puedo hacerlo, juré guardar su secreto.

—¿Secreto, qué secreto?

—Uno enorme y que solo a ella le corresponde contarte si así lo decide.

—Así que al final sí que esconde algo y nos ha estado mintiendo.

—Solo lo ha ocultado, y créeme que tiene motivos más que justificados para hacerlo.

—¿Lady Paula se encuentra en sus habitaciones?

—Salió hace una hora.

—¿Dónde ha ido?

—A despedirse.

—¿A despedirse de quién?

—De las Highlands.

—Miryam... —le advirtió Patrick en tono hosco.

—Al lago, como cada mañana. Date prisa, muchacho, no te queda mucho tiempo.

Patrick salió disparado como un rayo hacia los establos, montó su caballo español y se alejó del castillo al galope. Tras un buen rato buscándola y en vista de que no aparecía por ningún sitio, dejó su montura atada a un árbol y ascendió por una empinada colina. A medida que ganaba terreno se sorprendió al escuchar lo que parecía música. ¿Quién estaba tocando un instrumento encima de una colina a esas horas de la mañana? ¿Sería Paula? Bueno, viniendo de ella cualquier cosa era posible. Siguió subiendo con precaución para no ser visto y cuando llegó a la cumbre, comprobó con alivio que Paula se encontraba allí, pero lo que vio y escuchó lo dejaron paralizado. Se agazapó detrás de una gran piedra que estaba al lado de un arbusto, lo cual le ofrecía un escondite privilegiado y continuó observándola.

Paula, vestida con el traje que le confeccionara el curtidor con los patrones que ella misma le entregó, y que no había tenido ocasión de contemplar hasta ese momento, estaba magnífica. El traje se pegaba a su piel como si formara parte de ella, realzando su escultural cuerpo. El suyo propio reaccionó al instante con una sorprendente rapidez. Tras unos instantes de doloroso autocontrol se dio cuenta de que Paula realizaba una especie de extraña danza con movimientos muy estudiados y lentos. ¿Qué demonios estaba haciendo? Al agudizar sus sentidos también

escuchó una melodía tan hermosa que incluso le asustó y más cuando comprobó que allí no había nadie tocando ningún instrumento. ¿Qué era todo eso, de dónde salía esa música que no era de este mundo?

Comenzó a mirar hacia todos los lados, a derecha, a izquierda, al suelo y finalmente al cielo.

—Dios mío —dijo muy bajito para sí mismo—, no puede ser.

Muy despacio se levantó y no sin cierto temor, se fue aproximando hacia ella.

Paula que se encontraba en plena meditación, no le escuchó acercarse, así que cuando escuchó a Patrick a sus espaldas, pegó un respingo.

—Dime que esa música y esa extraña danza son frutos de mi imaginación, que esto no es real, que estoy soñando o me he golpeado la cabeza, y que en cualquier momento voy a despertarme y todo habrá sido solo un extraño sueño, porque de no ser así, no sé si sería capaz de afrontar la verdad.

Paula cerró los ojos con fuerza. ¿Qué más daba si le contaba la verdad, qué importancia tenía que la tomara por una demente, o que saliera corriendo como alma que lleva el diablo? Unas cuantas horas más y todo habría acabado. En realidad, quizá fuera lo mejor, así su partida no resultaría tan difícil. Además, en el fondo de su alma deseaba tanto contarle todo y que él la creyera.

Se giró y le enfrentó.

—Se llama taichí. —Al ver que Patrick no reaccionaba, prosiguió—. La extraña danza que has visto se llama taichí. Siéntate, Patrick, por favor, tenemos que hablar.

Patrick no dio ni un paso, se dejó caer al suelo en el mismo sitio donde se encontraba. Ella sabía que estaba asustado y no quiso inquietarle, cogió su plaid para no quedarse congelada y tras echárselo por encima, se sentó a unos metros de él.

—El taichí —comenzó— proviene de China, es meditación en movimiento. Usa movimientos continuos y circulares, suaves y relajados, en un proceso que genera aumento de la sensación de bienestar corporal. Con esta técnica se logra un alto estado de claridad mental y de relajación. Esta disciplina milenaria se basa en la estimulación de la circulación de la energía interior a través de los meridianos del cuerpo, mejorando la salud, aumentando la vitalidad y favoreciendo la longevidad. Existen cuatro metas fundamentales en la práctica del taichí: mantener una vida saludable, autocuración de ciertas enfermedades, controlar y manejar una alta técnica de autodefensa y aliviar o ayudar a curar algunas enfermedades en otras personas. A diferencia de otras artes marciales, el taichí no es violento, se parte de la base de que la mejor defensa es conocerse a uno mismo. Tener buen equilibrio, de igual forma su práctica fortalece el sistema nervioso, estimula la corteza cerebral, la concentración del pensamiento, la digestión, el sistema inmunológico, favorece la tonificación y la flexibilidad; y lo mejor de todo es que puede ser realizado por hombres y mujeres de cualquier edad y condición física.

Ni que decir tiene que su excelencia estaba atónito, aunque era consciente de la gran inteligencia y cultura que ella poseía, no había entendido ni la mitad de las cosas que acababa de explicarle. Y entonces le hizo la pregunta que temía hacerle.

—¿Eres una tuatha d'danann?

—¿Qué?! ¿Crees que provengo del pueblo mágico?!

—Tú no eres como los demás. Tu forma de hablar, de actuar, los objetos que posees...

—No, yo no...

—¿Y esa melodía? ¿De dónde proviene esa música que nadie toca y se oye en el aire?

«¡Buff, esto va a resultar mucho más complicado de lo que hubiera creído. Habría sido más

sencillo decirle directamente que venía del futuro, al menos solo habría abierto la boca una sola vez antes de salir corriendo», pensó. Pero ya era tarde, necesitaba prepararle para que asimilara lo que estaba a punto de soltarle.

—Ven, te lo mostraré.

Patrick no se movió.

—Patrick, por favor, si quieres comprenderlo tengo que demostrártelo y enseñártelo, esto es tan difícil para mí como para ti, no voy a comerte, te doy mi palabra —le dijo con una sonrisa.

Patrick la miraba intensamente. ¡Dios, estaba loca por él! Finalmente se levantó y se sentó a su lado.

—Mira —le dijo mostrándole su ipod—, este objeto puede reproducir música y voces humanas.

—¿Te burlas de mí?

—Voy a intentarlo de otra forma. ¿Has visto alguna vez una caja de música?

—Sí.

—Pues esto es como una de ellas pero mucho más sofisticada, más avanzada, dentro lleva un mecanismo diminuto y más complejo. El eco repite tus palabras, ¿no?, pues esto funciona de una forma parecida. Alguien canta una canción y este aparato atrapa las palabras y la música, con la peculiaridad de que se quedan ahí, de tal forma que puedes escucharlas cuando quieras y tantas veces como desees, puedes guardar cientos de canciones dentro.

La mirada de Patrick seguía siendo intensa y dura, solo que esta vez estaba muy cerca de ella y eso le provocaba escalofríos. La miraba como diciendo «esta mujer está fatal de la cabeza».

—Bien, ahora viene la demostración. No te asustes, solo es música, no te hará daño.

Paula lo puso en funcionamiento y buscó la música que estaba escuchando antes ya que era suave y relajante. Curiosamente se llamaba *Secretofthefairies* (El secreto de las hadas). Eso la hizo sonreír, aunque estuvo a punto de ponerle a Alesso, eso sí sería digno de ver. Prefirió no explicarle qué eran los cascos, y que la música fluyera a través de los pequeños y potentes altavoces a los que tenía conectados el ipod.

Al principio su expresión era de absoluto asombro mientras contemplaba una tecnología que le superaba, pero según pasaban los minutos su expresión se fue relajando, entonces Paula aprovechó para decirle:

—Túmbate, Patrick. Yo también lo haré. Relájate y siente la música, deja que entre en ti, que te hable.

Diez minutos después, Patrick se incorporó y ella hizo lo propio.

—¿Quién eres, Paula?

Paula se tomó su tiempo para contestar mientras miraba hacia el horizonte.

—Soy lo que ves, no soy ni un hada ni ningún ser mágico, solo un ser humano mortal como todos. Pero mi presencia en los alrededores de tu castillo sí tiene que ver en cierto modo con la magia, y utilizo la palabra *magia* porque no se me ocurre otra mejor que explique cómo es posible que me encuentre aquí.

Paula se volvió a quedar callada porque tenía un nudo en la garganta que la impedía proseguir. Patrick la miraba sin que su rostro expresara nada, como siempre que no quería dejar ver a nadie lo que pensaba, pero escuchaba atentamente sin interrumpirla.

—¿Cuántos años tienes, Patrick?

—Treinta, ¿por qué?

—Yo tengo veinticinco.

—¿Veinticinco?! ¡Por todos los santos, no te había echado más de dieciocho o diecinueve!

—Me lo imagino.

—¿Te lo imaginas?

—Sí, de donde vengo una mujer de mi edad es considerada muy joven, la edad media para que una mujer se case ronda los veintiocho años. El índice de mortalidad de las personas está en torno a los setenta y cinco u ochenta años. Las condiciones de vida son muy diferentes y mucho menos duras en casi todos los aspectos, lo cual hace que envejecamos más tarde.

—No lo entiendo —dijo Patrick con el ceño fruncido—. He venido de España no hace demasiado, como bien sabes, y no he notado esas diferencias de las que hablas.

—No has podido verlas.

—Sigo sin entender.

Paula cogió aire y lo expulsó con fuerza antes de decir:

—Tengo veinticinco años, pero en este preciso momento tendrán que transcurrir aproximadamente seiscientos ochenta y cinco años para que eso ocurra.

Patrick se quedó muy quieto unos segundos antes de sacudir la cabeza y decir:

—Discúlpame, ¿qué has dicho? Creo que no te he entendido bien.

Paula volvió a suspirar.

—Lo que estoy intentando decirte es que nací en 1991. Por muy increíble y difícil que resulte de creer y de aceptar. Vengo del futuro.

La boca y los ojos de lord Macdonald estaban totalmente abiertos.

—Eso no es posible —consiguió decir cuando se recuperó de la impresión.

—Lo mismo pensé yo cuando aparecí en 1330. Durante horas permanecí mentalmente bloqueada.

—¿Qué significa eso?

—El bloqueo mental es una resistencia provocada por la negación de algún pensamiento o emoción. Para que lo entiendas, es una especie de mecanismo de defensa que se pone en marcha de inmediato, cuando nuestra mente quiere mantener alejadas aquellas ideas o sentimientos que pueden perturbarnos, es una sensación muy incómoda en la cual no logras coordinar las ideas o te sientes atrapado. Lo más usual es la sensación de no poder pensar con claridad. La situación me creó tanta tensión que me quedé aturdida, eso quiere decir que mi cerebro reaccionó a esa sobretensión desconectándose, lo cual me produjo una gran angustia y me derrumbé permaneciendo así, como si estuviera ida durante mucho tiempo. Gracias a una gran autodisciplina que llevo practicando desde mi infancia conseguí poner en orden mis ideas, aceptar la situación y ver el lado positivo. Aunque tengo que añadir que me lo pusisteis muy difícil. ¿Lo has comprendido?

Con la ceja levantada, algo que le hacía muy atractivo, le contestó:

—Ni la mitad de lo que has dicho, como siempre.

—Y de creerme ya ni hablamos.

Patrick no contestó.

—No importa, contaba con ello. Gracias por haberme escuchado. Si no te importa, me gustaría regresar al castillo.

—Una última pregunta.

—Tú dirás.

—¿Cómo conseguiste viajar a través del tiempo?

—Magia, ya te lo he dicho.

Ambos bajaron la colina en completo silencio. Paula, reteniendo a duras penas las lágrimas que

se empeñaban en encontrar su salida. Patrick, suponía que analizando todo lo que había visto y escuchado para no tener que averiguar por él mismo lo que era un bloqueo mental.

Cuando llegaron a la altura de su caballo, la miró y le preguntó:

—¿Dónde está *Sandokan*?

—Disfrutando de un rato de libertad, ya viene.

—¿Ya viene? ¿Acaso sabe el preciso momento en el tiene que venir, o es que le has puesto hora y como buen caballo que es obedecerá tus órdenes sin rechistar? Creo que ya he escuchado por hoy suficientes...

A Patrick se le quedaron atascadas las palabras en la garganta cuando vio cómo *Sandokan* se acercaba trotando alegremente hacia ellos y se paraba mansamente junto a Paula como un perrito faldero, sin dar la menor impresión a cualquiera que lo observara de que se trataba del caballo más salvaje y cabezota que hubiera visto en su vida. Solo pudo decir, señalando con un dedo al caballo:

—¿Cómo...?

—Da igual, como acabas de decir, ya has escuchado suficiente... por hoy.

Durante el camino de regreso no volvieron a cruzar palabra.

Tras dejar los caballos en los establos, antes de que Paula subiera a su habitación, le dijo a Patrick:

—Permíteme felicitarte por tu compromiso. Espero que ambos seáis muy felices.

Patrick se quedó petrificado.

—¿Quién te ha informado al respecto? Nadie excepto...

Y entonces, pasando al gaélico, soltó una retahíla de palabras que por su enfado eran de todo menos agradables mientras daba inquietos pasos cortos de un lado a otro.

—Otra cosa, sería conveniente que hablaras con la institutriz de los niños lo antes posible.

Patrick se paró en seco.

—¿Y eso por qué?

—Lo sabrás cuando hables con ella.

—¿Pero qué diablos está pasando?! ¿Hoy es el día oficial de los secretos?

Paula, que no entendía por qué decía eso y tampoco quería saberlo ya que estaba deseando retirarse, se dio media vuelta y se fue.

Cuando se calmó lo suficiente, Patrick subió las escaleras de dos en dos y se fue en busca de la institutriz. Diez minutos después se dirigió hecho una furia a las habitaciones de lady Ross, abriendo la puerta sin contemplaciones y cerrándola con gran estrépito tras acceder al interior.

Lady Ross, sobresaltada, se levantó como un resorte del escritorio donde estaba redactando una carta, derramando con el susto el tintero que se encontraba sobre la superficie de la mesa, el cual manchó de paso su hermoso vestido. Al verlo tan furioso se puso blanca, pero en un vano intento por parecer calmada, le dijo:

—¿Qué ocurre, querido, para que entres de esta forma sin anunciarte previamente? Y además, mira lo que has hecho, has arruinado mi vestido. Tendrás que comprarme otros tres por lo menos para compensarme, ¿no te parece? —le dijo con una sonrisa sensual que se le congeló rápidamente en los labios.

—¡¡¡¿Cómo te has atrevido a decirle a mis hijos que íbamos a casarnos sin consultármelo antes?!!! ¡¡¡¿Y qué es eso de que piensas enviarlos a un internado en Londres?!!! —tronó Patrick

—¡Oh! Yo no les dije nada de eso, son demasiado pequeños y debieron interpretar mal mis palabras. Bueno, sí es cierto que les dije que iba a ser su nueva mamá, pero...

—¡Los niños no estaban solos, su institutriz se encontraba con ellos, detrás de una cortina guardando unos juguetes en un baúl, lo oyó todo! No irás a decirme que también ella lo malinterpretó, ¿verdad?

—Yo, bueno, solo pretendía conocer a los chicos y darles una sorpresa, pero entonces ellos me dijeron que querían que tú te casaras con lady Paula, y en fin, yo me enfadé y puede que dijera algo inapropiado, pero por supuesto no lo dije en serio, tienes que creerme.

—¡¡¡¿Creerte?!!! ¡Margaret, quiero que recojas tus cosas, dentro de un par de horas una escolta te acompañará para que te reúnas con tu padre, que viene de camino! ¡No va a llevarse a cabo ninguna petición de mano, queda cancelada! ¡Voy a escribir una nota a tu padre explicándole la situación y enviaré un mensajero dentro de un rato para que se la entregue en mano antes de que te reúnas con él!

—¡¡¡Todo esto es por ella!!! ¿No es cierto? ¡¡¡Solo es una burda excusa para quitarme de en medio!!! ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo la miras, cómo se te van los ojos cada vez que entra en una estancia donde tú estás? Esto no va a quedarse así, ¡no voy a permitir esta humillación, no eres más que un idiota que se ha encaprichado de una vulgar mujerzuela sin nada que ofrecer, de una oportunista que no va a aportar una dote a tu clan! ¡¡¡Es una extranjera a la que no conoces, estás traicionando...!!!

—¡¡¡Ya es suficiente!!! ¡Ella no tiene nada que ver con mi decisión, tú solita has desvelado la clase de persona que eres y no te quiero en mi vida! ¡¡¡Y solo para que te quede claro, ya te gustaría a ti tener la mitad de la clase que tiene esa dama!!!

—¡¡¡Ohh!!! —La cara de Margaret estaba tan roja que Patrick pensó que en cualquier momento saldría ardiendo.

—¡Te juro que pagarás por esto!

—Tienes dos horas, Margaret, no hagas que tenga que venir a buscarte.

Y dándole la espalda salió de la habitación. Unos segundos después se escuchó algo rompiéndose.

Las siguientes dos horas Macdonald las pasó escribiendo la carta para el laird Chattan y dando instrucciones a sus hombres. Solo cuando lady Ross abandonó el castillo se permitió relajarse, para lo cual se retiró a la biblioteca dando la orden de que no se le molestara. Tenía otras cosas que pensar y necesitaba tranquilidad.

Había llegado el momento. Hacía horas que tenía recogidas sus escasas pertenencias, no había vuelto a salir de su habitación desde que regresó a mediodía con Patrick al castillo. Solo le quedaba una última cosa por hacer, despedirse de las personas a las que había llegado a apreciar tanto. Sentía enormemente no poder despedirse de sir Diego, pero este había partido casi de inmediato a reunirse con su familia paterna. Primero fue a despedirse de los niños, los cuales ya estaban dormidos. Esperó a propósito a que fuera así, porque le destrozaría el corazón tener que enfrentarse de nuevo a su mirada y tristeza. Los estuvo observando durante un rato, y tras darles un beso a cada uno con sumo cuidado, salió de la habitación sabiendo que una parte de ella se había quedado allí. Después se dirigió a la cocina.

Cuando la señora Innes la vio entrar, se quedó como una estatua, expectante, como cuando te avisan de que un familiar tuyo ha tenido un accidente y al llegar al hospital, cuando ves aparecer al médico, se te queda parado el corazón durante unos segundos mientras se aproxima, y tú piensas «por favor, por favor, dígame que esta vivo».

—¿Has comido algo desde esta mañana, muchacha? —consiguió decir al final.

—No tengo hambre, Miryam, gracias.

—Pero es importante que te alimentes bien, si no caerás enferma, y eso no lo podemos consentir.

Paula, llorando a lágrima viva, en un impulso abrazó a su amiga con fuerza, pillándola desprevenida. La cocinera tampoco pudo controlar sus emociones y ambas permanecieron así, abrazadas y llorando durante un buen rato.

—¿Hablaste esta mañana con lord Macdonald?

—Sí, le conté todo.

—Pero no te creyó.

Paula movió la cabeza negativamente.

—Gracias por todo, Miryam, nunca te olvidaré.

—Paula...

—No me hagas esto más difícil, por favor.

Miryam no dijo nada más mientras veía impotente cómo Paula desaparecía para siempre.

Solo unos pocos minutos más tarde, el señor del castillo también entró en la cocina.

—Hola, Miryam, tenemos que hablar. ¿Puedes prepararme algo rápido de comer, por favor?

Miryam no contestó, se limitó a cumplir con lo que él le había pedido. Entonces se percató de su silencio y de sus ojos enrojecidos.

—¿Todo va bien?

—¿De qué queríais hablar conmigo, excelencia?

—¡Vaya! Ni Patrick ni lord Macdonald, su excelencia, nada menos. Definitivamente algo no va bien. Pero si no quieres contármelo, tampoco insistiré. Tengo que preguntarte algo y quiero que seas totalmente sincera. Está claro que tú sabías el, llamémoslo así, secreto de lady Paula. La pregunta es, ¿la crees?

—¿Vos no?

—Contéstame, Miryam.

—Sí, la creo, por muy difícil que sea creer y entender algo así, pero he tenido pruebas más que suficientes para confirmar que no miente.

—Esta mañana, como me sugeriste de una forma tan maternal, fui en su búsqueda, hablamos y me lo contó todo. Yo también obtuve pruebas, vi y escuché cosas que me desconcertaron profundamente. Llevo horas intentando digerir todo esto, pero mi lado racional no puede dejar de pensar que debe de haber una explicación lógica, que todo esto es una locura, y que ella se vale de algún ardid para lavarnos a todos el cerebro. ¿Sabes? Le llegué a preguntar si era una tuatha d'danann, al menos hubiera sido más creíble, ¿pero del futuro, de 1991? Dios mío, creo que ya sé lo que significa estar bloqueado.

—¿Cómo dice?

—Da igual, son cosas mías.

—¿Alguna vez ha visto al pueblo mágico?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué le da más credibilidad a una historia que a otra? De todas formas ya da igual, es demasiado tarde. Si me disculpa, milord, mañana va a ser un día muy largo, tenemos una petición de mano que celebrar.

—No va a haber ninguna petición de mano, es otra de las cosas que te tenía que comentar.

—¿Ah, no? ¿Qué ha ocurrido?

—Espera un momento, ¿por qué has dicho que ya es demasiado tarde?

Miryam solo pudo ponerse a llorar de nuevo, y entonces Patrick comprendió. Se levantó de

súbito tirando el taburete donde estaba sentado, al mismo tiempo que asustaba a la pobre cocinera y salió de la cocina como una exhalación, más que correr, voló escaleras arriba.

Cuando abrió la puerta de la habitación, lo que vio le conmocionó. Ante sus ojos Paula estaba desapareciendo bajo una luz cegadora.

—¡¡¡Nooo!!! —gritó—. ¡¡¡No me dejes!!! ¡¡¡Te amo!!!

Pero Paula ya no estaba. Cayó de rodillas, aturdido ante la visión de la prueba definitiva de la verdad y con la certeza de que la había perdido para siempre. Entonces hizo algo que en muy pocas ocasiones se había permitido. Allí de rodillas, con la cara hundida entre sus manos, lloró amargamente.

CAPÍTULO VII

España, marzo del 2016

Paula apareció sobre su cama, esta vez totalmente consciente del viaje que había hecho y con su cuerpo tan dolorido como la primera vez. Miró a su alrededor tomando consciencia de lo que la rodeaba. No cabía el menor error, había regresado a su tiempo, a su casa. Una súbita alegría la embargó. ¡Había regresado! Pegó un brinco fuera de la cama pero no tardó en desplomarse y caer al suelo. El viaje en el tiempo la dejaba débil, ahora tenía la certeza. Apoyándose en la cama consiguió sentarse sobre la misma y darle unos minutos a su maltrecho cuerpo para que se adaptara. Después salió de su dormitorio y revisó toda la casa como queriéndose asegurar de que no estaba soñando. En el salón observó un hueco vacío donde debía estar su sofá, pero enseguida se acordó de que el mismo había viajado con ella al pasado y allí se había quedado. Se dirigió a la cocina y abrió el frigorífico. ¡Bendita fuera la pareja que se encargaba del mantenimiento de su casa! En el interior encontró bebidas y comida en abundancia. ¡Cuánto había echado de menos algunas cosas! Tras degustar con verdadero fervor algunos alimentos, se dio cuenta de lo cansada que estaba y se fue a dormir. Al día siguiente tendría que empezar a recomponer su vida de nuevo.

Escocia, marzo de 1331

Su excelencia el duque Patrick Macdonald entró de nuevo abatido en la cocina.

—¿Os encontráis bien, milord? —preguntó la cocinera.

—Por favor, déjate de formalidades, en este preciso momento me siento menos que insignificante. Tú eres lo más parecido que tengo a una madre y eso es lo que necesito ahora. Miryam, he visto con mis propios ojos cómo desaparecía, la he perdido para siempre.

—Ambos habéis desperdiciado un tiempo precioso sacando vuestro maldito orgullo, como si fuera lo único que importara en el mundo en un duelo absurdo, en el que solo podía haber un ganador de vuestras arrogantes cuitas. Todos, menos vosotros, veíamos la buena pareja que formabais y lo que sentíais el uno por el otro. Pero los dos, tercios como mulas, no os dabais cuartel. Ambos sois culpables a partes iguales de lo que ha ocurrido. Ahora no tiene sentido lamentarse, la vida de cada uno debe continuar, la tuya en el presente y la de ella en el futuro.

—La amo, Miryam, más de lo que hubiera podido creer posible amar a nadie, pero me lo he estado negando desde el primer día por miedo a perderla, por miedo a que ella no me correspondiera. Y al final, ese miedo me ha hecho perderla. ¿Cómo voy a poder seguir viviendo con este dolor que me ha destrozado el alma?

—Vamos, Patrick, muchacho, ámate, Paula podría decidir volver. Quizá sea bueno que os deis un tiempo para recapacitar. Para ella esta experiencia sin duda ha debido de ser muy dura. Dale tiempo, si siente lo mismo por ti, volverá, y que me ahorquen si no te ama con la misma intensidad que tú a ella.

Los ojos de Patrick centellearon de pronto con una repentina y sincera alegría.

—¿Crees que me ama? ¿Lo dices en serio, o solo pretendes aliviar mi atormentada alma?

—No lo creo, lo sé.

Patrick se levantó de su asiento y abrazó con fuerza a Miryam, riendo y levantándola por los aires mientras giraba con ella.

—¡Patrick Macdonald, bájame ahora mismo al suelo!

—¿Entonces hay alguna esperanza de que regrese?

—La esperanza es lo último que se pierde. Todo depende ahora de ella. Por cierto, ¿llegaste a decirle que habías cancelado tu compromiso con lady Ross?

—No tuve tiempo, ¿por qué?

—Bueno, querido, ese pequeño detalle por desgracia reduce ostensiblemente las posibilidades de que regrese.

Patrick salió de la cocina finalmente con el mismo ánimo con el que había entrado.

España, marzo del 2016

Paula se despertó mirando alrededor completamente aturdida. Durante un momento se encontró desubicada sin saber muy bien dónde estaba, hasta que empezó a recordarlo todo. Se levantó y lo primero que hizo fue meterse bajo la ducha durante más de media hora. Eso era lo que más había echado de menos sin duda, una maravillosa y relajante ducha de agua caliente.

Se vistió, desayunó y tras saludar efusivamente al matrimonio que trabajaba para ella y que se quedó muy sorprendido al verla, mostrando su preocupación por haber desaparecido sin previo aviso o dejado una nota durante tanto tiempo, salió a la calle a disfrutar de su mundo.

Estuvo paseando durante mucho tiempo, mirándolo todo como si fuera la primera vez que lo veía y al final, casi sin darse cuenta, se encontró en la puerta de la comisaría donde trabajaba. Cuando entró, sus compañeros la recibieron con alegría mientras le hacían toda clase de preguntas sobre lo que había hecho durante los últimos meses. Antes de que pudiera siquiera inventar algo creíble para que la dejaran tranquila, el inspector jefe le hizo señas para que le siguiera.

—Y bien, Paula, supongo que quieres incorporarte de nuevo al trabajo. ¿Me equivoco?

—Bueno yo...

—Te advertí que si te marchabas, eso tendría consecuencias. A partir de ahora patrullarás por la zona norte como un policía más. Tu nuevo compañero...

—Un momento, inspector, todavía me quedan tres meses para concluir mi año sabático. Cuando llegue el momento ya me informará de mis nuevos cometidos. Hasta entonces, le deseo que tenga un buen día, señor.

Durante las tres semanas siguientes se puso al día de las últimas noticias en el mundo. Salía casi todas las noches con sus compañeros y amigos, que igualmente le pusieron al día de cada uno de los cotilleos habidos y por haber, sin guardarse nada. Fue al cine, al teatro, de compras e incluso tuvo un par de citas que sus amigas le habían organizado, las cuales aceptó por no decepcionarlas, según ellas no solo eran guapos sino además excelentes partidos y encantadores. Ninguno podía compararse a un hombre que más que guapo era la misma encarnación de Adonis y además era único.

Tras su segunda cita, llegó a casa decaída. No era la primera vez que le ocurría, nada le satisfacía desde que regresara del pasado. Encontraba su mundo frío, aburrido, rutinario... como

siempre, para variar, sus dos citas habían intentado besarla, meterle mano y llevársela a la cama nada más terminar de cenar, como si de ello dependiera sus vidas. Había sentido asco, ese era realmente el término exacto. No había educación, respeto, sentimientos ni honor en sus actos, solo querían sexo fácil.

La imagen de Patrick aparecía constantemente en su cabeza. Qué distinto era aquel hombre a los de su época. No había un hombre más apuesto que él, más viril, más deseable, más terco, más noble y más protector de los suyos. Exudaba fuerza, vigor, seguridad; era un líder nato. Jamás la había forzado, jamás había intentado tocarle un solo pelo, a pesar de que sabía que la deseaba, era un caballero de los pies a la cabeza, un hombre que le sacaba de quicio la mayoría de las veces, eso sí, pero ningún otro se le podía comparar, en ningún sentido. ¡Cómo lo amaba! Y las lágrimas por fin salieron incontenibles. ¡Lo echaba tanto de menos! En realidad echaba de menos todo y a todos.

Empezó a preguntarse qué hacía ahí, en su época, un lugar al que ya no sentía que perteneciera. Se encontraba vacía, sus ilusiones, su alegría, su felicidad y el hombre al que amaba estaban en el siglo XIV. Él iba a casarse con otra, esa era la respuesta.

De repente se acordó de algo, ¿cómo no lo había pensado antes? Mientras iniciaba su viaje a través del tiempo, Patrick irrumpió en su habitación con la cara desencajada y le dijo algo. ¿Qué fue? «Piensa, Paula, piensa, concéntrate. ¡No me dejes! Eso fue lo que dijo, ¡no me dejes! Después añadió algo más pero ya no pude oírlo.»

¡Dios mío!, ¿cómo podía haberse olvidado de algo así? ¿Qué significaba eso?, ¿por qué no quería que se fuese? Cuanto más se concentraba, más recordaba la cara de auténtica desesperación que tenía, y ahora que lo había recordado, no podría vivir tranquila con esa incertidumbre, ¿o quizás esa era la excusa que estaba buscando?

Con una amplia sonrisa, y sintiendo que volvía a la vida, dijo en voz alta:

—Voy a regresar para quedarme, pero antes tengo que impedir una boda.

Buscó su anillo y sin pensárselo dos veces, se concentró en su destino y unos segundos después se encontraba de nuevo en Escocia, en su antigua habitación. Cuando su cuerpo se recuperó del viaje, salió de la misma con cuidado pues ya era tarde y se fue a la cocina. Sabía que Miryam estaría allí, era la última en acostarse y la primera en levantarse. Cuando apareció por la puerta y Miryam la vio, el impacto fue tan fuerte que esta perdió el conocimiento. Unos minutos después, cuando volvió en sí, Paula la tenía entre sus brazos con cara de preocupación.

—Muchacha, ¿eres tú de verdad?

—Sí, mi querida Miryam, en carne y hueso.

—¡Has vuelto!

—Pero solo por unos minutos. Tengo algo que encargarte, escúchame, tienes que impedir que Patrick se case con lady Ross, haz lo que haga falta para conseguirlo.

Miryam esbozó una gran sonrisa y abrazó con fuerza a Paula.

—Mi querida niña, eso no va a hacer falta.

Paula se quedó lívida.

—Por favor, dime que no se ha casado ya.

—No, no se han casado.

Paula resopló con fuerza de alivio.

—Ni se van a casar. Lord Macdonald rompió su compromiso con ella por la mañana, antes de que tú te fueras.

—¡Maldita sea!, ¿por qué no me lo dijo?

—No hubo tiempo, cuando fue a hacerlo desapareciste ante sus ojos —le dijo la cocinera entre risas al oírla maldecir.

—No puedes irte de nuevo. Él te necesita.

—Escúchame bien, tengo asuntos que resolver en mi época y van a llevarme algún tiempo, pero cuando termine, volveré para quedarme y nada ni nadie podrá impedirlo.

Ambas lloraban de felicidad.

—Paula, desde que te fuiste, Patrick no ha sido el mismo, jamás le había visto así, parece un alma en pena.

—Necesito papel y algo con lo que escribir, Miryam.

—Voy a por ello.

Cuando Miryam regresó, Paula escribió cuatro palabras: «Espérame, volveré pronto. Paula».

—Creo que esto bastará —le dijo enseñándole la nota.

—Sí, creo que sí —respondió Miryam sonriendo de oreja a oreja.

—¿Podrías metérsela por debajo de la puerta, por favor? Ahora tengo que irme y quiero hacerlo desde aquí para evitar que alguien pueda verme.

Ambas se abrazaron de nuevo y se despidieron con un hasta pronto.

Paula tardó más de dos meses en dejarlo todo dispuesto antes de su partida definitiva. Vendió todas sus propiedades menos la casa en la que vivía, dejó al cuidado de la misma a sus fieles servidores, para los cuales dejó una cantidad dispuesta mensualmente con un generoso sueldo hasta el día de su jubilación, informándoles de que podrían quedarse a vivir en ella hasta que ellos quisieran. Convirtió gran parte de su herencia en lingotes de oro, dejando una importante cantidad depositada en una caja de seguridad en un banco, y por último se dio de baja en la Policía Nacional. Ya solo le quedaba embalar lo que se quería llevar a Escocia.

Una vez estuvo todo listo, con el corazón palpitándole con fuerza, se tumbó encima de las seis enormes cajas que debían viajar con ella, cerciorándose de que las tocaba con su cuerpo, y tras decir:

—Ya voy, mi amor.

Saltó de nuevo en el tiempo.

CAPÍTULO VIII

Escocia, marzo de 1331

Cuando apareció en su habitación de Escocia, allí tumbada, encima de las cajas, rio de pura felicidad. Unos minutos más tarde salió a buscar a Patrick. Entró sigilosamente en su dormitorio, pues ya era tarde, pero no lo encontró. La chimenea estaba todavía encendida, echó un tronco en ella y se sentó a esperarle.

No tuvo que esperar mucho. La puerta se abrió y su maravilloso highlander entró. Ella se puso en pie y en el mismo instante él se quedó paralizado.

—Hola, Patrick.

Con la voz emocionada, Patrick dijo:

—Paula, ¿eres tú?

—¿Quién más si no se metería por la noche en la habitación del señor del castillo sin pedir permiso?

Patrick cruzó en dos zancadas la habitación, poniéndose a un palmo de su cara, con una emoción indescriptible en sus ojos. Le cogió lentamente la cara entre sus manos y la besó. Fue un beso corto y dulce, pero su efecto la hizo tambalear, por lo que Patrick tuvo que sujetarla. Ambos se quedaron mirando el uno al otro con lágrimas en los ojos.

—No vuelvas a dejarme jamás, ¿me oyes bien?

Paula, al mismo tiempo que sonreía y lloraba, le contestó:

—No lo haré.

Y él volvió a besarla, esta vez con pasión. Su lengua se abrió paso entre sus labios incitándole a abrir su boca. Paula no se resistió, llevaba tanto tiempo deseándolo que sentía cómo su cuerpo aumentaba de temperatura y se convertía en puro fuego. Su boca y su lengua se movían suavemente pero firmes sobre la de ella, lamió la línea de su garganta y su cuello excitándola, provocándole escalofríos de placer. Ante su respuesta, Macdonald se apartó para mirarla fijamente a los ojos, y con gesto grave le dijo:

—Paula, si no quieres que siga adelante, este es el momento de parar, después no habrá marcha atrás.

Con la voz entrecortada e impaciente por continuar donde lo habían dejado, ella respondió:

—¿Crees que he viajado de nuevo en el tiempo, renunciado a mi mundo y decidido quedarme aquí para siempre para jugar contigo a las cartas?

—¡Muchacha descarada! —dijo Patrick con evidente satisfacción.

—Antes de seguir tengo que decirte algo. No es mi primera vez. En el futuro, nadie llega virgen al matrimonio.

—Bueno, si lo fueras, aquí tampoco habrías llegado virgen al matrimonio, te lo aseguro.

Y con una gran sonrisa la levantó en sus brazos y la llevó hasta el lecho. Allí continuó besándola, haciéndola suya poco a poco, sin prisas. Cada parte de piel que iba dejando al descubierto era sometida y marcada con exquisita paciencia y dulzura. Sus expertas manos

acariciaron sus senos hasta que sus erguidas cumbres fueron torturadas con tal habilidad que Paula creyó que iba a morir de placer. Poco a poco fue bajando por su cuerpo, dejando un rastro de besos húmedos en su sedosa piel hasta que llegó al mismo centro de su ser, que clamaba impaciente por ser atendido con la misma dedicación. Le abrió las piernas con delicadeza y se sumergió en sus profundidades con maestría haciendo que Paula se arqueara y agarrara a todo lo que estaba al alcance de su mano hasta que, no soportándolo más, estalló jadeando sin control en un orgasmo tan potente que la dejó sin aire y con la boca seca.

La respuesta de Paula hizo que Patrick se hundiera en ella de una sola embestida. Estaba tan resbaladiza y caliente que tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no moverse y terminar en ese mismo momento.

—Paula, cariño, no voy a poder aguantar mucho más. Jamás he deseado a una mujer con tanta desesperación.

Paula no podía ni hablar, pero moviendo sus caderas le indicó todo lo que necesitaba saber. La penetró una y otra vez, entrando y saliendo de ella con deliberada lentitud. Paula comenzó de nuevo a sentir que su cuerpo ansiaba liberarse, y cuando sus jadeos se hicieron más fuertes y rápidos, Patrick imprimió un movimiento constante y cada vez más rápido hasta que ambos, casi al mismo tiempo, alcanzaron el orgasmo con gran intensidad. Mientras Patrick sucumbía al placer más exquisito de su vida, Paula le oyó decir:

—¡Mía!

Y Paula volvió a sonreír y a llorar de felicidad. Sabía lo que ese posesivo de tres fonemas significaba.

Ambos, tras recobrar el aliento, permanecieron abrazados durante un buen rato completamente satisfechos, saciados y felices.

—¿Qué pasó con Margaret?

—Mmm, ¿tenemos que hablar de eso ahora?

—No, claro que no.

—Está bien, conozco la curiosidad femenina, cuanto antes lo haga mejor. Como me aconsejaste, fui a hablar con la institutriz. Después de lo que escuché le hice una visita a Margaret, y en la desagradable discusión que mantuvimos se mostró tal y como es en realidad, así que no dudé en cancelar el compromiso y darle unas horas para que empaquetara sus cosas y saliera del castillo, acompañada por una escolta rumbo a su casa.

—Supongo que no se lo tomó nada bien.

—Peor que nada bien, lo último que salió de su boca fue el juramento de que pagaría por semejante afrenta.

—¿Crees que llevará a cabo alguna acción contra ti?

—No lo creo, pero tampoco me preocupa.

—Yo que tú no estarías tan tranquilo, las mujeres despechadas son peligrosas.

Patrick la miró con diversión.

—¿Y que podría hacer ella?

—Jamás subestimes a una mujer, Patrick, somos capaces de cualquier cosa. No tenemos vuestra fuerza física, pero tenemos algo mucho más poderoso, la inteligencia.

Patrick alzó las cejas en señal de incredulidad.

—No puedo culparte por no creerme, todavía falta mucho para que se demuestre científicamente ese hecho. Pero como no vivirás lo suficiente para comprobarlo, te lo resumiré yo.

Patrick soltó una carcajada.

—¿Siempre vas a ser tan sincera y vehemente, muchacha?

Y Paula, alzando la mano derecha y en un gesto solemne, dijo:

—Lo juro.

Lo cual provocó otra sonora carcajada en Macdonald.

—Bien, como iba a explicarte, la mujer seguirá estando bajo la presión social del hombre durante mucho tiempo, pero esto llegará a su fin. La mujer trabajará por un sueldo aparte de seguir compatibilizando el cuidado de su familia, lo cual le exigirá realizar diferentes tareas a la misma vez, y eso desencadenará un vertiginoso desarrollo intelectual en la mujer, que ya nada ni nadie podrá parar. Esa es la explicación simple. La complicada tiene que ver con el cerebro, los hemisferios izquierdo y derecho, la masa gris y la blanca, el hipotálamo, el sistema endocrino, etcétera, pero estos términos son desconocidos en tu siglo y yo no estoy capacitada para hacértelos comprender. En realidad, hombres y mujeres somos inteligentes por igual, el hombre lo es normalmente más en capacidad visual y espacial mientras que las mujeres procesamos mejor la información.

—Te prometo no volver a dudar más de la inteligencia femenina. Si todas las mujeres en el futuro sois así, le doy gracias al cielo por haberme hecho nacer en esta época.

Paula le pegó un pellizco.

—¡Aughhh!

—Volviendo a la conversación anterior, si ese incidente con Margaret no se hubiera descubierto, ¿te habrías casado con ella?

Patrick se puso serio.

—No. El día anterior tomé la decisión de no hacerlo, pero sin duda ha sido mucho más conveniente que la ruptura la provocara ella.

—¿Por qué decidiste no casarte con ella?

—¿Por qué has decidido volver?

—*Touché* —dijo ella.

Ambos se miraron con una sonrisa pícara, pero ninguno de los dos contestó. Paula, sintiendo algo de frío, se dispuso a levantarse.

—¿Dónde vas?

—A echar un tronco en la chimenea, tengo frío.

Paula se dirigió hacia allí tal cual había llegado al mundo, sin ningún pudor. Extasiado ante la visión de la perfección de su cuerpo, Patrick salió también de la cama y se acercó hasta ella.

—Eres preciosa. Deja que te mire, por favor.

Patrick la devoró con los ojos y acarició su piel y sus curvas con la delicadeza de una pluma. Cuando se hizo evidente que ansiaba algo más, ella lo interrumpió con suavidad.

—Ahora me toca a mí. Quiero verte completamente desnudo.

Patrick se despojó de su kilt con deliberada lentitud y Paula por fin pudo apreciar con todo detalle su magnífico cuerpo. Al detenerse en su virilidad, sin duda ya preparada para otra confrontación, abrió los ojos como platos.

—¿Algún problema, muchacha?

Paula, medio tartamudeando y señalando con el dedo su masculinidad consiguió decir:

—Eeso, eeso... ¿cómo...?

Patrick, evidentemente orgulloso de su hombría, conteniendo a duras penas la risa le respondió:

—No me ha parecido que tuvieras problemas para acogerme.

—Ah —dijo Paula cerrando la boca de golpe mientras continuaba observándole.

Era tan apuesto que el mismo Adonis debía estar muriéndose de envidia. Tocó con reverencia su piel. Cada parte de su cuerpo era puro granito. Sus músculos parecían haber sido esculpidos meticulosamente con un cincel. Nunca había visto tanta belleza en un cuerpo masculino. El deseo se apoderó de nuevo de ella. Sus manos acariciaron su tórax y fueron bajando con cautela poco a poco. De pronto Patrick se tensó y cuando Paula se arrodilló delante de él, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

Paula le miró a los ojos y solo dijo:

—Mío.

Acto seguido a Patrick se le nubló la vista. Muy pocas mujeres, al menos en su siglo, se atrevían a hacer a los hombres lo que ella le estaba haciendo, y por Dios que se alegraba de que ella fuera una de esas mujeres.

Patrick temblaba de placer, y por temor a no poder contenerse mucho más la levantó del suelo y la llevó de nuevo a la cama, donde hicieron el amor durante el resto de la noche, quedándose dormidos cuando despuntaba el alba.

Paula no tardó mucho en despertarse. Al hacerlo se encontró rodeada por unos poderosos brazos, lo cual le hizo sonreír de felicidad. Un ruido la sobresaltó, su estómago comenzó a rugir con insistencia clamando por alimento. Se deshizo como pudo del abrazo de oso de su highlander, se vistió en silencio y fue a la cocina a buscar algo con lo que acallar a su implacable estómago.

—¡Mmm, qué bien huele!

Miryam alzó la vista y su sonrisa al verla iluminó la cocina.

—¡Paula, querida!

Ambas se abrazaron con cariño, esta vez sin lágrimas.

—¿Cuándo has vuelto?

—Anoche.

—¿Y por qué no viniste a verme enseguida?

—He estado muy ocupada —dijo con tal cara de felicidad que Miryam lo comprendió al instante.

—¿Has pasado la noche con el señor? —le preguntó en voz baja y un tanto asombrada.

—Toda, y ha sido maravilloso, Miryam, perfecto y maravilloso —aseguró Paula mientras reía y daba vueltas.

—Oh, muchacha, ¡no hay más que verte para asegurar que estás más que satisfecha! —le dijo riéndose a la vez.

—¿Serías tan amable de prepararnos algo que comer?

—¿Queréis algo en especial?

—Me comería un buey, ¿contesta eso tu pregunta?

La cocinera volvió a reírse. Antes de salir de la cocina con una bandeja tan grande y cargada de cosas que creyó que nunca llegaría a su destino, le preguntó a Miryam si podría encargarse de que alguien subiera una bañera en una hora.

—Claro, muchacha.

—Gracias, Miryam, eres casi tan maravillosa como Patrick. Luego hablamos.

Y tirándole un beso salió haciendo malabares.

A Miryam se le quedó una sonrisa permanente durante el resto del día. Los días felices habían regresado al castillo.

Cuando tras mucho esfuerzo consiguió entrar de nuevo en la habitación con la bandeja milagrosamente intacta, Patrick seguía durmiendo. Dejó la bandeja en una mesita y se acercó a la

cabecera, arrodillándose para contemplarlo a su antojo. Jamás se había sentido tan feliz. Amaba a ese hombre más que a nada en el mundo, jamás se hubiera imaginado que el sexo pudiera ser tan intenso y abrumador. No había tenido mucha experiencia en ese terreno, pero sí la suficiente para confirmar que nunca encontraría un amante tan increíble.

Patrick abrió los ojos y al verla, le sonrió.

—¿Todavía no te has cansado de mirarme?

—Nunca.

Como si no pesara nada, él la subió sin esfuerzo a la cama y la besó apasionadamente.

—Buenos días, *gràidheag*.

—He traído algo de comer, supongo que tendrás hambre.

—Yo solo tengo hambre de una cosa.

—Yo también, pero en este momento me temo que nuestros intereses no son los mismos. Me muero de hambre, ¿crees que podrías soltarme durante un ratito?

—Si solo es un ratito —respondió riendo.

—He pedido a Miryam que nos suban una bañera dentro de una hora, espero que no te parezca mal.

—¿Miryam sabe que has pasado la noche conmigo?.

—Sí, ¿por qué?

—No sé cómo se hará en tu época, pero aquí procuramos guardar las apariencias.

—En la mía, solo se guardan las apariencias ante una infidelidad o cuando no se pretende ir en serio con una mujer.

Al observar la mirada asesina que le dedicó Paula, reaccionó inmediatamente.

—No me malinterpretes, me preocupa lo que puedan pensar de ti.

Paula suavizó el gesto.

—Pues ella se lo ha tomado muy bien, me atrevería a asegurar que incluso estaba muy complacida.

Patrick puso los ojos en blanco.

—¡Mujeres!, ¿dónde está ese desayuno?

Ambos dieron buena cuenta del mismo mientras seguían dialogando de lo apropiado o no que sería que a lo largo del día fueran la comidilla de todo el castillo.

—Patrick, a partir de ahora voy a descubrirte muchas cosas que te asombrarán. Mi mentalidad, mis conocimientos y la forma en la que pienso y hago las cosas están a años luz de la vuestra. Cuando comprendas la sociedad en la que nací, entenderás mi comportamiento en todos los sentidos. Vas a tener que abrir tu mente más allá de lo que creerías posible. He traído muchas cosas de mi mundo que te mostrarán el futuro donde vivo, los increíbles avances que el hombre ha conseguido, la tecnología punta que tenemos y con la que trabajamos, la falta de prejuicios. No te va a resultar fácil asimilarlo.

»Para empezar, creo que es importante partir de la base de que tú no conoces el futuro, pero yo sí conozco cómo se ha ido desarrollando el pasado, lo cual me otorga la ventaja de conocer tu sociedad, vuestras costumbres y las normas por las que os regís. Procuraré adaptarme a ellas lo mejor que pueda, pero no pidas milagros, jamás podré entender y aceptar algunas cosas. Y una de ellas, y aquí es donde quería llegar, es que en mi sociedad los hombres no ejercen ningún control y poder sobre las mujeres. Todos somos iguales ante la ley, tenemos los mismos derechos y libertades. El sistema educativo da las mismas oportunidades a ambos sexos. Las mujeres estudian en las universidades las carreras que quieren, de hecho, en la actualidad las estadísticas reflejan

una mayor afluencia del sexo femenino a las mismas que de hombres. La mayoría de nosotras trabajamos por un sueldo de acuerdo a nuestra profesión, ocupamos puestos de relevancia en todos los sectores, política, sanidad, educación, cultura, etcétera. No dependemos económicamente de vosotros y existen leyes que nos protegen de la brutalidad de los hombres.

»Dicho esto, y habiéndote abreviado considerablemente las cosas entenderás, o al menos inténtalo, que con respecto a mi sexualidad yo, y solo yo, decido cómo, cuándo, dónde y con quién. Así que no me turba lo más mínimo si el castillo al completo se entera de que he pasado la noche contigo, porque por educación y convicción, no tengo que dar explicaciones a nadie de mis actos, ni me importa en absoluto lo que los demás opinen al respecto. Solo me importa los que opines tú, que eres el único que debe tener muy claro que yo no me acuesto ni me he acostado jamás con un hombre por el que no haya sentido algo, y que el día que decida pasar el resto de mi vida con uno, le seré fiel hasta que la muerte u otras circunstancias que yo considere que no tengo que aguantar nos separen.

Patrick estaba estupefacto.

—¡Bufff, muchacha! Menudo discurso. No me gustaría que fueras el general del ejército enemigo. Paula, ¿eres consciente de que por todo lo que has dicho, aquí serías encarcelada, desterrada, repudiada o algo peor? Te agradecería que este tipo de comentarios solo me los hicieras a mí en privado, de otro modo sería peligroso, yo puedo entenderlo, pero dudo que alguien más lo haga.

—Por eso necesito tu comprensión, tu apoyo y tu protección, no siempre podré actuar con arreglo a vuestras normas porque las mías saldrán de forma natural.

—Te juro por mi honor que así lo haré.

—Y yo te creo.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Patrick.

Cuatro sirvientes entraron transportando una bañera y cubos de agua caliente. Unos minutos después regresaron con más cubos, toallas y jabón y fueron despedidos con amabilidad.

Paula no esperó más, se desvistió y entró en la bañera con un suspiro de placer, pero no le duró mucho.

—Patrick, ¡aquí no cogemos los dos!

—Ya verás como sí.

Paula, muerta de risa, cooperó hasta que consiguieron, no sin dificultad, acoplarse en el interior de la misma, ya que ambos eran de estatura considerable.

—Esto es muy romántico y agradable, pero así no podemos lavarnos, necesito espacio, y estoy acostumbrada a hacerlo con intimidad y rapidez.

—¿Ah, sí? Y dime, ¿cómo atendéis el aseo personal en el futuro?

Paula se lo explicó. La ducha le pareció algo muy interesante, sobre todo cuando le dijo que los dos podrían hacerlo juntos con espacio más que suficiente para moverse incluso sin necesidad de tocarse. Esto último no debió gustarle tanto a juzgar por la mueca inconsciente que hizo.

—Existen otras alternativas a la ducha que no llamarían tanto la atención en tu tiempo, y serían igualmente placenteras. ¿Has oído hablar de los hipocaustos? Se los conoce como termas o baños romanos.

—Sí, algo recuerdo de mi época de estudiante.

—Se podría hacer una dentro del castillo.

—¿Tú sabrías cómo?

—Creo que podría dirigir el proyecto, sí.

—Instrúyeme, me encanta oírte hablar.

—Está bien. Hay que construir un departamento subterráneo sostenido por pequeños pilares por los que circulan agua y aire caliente, que son calentados mediante un horno que se sitúa en el exterior, y adosado al edificio donde va a estar la bañera gigante, y siempre por debajo del nivel del subsuelo. El calor que este genera pasa a la habitación donde se encuentra la bañera, a través de un conducto inferior, una cámara de aire mediante ese sistema de pilares y arcos de ladrillo, que se difunde de forma radial a través de toda la habitación, calentándola y calentando el agua de la misma.

—Como de costumbre, solo me entero de una pequeña parte de lo que me dices.

—Te lo dibujaré y lo entenderás perfectamente.

—¿También dibujas? ¿Hay algo que no sepas hacer, mi general?

Paula le propinó un codazo.

—De acuerdo, mientras tanto, se me ocurren unas cuantas formas de pasar el tiempo —le dijo empezando a besarle el cuello.

Jamás hubiera creído posible que se pudiera hacer el amor en un espacio tan reducido e incómodo, pero resultó ser toda una aventura.

—Bien, mi apasionado highlander, si no te importa, me gustaría tener toda la bañera para mí sola antes de que el agua se congele.

Patrick salió de la misma riéndose y salpicándolo todo, pero la visión de su espléndido cuerpo mojado le produjo un innegable placer.

A continuación él salió a atender sus asuntos, mientras que ella se dirigió a ver a los niños. Tenía tantas ganas. Se sintió algo aturdida con el ruidoso y sincero recibimiento que la prodigaron. Adoraba a esos niños. Le hicieron mil preguntas de las que salió al paso como mejor pudo, pero todas cesaron cuando les aseguró que no volvería a irse, entonces hubo más ruidos y gritos de júbilo. Sí, adoraba a esos niños. Antes de marcharse, les prometió que regresaría más tarde y les llevaría unos regalos. Ya en su habitación, dedicó el resto de la mañana a deshacer y colocar el interior de las seis enormes cajas que había traído con ella del futuro. Almorzó con Miryam, y les llevó los regalos a los niños con los que pasó el resto de la tarde, disfrutando tanto o más que ellos al ver la cara de asombro que ponían con cada regalo que abrían.

Patrick llegó antes de cenar y la encontró jugando con ellos, uniéndose al pequeño grupo durante un buen rato. Finalmente, tras las protestas de los chicos, ambos se dirigieron al gran salón. El clan se reunió para cenar. Para su sorpresa, todos mostraron su alegría al verla de nuevo en el castillo y le dieron una calurosa bienvenida. Cuando se retiraron a descansar y Paula le dio las buenas noches, Patrick en un arranque de lo más divertido le dijo:

—¡Ah no, de eso nada!

Y cogiéndola de la mano se la llevó casi a rastras hasta su propio dormitorio. Una vez dentro, Paula, riéndose a más no poder, le comentó:

—No hacía falta que me trajeras casi a rastras, con habérmelo pedido habría sido suficiente.

—Yo, lo siento, Paula, llevo todo el día esperando que llegara este momento, nunca un día me había parecido tan largo y tedioso, al ver que pretendías deshacerte de mí, yo...

Paula se acercó, le besó en los labios y le dijo:

—No estoy enfadada, tu arrebató me ha parecido de lo más encantador.

—Entonces tengo muchos más que ofrecerte, muchacha.

Cuando terminaron de hacer el amor, mientras la tenía abrazada le preguntó por fin lo que ella

estaba esperando.

—¿Cómo es posible que puedas viajar en el tiempo? ¿Todo el mundo en el futuro puede hacerlo?

—Oh, no, incluso en mi siglo eso es inviable.

—¿Entonces?

—Te lo contaré desde el principio. Yo era hija de un diplomático, desde que nací hasta los dieciocho años viví en diferentes países. Desde mi infancia se me asignó un guardaespaldas para mi protección, que se convirtió en mi sombra. Se llamaba Watanaba y era japonés. Después de toda mi vida con él, te podrás imaginar que el cariño y amistad que nos profesábamos era algo muy especial.

»Unos meses antes de mi viaje a tu tiempo, falleció. Unos días después de su muerte, tuve que irme a trabajar al extranjero. A mi regreso tuve noticias de su abogado, el cual me informó de su última voluntad, en la que me designaba como su heredera. En la primera de las dos cartas que me dejó escritas me dio instrucciones para recuperar un objeto. Antes de poder averiguar de qué se trataba, me instó a leer primero la segunda carta. En ella me relataba que en el interior de una bolsa encontraría un anillo con una hermosa piedra multicolor engarzada, cuya antigüedad no se podía precisar. Watanaba la había llevado a un laboratorio científico años atrás, le dijeron que los componentes de esa piedra no se encontraban en nuestro planeta, intentaron por todos los medios hacerse con ella para seguir estudiándola, pero él no lo permitió, porque el secreto que encerraba era demasiado extraordinario y peligroso para que cayera en cualquier mano, y menos en las de unos científicos, así que se lo llevó con él y lo protegió.

»La carta continuaba con una historia corta e increíble. Un extranjero a punto de morir en Japón fue socorrido por el bisabuelo de Watanaba, solo tuvo tiempo de entregarle el anillo y contarle su secreto. El anillo tenía el poder de hacerte viajar en el tiempo, debías ponértelo y concentrarte en el lugar adonde querías viajar, así de simple. Nadie en la familia de Watanaba probó jamás si eso era cierto. Su padre se lo entregó a él cuando marchó de Japón para ponerse al servicio de mis padres, y él me lo dejó a mí. El resto ya te lo puedes imaginar.

—Por eso era tan importante el anillo para ti. Ahora lo entiendo todo. ¿Y tus padres y tu familia? ¿Has renunciado a todos y a todo por volver aquí?

—Mis padres murieron unos meses antes que Watanaba en un atentado terrorista. Soy hija única, y después de tantos años fuera de mi país, la poca familia que me queda apenas la conozco. No he tenido trato con ella, de modo que no había nada que valiera la pena por lo que quedarme en mi siglo. Lo que realmente me importa se encuentra en este.

Patrick la abrazó con fuerza mientras le decía:

—Yo cuidaré de ti y te prometo que jamás te daré motivos para arrepentirte de tu decisión.

Paula estaba llorando y él no dejó de abrazarla y consolarla hasta que se calmó. Cuando lo hizo, le preguntó:

—¿Qué es un atentado terrorista?

Paula apretó los puños con fuerza.

—Nada que quiera recordar en este momento, con una herida que haya abierto es suficiente. Otro día te lo contaré.

—Está bien, cariño.

Paula se quedó dormida enseguida, pero él no podía dejar de pensar en todo lo que le había contado, en la suerte que tenía al contar con una mujer que era extraordinariamente inteligente y bella, y sobre todo en lo último que había confesado, que todo lo que realmente le importaba, estaba en un siglo al que ella no pertenecía. ¿Sería verdad que ella lo amaba, tal y como le había

dicho la cocinera? De una cosa sí estaba seguro, y es que él no solo la amaba profundamente, además tenía toda la intención de demostrárselo cada día de su vida.

CAPÍTULO IX

Los días transcurrían apaciblemente. Paula notaba cómo era aceptada en el clan como una más y las miradas pícaras que le echaban de vez en cuando. Por supuesto, todos sabían de las reuniones clandestinas que tenían lugar cada noche, pero a nadie parecía importarle, por el contrario, le daba la impresión de que estaban entusiasmados. Al pensar que al señor del castillo le seguía inquietando lo que pensarán de ella, y que procuraba que nadie se enterara de que la metía cada noche a escondidas en su habitación, le entraban ganas de reír.

Cada noche, después de su encuentro amoroso, Paula le contaba algo nuevo de su tiempo. Patrick escuchaba con gran atención, y observaba pasmado los libros llenos de ilustraciones que le mostraban lo que ella le iba explicando. El ordenador portátil, como casi todo, volvió a dejarle boquiabierto. Se había traído un par de baterías cargadas de repuesto, pero la primera vez que se lo mostró, la batería se acabó y le dijo que no podía gastar las otras dos que tenía, porque si no ya no podrían utilizarlo, y quizá lo tuviera que necesitar en un futuro. Antes de que la batería se acabara, le mostró qué era la electricidad y la importancia que tenía para que todo funcionara en su siglo. Cuando Paula se dormía, Patrick pasaba un buen rato despierto procesando tanta información, y se sentía privilegiado y agradecido al recibir todos esos conocimientos a los que no debería tener acceso. Día a día, su admiración, respeto y amor hacia Paula crecían y se fortalecían. Ella ayudaba en todo lo que podía al clan, solucionaba problemas domésticos, asesoraba sobre cómo mejorar ciertas tareas para que resultaran menos duras. Las mujeres la adoraban, los niños la adoraban, sus hombres la miraban con devoción y algo más, y aunque él no se lo podía reprochar, le molestaba y enfadaba cada vez más.

Incluso sabía cocinar, en un par de ocasiones había preparado la comida para todos, resultando esta absolutamente exquisita.

Cada mañana cogía a *Sandokan* y estaba fuera durante un par de horas. Le había dicho a Patrick que no quería que nadie la siguiera, porque necesitaba hacer sus ejercicios de relajación en soledad. No le dio más explicaciones, pero sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo, y ese momento había llegado.

—Paula, tengo algo que preguntarte y me gustaría que me respondieras con sinceridad.

—¿Acaso no lo hago siempre?

—Sí, es cierto, pero en lo que respecta a cierto tema, tu mutismo me sorprende y alimenta mi curiosidad.

—Venga, dispara.

—¿Qué?!

—Tranquilo, no es más que una expresión, solo quiere decir que adelante, que preguntes.

—¿Por qué tienes que salir fuera del castillo a hacer esos ejercicios de relajación, como así los llamas? Es muy peligroso, una mujer sola y de tu belleza es una presa fácil para cualquier hombre que quisiera secuestrarte o hacer algo peor. En esta época, los hombres violan a las mujeres constantemente y se creen con derecho a hacerlo. Que estés dentro de territorio McDonald no garantiza tu seguridad. Cada día dejo de respirar hasta que te veo entrar de nuevo al castillo. ¿No

podrías hacer esas cosas aquí, en tu habitación, por ejemplo? Estarías sola y fuera de peligro. O bien, tal vez podrías dejar que alguno de mis hombres te acompañara para tu protección.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Te acuerdas de Watanaba, mi guardaespaldas?

—Sí. ¿Qué tiene que ver él con el tema que nos ocupa?

—Todo.

Patrick la miró sorprendido, pero esperó a que ella hablara.

—Watanaba no solo era mi guardaespaldas, era mi maestro.

—Y él fue quien te enseñó todos esos movimientos tan raros.

La sonrisa de Patrick desapareció cuando Paula le contestó muy seria:

—Fue mucho más que eso.

Patrick se levantó sobre los codos con una mirada asesina.

—No me estarás diciendo que...

Paula tardó tres segundos en darse cuenta de lo que Patrick estaba insinuando.

—¡Por todos los santos del cielo, nooo! ¿Por qué lo tienes que llevar todo al terreno sexual? Sí él estuviera aquí y te hubiera escuchado decir eso, ya no tendrías la cabeza sobre tus hombros.

—Tengo mucho aprecio a mi cabeza, muchacha, no se lo hubiera puesto precisamente fácil. Soy un guerrero, ¿lo recuerdas?

—No habrías tenido ninguna posibilidad frente a él. Él era un guerrero también, el mejor.

—Vaya, veo que tu admiración por tu maestro es ciega. ¿Estabas enamorada de él?

—¡Dios, Patrick, si sigues por ahí no te contaré nada más!

—Está bien, ya me callo.

—Voy a hablarte en pasado porque me resulta más fácil, ya que la figura del samurái dejó de existir a mitad del siglo XIX, aunque en tu siglo están en pleno auge. Watanaba era descendiente de los samuráis. Los samuráis eran individuos pertenecientes a una clase inferior de la nobleza feudal japonesa, constituida por los militares que estaban al servicio de unos daimios, o señores, a los cuales estaban vinculados y quienes los utilizaban como guardia personal. Estaban especialmente entrenados en la práctica de las artes marciales. Estos guerreros encaminaban su vida a ser los mejores en el arte de la guerra, y como guerreros que eran, no tenían miedo a morir. Para los elegidos, significaba una vida de entrenamiento y disciplina que los apartaba de la sociedad. Ser samurái se consideraba un honor, un orgullo. Aquella gente tenía la sensación de pertenecer a una élite formada por los mejores, porque en realidad solo los mejores eran elegidos.

»Los samuráis se regían por el bushido, un código de honor y valores morales basado en los principios de lealtad, sacrificio, justicia, valor, modestia y honor, el término *bushido* significa literalmente «vía del guerrero». El código del bushido se formó a partir de la combinación de tres religiones, el confucianismo, el sintoísmo y el budismo. Del budismo aprendió a no temer al peligro ni a la muerte. Las doctrinas sintoístas dieron al bushido el sentido de la lealtad a los antepasados y a la familia imperial. El confucianismo marcó los cinco tipos de relaciones con el mundo de los hombres, el entorno y la familia.

»El bushido era en sí una regla mental muy estricta. Se sustentaba en el entrenamiento y la disciplina, el cual se manifestaba en tres niveles de maestría: físico, psíquico y espiritual. Establecía una serie de leyes internas y una etiqueta que debían cumplir todos los días de su vida, basadas en conceptos como el honor, la lealtad, la indiferencia al dolor, el sentido del deber y la justicia, el desapego por lo material, el absoluto control de las emociones y una ética insobornable. El samurái podía permitirse cualquier cosa, pues se hallaba a la cabeza de las tres

castas sociales, pero debía ser siempre justo y considerado, y no cometer ningún abuso de poder. En tiempos de paz, debían poner su fuerza al servicio de los débiles. El bushido enseñaba a un samurái a imaginar la escena de su muerte cada noche antes de dormir. Desde el punto de vista mental, el samurái estaba muerto, algo que le confería un enorme poder, pues un hombre muerto no tiene miedo de nada. La muerte de un samurái debía ser consecuencia de un acto valeroso que perpetuara su nombre entre las generaciones venideras, por otra parte, un samurái prefería morir antes que ver su nombre desacreditado, lo cual ocurría si transgredía alguna de las normas del bushido o si era tachado de cobarde. La única forma de recuperar el honor perdido para el infractor era recurrir al harakiri o suicidio ritual.

—¿Se quitaban la vida ellos mismos en un ritual? —le preguntó sorprendido.

Patrick estaba realmente atento a lo que le estaba contando, ella sabía de antemano que ese tema sería muy de su agrado e interés.

—Así es. ¿Quieres saber cómo lo hacían?

—Desde luego.

—Los suicidios rituales, dependiendo de la acción que los motivara, recibían distintos nombres. Un samurái cometía harakiri o *seppuku* por una injusticia cometida por un cargo superior, dentro de la jerarquía militar. Existía también el suicidio expiatorio, para limpiar su honor, por un error grave o acto injusto. El samurái no podía albergar sentimientos oscuros que lo atormentaran constantemente, por ejemplo el odio y el resentimiento. Este suicidio se originaba por la mortificación del mismo ante estos, y era una forma de purificar su espíritu. Otro motivo para el suicidio era el destinado a probar su lealtad hacia su señor. Al morir el señor del samurái, este quedaba sin dueño y a quien proteger, por lo que la función del samurái quedaba sin sentido. Esta pérdida, aparte de dolorosa, se presentaba a veces como una obligación moral para el samurái, es decir, acompañar a su señor incluso hasta la muerte.

»Dentro de la cultura japonesa todo sigue un ritual o ceremonia, y el *seppuku* no era menos. El samurái que decidía poner fin a su vida voluntariamente, se preparaba espiritualmente para ello. Lo hacía en el salón de su casa, se bañaba para purificar y limpiar su cuerpo, ayunaba, y se vestía con un kimono blanco, símbolo de pureza. Seguidamente se sentaba en posición *seiza*, sentado encima de sus talones, realizaba sus plegarias y debía escribir un poema de despedida. Se descubría el kimono hasta la cintura. El *wakisashi* con el que se daba muerte era presentado en un cojín con un pañuelo blanco de seda, que el samurái tomaba con sus manos, ya que mancharse las manos de sangre representaba una deshonra, y realizaba un corte en su vientre de izquierda a derecha y luego hacia arriba. Este corte era extremadamente doloroso y provocaba una muerte lenta, motivo por el cual alguien cercano a él, en el momento que terminaba de infligirse el *seppuku*, le cortaba la cabeza con una katana, en señal de respeto y para evitarle una larga agonía.

»Las esposas de los samuráis los seguían en su muerte, pero la práctica recibía otro nombre. El ritual consistía en cortarse el cuello seccionando la carótida con una especie de daga pequeña de doble filo. Para finalizar, te diré que los guerreros samuráis han sido los más efectivos y terroríficos que jamás hayan existido.

Por unos momentos el silencio reinó en la habitación.

—La historia de los guerreros samuráis ha sido realmente impresionante, supongo que me lo has contado para que comprenda lo que viene ahora, que será lo que más me impacte, ¿me equivoco?

Paula, con una sonrisa de oreja a oreja que casi consiguió que Patrick saltara sobre ella, le dijo:

—Aprendes rápido.

—Espera un momento, has dicho que fue tu maestro, ¿no es cierto? ¿No me irás a decir lo que yo

creo que me vas a decir? ¡¿Tú eres una samurái?! —le preguntó horrorizado.

—Sí y no.

—Soy todo oídos.

—Al principio te he dicho que la cultura samurái desapareció a mediados del siglo XIX. Los samuráis fueron exterminados de un modo u otro, pero algunos sobrevivieron, y si bien ya no había señores a los que servir ni códigos por los que regirse, sus habilidades en las artes marciales y el manejo de la katana, la espada samurái, no se perdieron del todo, pasando de generación en generación. En el futuro hay muchas escuelas de artes marciales, cada una especializada en un tipo de lucha, pero existen muy pocas en las que se enseñe esta disciplina. Apenas quedan maestros en el mundo que puedan hacerlo.

»Yo fui afortunada. Watanaba descendía de los samuráis, nunca tuvo interés en enseñar a nadie esas técnicas, pero algo que ocurrió cuando yo era niña le hizo cambiar de opinión, y empezó a instruirme. Al principio era muy pequeña y se lo tomó con calma, pero con los años no tuvo piedad de mí. Mi instrucción fue durísima. Jamás podrías hacerte una idea de todo por lo que tuve que pasar, hasta que consiguió hacer de mí lo que había planeado desde el principio. Mi instrucción no tenía como fin ser un pasatiempo, un deporte o una manera de mantenerme en forma, me convirtió en una guerrera experta en la lucha samurái.

Todo lo que le había contado hasta ahora le había dejado asombrado, pero lo que acaba de admitir le dejó además estupefacto. Al ver que no reaccionaba, Paula prosiguió.

—Esa es la razón por la que salgo a diario. Primero me preparo mentalmente con esos ejercicios que tú me has visto realizar, después entreno. Al igual que tú y tus hombres, esa es la única forma de no perder mis habilidades y estar preparada para la lucha siempre. Ahora entenderás por qué no quiero que nadie me vea, y de paso entenderás también por qué hice que el sastre me confeccionara ese traje que tanto te escandalizó. Necesito ropa que me permita una absoluta libertad de movimientos.

—Dios mío. Entonces, esa espada que llevas...

—Sí, es una katana, la espada más mortífera que ha existido jamás. El nacimiento de la katana data de antes del siglo X, pero se desarrolló en el siglo XVI, probablemente fue la espada samurái la que originó la leyenda del mismo. La katana es un arma lo bastante sólida como para partir un cuerpo en dos, pero también tan precisa que puede cortar un solo cabello humano. Posee la combinación perfecta de equilibrio y belleza artística a la que se suma una afiladísima hoja. Verás, la magia en la fabricación de las katanas comienza cuando el carbono del carbón se mezcla con una arena de hierro especial, que tiene menos impurezas, como el fósforo y el azufre, que debilitan al hierro y el acero, para formar una variedad de acero única en el mundo.

»Su fabricación se realizaba en un crisol de fuego, que era una cavidad en la parte inferior de un alto horno donde se recogía el metal fundido, que tenía unos tres metros de largo por uno de ancho y uno o dos de alto; en uno de los laterales existían unos tubos de ventilación. Esta mezcla debía permanecer en el interior del horno durante tres días, a una temperatura de mil grados centígrados para que se formara el metal. Al cuarto día se derrumbaba el horno y en ese momento se comprobaba si la reacción química había hecho el metal adecuado para hacer la espada. Después un herrero experto tardaba tres meses con otros dos ayudantes en forjar la espada, en un proceso muy complejo. Un aprendiz tardaba siete años en aprender a hacerlas. Después de pulir, desbastar y bruñir, la hoja estaba casi lista, entonces llegaba la parte más delicada y sagrada del proceso, hacer el filo de la misma. El artesano cubría la parte del filo de la hoja con una fina capa de arcilla, esto otorgaba mayor dureza al filo. Por último, la hoja era llevada al pulidor, que

utilizando sucesivamente piedras de un grano más y más fino iba puliendo la hoja, afilándola y eliminando las posibles imperfecciones que aun pudiera haber. Al final utilizaba un mineral en polvo muy fino, y con él bien impregnado en papel de arroz o en los propios dedos daba un pulido final. Para hacer una katana se empleaban unos quince hombres a los que les llevaba en total unos seis meses de trabajo.

»Mi katana tiene siglos de antigüedad, y la hizo uno de los mejores forjadores que hayan existido en Japón. En mi época un coleccionista pagaría una auténtica fortuna por poseerla.

—¿Fuiste tú, verdad?

—No te entiendo.

—Realmente tú cortaste la cabeza a ese malnacido que intentó matarte.

—Siempre te dije la verdad, pero no quisiste creerme.

—Dices que esa espada tiene siglos de antigüedad, ¿era de Watanaba?

—Así es, también me la dejó. Que me hiciera digna de tal regalo fue un gran honor.

—¿Me dejarás probarla algún día?

—Una vez me la quitaste, no volverá a ocurrir. Un guerrero samurái jamás se separaba de su espada y mucho menos se la dejaba a nadie. Podrás contemplarla de nuevo estando yo delante. Se decía que las katanas tenían alma y esta estaba unida a la de su dueño. Es muy peligrosa si no se sabe usar adecuadamente.

—¿Entonces me harás una demostración privada?

—Solo me verás luchar si alguna vez me viera obligada a salvar la vida de los que quiero o la mía propia. Esto no es un juego, Patrick.

—No me gusta verte tan seria. Será mejor que intentemos dormir un poco, hoy se nos ha hecho muy tarde. Cuando hablo contigo pierdo la noción del tiempo, *mo gràdh*, pero no se lo digas a nadie o echarás a perder mi reputación.

Paula se rio de buena gana.

—¿Qué significan esas palabras que me dices en gaélico?

Esta vez fue Patrick quién se rio, y mientras se inclinaba para besarla le dijo:

—Me alegra comprobar que hay algo que no sabes.

—Patrick.

—¿Sí?

—¿No hueles a quemado?

—Debe ser mi cerebro, que echa humo después de nuestras conversaciones.

—Lo digo en serio.

De repente se empezó a escuchar un gran alboroto en el castillo. Patrick y Paula se miraron sorprendidos y cuando saltaban de la cama para averiguar qué ocurría, alguien empezó a aporrear con fuerza la puerta.

—¡Lord Macdonald, despierte, el poblado se está quemando!

Patrick se dirigió como un poseso hacia la puerta y la abrió de par en par.

—¿Qué estás diciendo, cómo ha ocurrido?!

—¡No lo sabemos, milord, pero todas las casas están en llamas y ha cundido el pánico!

—¡Que todo hombre y mujer disponible se dirijan inmediatamente a ayudar, yo voy enseguida!

Patrick empezó a vestirse a toda prisa. Cuando Paula empezó a hacer lo mismo, él la miró y le dijo:

—Ve con los niños y no os mováis de aquí.

Acto seguido salió como alma que lleva el diablo. Paula fue al cuarto de los niños, pero tras

comprobar que se encontraban plácidamente dormidos y ajenos al caos que se había organizado, dio instrucciones a la institutriz de no despertarlos si no era necesario y de permanecer allí, después bajó corriendo para poder ayudar en lo que pudiera.

Cuando salió al exterior se encontró con un panorama devastador. Decenas de personas corrían por todas partes acarreando cubos o cualquier objeto en el pudieran transportar agua. La gente intentaba salvar lo que podía de sus casas, se oían los gritos y llantos de las mujeres y los niños por todas partes. Enseguida divisó a Patrick, que daba órdenes a diestro y siniestro, intentando poner un poco de orden y organizando a los hombres en un desesperado intento por salvar sus propiedades. Paula sintió orgullo y admiración ante ese magnífico hombre y su aplomo. Ahí estaba el líder, el señor que se ocupaba de su clan en cualquier situación, en primera fila, como uno más. Paula sabía que nada se podía hacer ya para salvar la situación, las enormes llamas lo devoraban todo. Se fue acercando poco a poco, consciente de que la vida de todas esas personas, todo lo que poseían, quedaría reducido a cenizas en unos pocos minutos. Mientras observaba impotente la escena, oyó los gritos desesperados de una mujer.

—¡¡¡Mi hijo, mi hijo está dentro de la casa; por Dios, que alguien me ayude!!!

Paula se dirigió inmediatamente hacia ella.

—¿Cuál es su casa?

—¡Esa de ahí! —le señaló con el dedo—, ¡por favor, ayúdenme!

Paula miró por los alrededores hasta que encontró lo que buscaba y empapó la manta con agua, se cubrió todo el cuerpo con ella y sin pensarlo dos veces, corrió al interior de la casa. Patrick observó por el rabillo del ojo un bulto que se metía a toda prisa en el interior de una de las cabañas.

—¡Por todos los diablos!

Se acercó en tres zancadas a la mujer que lloraba angustiada y se hallaba expectante.

—¿Quién es ese loco que ha entrado ahí?!

—¡Mi hijo esta dentro, milord! Lady Paula ha entrado a por él.

—¡¡¡¿Qué?!!!

Patrick se quedó lívido por un instante y luego pareció volverse loco. Todo el mundo empezó a arremolinarse alrededor. Intentó entrar él mismo en dos ocasiones haciendo caso omiso a las advertencias de sus hombres, pero las llamas se lo impidieron. Llamaba a Paula desesperadamente. Cuando comprendió que ella no saldría de allí viva, cayó de rodillas sintiendo que la vida lo había abandonado. En ese momento vieron cómo alguien se abría paso entre las llamas y lograba salir de la cabaña unos segundos antes de que la casa se desplomara a sus espaldas.

—¡¡¡Paula!!! —gritó Patrick.

Alguien corrió hacia ella y le arrojó un cubo de agua para apagar la manta, que había comenzado a arder. Cuando se la quitaron, descubrieron que Paula llevaba en brazos a un niño de unos cuatro años. Ambos tosían e inhalaban desesperadamente en busca de aire.

Durante un momento solo se oyó el crepitar del fuego consumiéndolo todo. El silencio fue interrumpido por el grito de júbilo de una madre que creía haber perdido a su hijo. Corrió hacia Paula y le arrancó literalmente al niño de sus brazos. Madre e hijo lloraban y se abrazaban con fuerza mientras Paula se emocionaba y sonreía al mismo tiempo.

Patrick la observaba como un lobo a punto de abalanzarse sobre su presa, sin mover un solo músculo. La mujer dejó al niño un momento y abrazó efusivamente a Paula.

—Gracias, lady Paula, muchas gracias. Jamás podré agradecerle lo suficiente lo que ha hecho.

Me ha devuelto a mi hijo, jamás lo olvidaré.

—He hecho lo que debía.

—No, señora, ha sido mucho más que eso, ha arriesgado su propia vida por salvar la de mi hijo. ¡Dios la bendiga!

Y la agradecida mujer cogió a su hijo y se alejó.

Entonces la tormenta estalló.

—¡¡¿Por qué has desobedecido mis órdenes?!!! ¡¿No te dije que te quedaras en el castillo?!! ¡Solo Dios sabe por qué milagro no has perecido entre las llamas; solo un loco o tú, estúpida y descerebrada mujer, podría arriesgarse a meterse en el infierno sin pararse a pensar en las consecuencias!! ¡¿Qué es lo que querías demostrar arriesgando tu vida de ese modo?!! ¡¿O acaso tienes algún poder especial que te impida quemarte?!!

Jamás había visto a Patrick tan furioso. Todos, y eran muchos los que estaban allí congregados, presenciaban atónitos la escena. No se sabía qué les sorprendía más, si el repentino e injusto ataque de ira de su señor, o la total falta de miedo de Paula, que lo miraba fijamente a los ojos sin pestañear.

Cuando por fin Patrick se cansó de gritar, y siendo consciente de que todo el clan estaba pendiente de ellos, decidió con buen criterio y haciendo un esfuerzo descomunal no replicarle. En el fondo sabía por qué había reaccionado así. Estaba asustado, había temido por su vida y el miedo a perderla le había hecho perder el buen juicio, o al menos eso era lo que quería pensar. Aun así se había pasado de la raya y no iba a dejar que lo olvidara.

—¿Ya habéis terminado de insultarme y humillarme, excelencia? Si es así me gustaría retirarme.

Patrick, como única respuesta, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

No volvieron a verse en toda la noche. Paula ayudó a acomodar en el castillo a las familias facilitándoles comida, ayudando con los heridos y ofreciendo consuelo. Al amanecer se retiró a descansar unas horas, toda ayuda sería poca para las duras jornadas que tenían por delante.

Cuando bajó de nuevo al salón, el señor del castillo, que tenía cara de no haber dormido nada, estaba hablando a su clan. Se mantuvo cerca de la puerta a escuchar, intentando pasar desapercibida.

—No voy a engañaros. El fuego lo ha arrasado todo, casas, cosechas, animales, no solo aquí, otras tres de mis propiedades han corrido la misma suerte. La pérdida ha sido tan cuantiosa que no puedo hacer frente de momento a tanto gasto. Emplearé cada moneda que poseo en comprar alimentos que nos permitan sobrevivir al invierno, pero no puedo comprar material ni contratar obreros para reconstruir las cabañas. Eso tendrá que esperar, quizá mucho tiempo, hasta que pueda conseguir reunir el dinero suficiente para acometer esas obras y podáis volver a vivir dignamente. Volveremos a reconstruir lo que nos han arrebatado, y juro por Dios que no descansaré hasta encontrar a quien nos ha hecho esto, y cuando lo haga, será el último día de su vida.

Paula se sobresaltó de repente y se dijo a sí misma: «¡Dinero, necesitan dinero, y yo lo tengo!

Feliz de saber que podía ayudar a reconstruir la vida de todas esas personas que ahora eran su familia, pidió a dos hombres que la acompañaran. Al cabo de un rato, Paula entró de nuevo en el salón acompañada por los dos hombres, los cuales transportaban un baúl no muy grande, pero que al parecer pesaba lo suyo. Cuando llegó a la altura de Patrick, lo depositaron en el suelo.

—¿Qué significa esto?

—Dentro de este baúl está todo lo que poseo, mi herencia. Ahora es vuestra. Espero que haya suficiente para poder reconstruir vuestras casas lo antes posible.

Paula, con la majestuosidad que la caracterizaba, salió del salón. Patrick, que no había movido ni un músculo, la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. Entonces centró su atención en el baúl, que estaba depositado cerca de sus pies, y se agachó para abrirlo.

—¡¡¡Madre de Dios!!!

Se puso en pie como si lo que había visto fuera irreal. Todo el clan fue acercándose sin poder contener su curiosidad, y la alegría estalló en todo el salón. Las risas, voces y llanto se entremezclaban. ¡Estaban salvados! El baúl estaba atestado de lingotes de oro. Paula no sabía si sería suficiente, pero le bastó escuchar todo el alborozo para confirmar que así era, sintiendo que la dicha de su corazón se unía a la de aquella toda esa gente.

Patrick se retiró por fin a descansar. Necesitaba recuperar fuerzas para organizar de inmediato la gran labor que deberían llevar a cabo, pero durante las primeras dos horas cuerpo y cerebro no parecían ponerse de acuerdo. Los remordimientos no le daban tregua. Había pasado tanto miedo cuando supo que Paula se encontraba en el interior de esa cabaña en llamas. Durante los breves instantes en los que creyó haberla perdido, hasta que la vio salir, el tiempo se detuvo, dejó de ver y oír y deseó morir. Cuando la vio aparecer delante de sus ojos como un fantasma surgiendo de entre las llamas con el niño al que había salvado de una muerte certera y horrible, el inmenso orgullo que había sentido se transformó en una explosión de furia incontrolada. En lugar de haber corrido hacia ella y dar gracias al cielo por habérsela devuelto sana y salva, había reaccionado de la manera más mezquina y fuera de lugar que alguien hubiera podido imaginar. Había insultado y humillado delante de todo el clan a la persona que más amaba en el mundo, y lo peor de todo fue la calma con la que ella reaccionó, haciéndole sentir como lo que era, un auténtico cretino que no era digno ni de besar el suelo por el que ella pisaba. El rechazo de su clan ante su comportamiento también fue evidente. Los hombres bajaban la cabeza para no tener que mirarle, las mujeres ni siquiera se molestaban en disimular, girando la cabeza para otro lado enérgicamente cuando llegaba a su altura. El broche final a su merecida humillación pública llegó cuando esa increíble y bellísima mujer que lo era tanto por fuera como por dentro, había entregado sin pensárselo su enorme fortuna a disposición del clan en un acto altruista que evidenciaba por sí mismo la grandeza y bondad de su corazón.

Y cuando por fin ella se había abierto a él, dejándole conocer a la extraordinaria mujer que era, ella, que había vuelto del futuro para entregarle su corazón y su vida... él iba y la hería profundamente. No cabía duda de que en un concurso a la estupidez, él se llevaría el primer premio. Tenía que hacer algo y rápido para conseguir de nuevo el perdón y el respeto de Paula y de su clan, aunque tuviera que hacer el más espantoso de los ridículos.

Dos días más tarde, durante los cuales Paula le ignoró por completo, sesenta hombres del clan McLeod, encabezados por sir Diego, llegaron al castillo cargados con comida, ropas y animales, tras haberse enterado de la fatal noticia, dispuestos a ayudar en todo lo que hiciera falta. El encuentro entre los dos amigos fue emotivo, y la llegada de tan necesaria ayuda fue celebrada con un modesto pero entrañable festejo de gratitud.

Paula no había salido a recibirlos, estaba agotada y necesitaba estar a solas para descansar un rato y pensar. Patrick durante ese tiempo le dejaba flores que él mismo salía a buscar, según le habían contado, por todas partes, pero ella le había evitado e ignorado deliberadamente. Sabía lo que tramaba, sabía que estaba arrepentido, sabía que su clan le estaba dejando claro lo que pensaban de su comportamiento, pero no le iba a resultar tan fácil que lo perdonara. Una vez su madre le dijo una frase que se le quedó grabada. Quien perdona con facilidad, invita a que le ofendan. Y ella se había jurado que solo le perdonaría si se disculpaba de la misma forma en la

que la había ofendido, con vehemencia y delante de su clan. Tragarse su orgullo sería un pequeño precio a pagar que su clan y ella sabrían valorar.

A la mañana siguiente se levantó de muy buen ánimo. De repente le habían entrado unas ganas locas de ver a sir Diego y de poder hablar con él en su propio idioma. Cuando entró en el gran salón a desayunar, ambos se divisaron al mismo tiempo. Paula, con esa espectacular sonrisa de dientes blanquísimos, salió corriendo, y Diego, que adivinó que su encuentro no sería precisamente el que marcaba la etiqueta entre un caballero y una dama, la recibió con los brazos abiertos, actuando con naturalidad delante de sus hombres como si eso fuera lo más normal del mundo. Los hombres se quedaron boquiabiertos por el efusivo encuentro y por la sin par belleza de la muchacha. Cuando se separaron, ella dio la bienvenida a sus hombres y se ofreció para ayudarlos en lo que pudiera, agradeciéndoles su generoso gesto al ayudarlos en la ardua empresa de reconstrucción de su clan. Cuando terminó de dirigirles la palabra, Diego podría haber jurado que todos y cada uno de ellos se habían enamorado locamente de Paula, ¿y quien se lo podía reprochar? Ambos se sentaron juntos a desayunar.

—Me he llevado una grata sorpresa al verte aquí, Paula, te hacía en Francia desde hace tiempo.

—Bueno, desde entonces han pasado algunas cosas, y como ves, todavía sigo aquí.

—Patrick no me dijo ayer nada, claro que nuestra conversación se centró exclusivamente en lo que ha ocurrido y en la forma más rápida de reconstruirlo todo antes de que llegue el invierno.

—Hablemos de cosas más agradables. ¿Cómo te has adaptado a tu nueva vida?

Por la amplia sonrisa de Diego, supo al instante que estaba más que feliz.

—Desde el primer momento me hicieron sentir uno de ellos, y todo el mundo aceptó sin problemas el lugar que me correspondía dentro del clan por ser el sobrino del laird. Al parecer mi tío y mi padre, hasta que este decidió partir, estaban muy unidos. La muerte de mi padre le entristeció mucho, dice que me parezco mucho a él y supongo que me ha cogido verdadero afecto.

—No sabes cuánto me alegra oír eso.

En ese momento hizo su entrada en el salón Patrick. Ambos se miraron a los ojos un instante y acto seguido Paula se disculpó con Diego.

—Hay mucho que hacer y ya me he demorado suficiente. Ha sido un placer volver a verte, Diego, quizá más tarde podamos seguir charlando. Si me disculpas.

Diego se puso en pie para despedirla. Cuando Paula pasó al lado de Patrick, le hizo una inclinación de cabeza y solo le dijo:

—Excelencia.

—Paula, tenemos que hablar —le susurró.

Pero Paula siguió su camino como si no le hubiera escuchado. Al llegar a la mesa, su ceño estaba fruncido.

—¿Por qué no me dijiste que Paula seguía aquí?

—¿Y por qué diablos tenía que hacerlo?

Diego se le quedó mirando con una ceja levantada.

—Es complicado, no tienes ni idea.

—Pues estoy deseando tenerla.

A Patrick se le había quitado el apetito.

—Vamos, acompáñame.

—¿Adónde?

—Coge tu caballo, lo que te tengo que contar no puede ser escuchado por nadie.

—Cuánto misterio, me estás asustando —le dijo Diego con sorna.

—Ríete lo que quieras, cuando termine estarás algo más que asustado, te lo aseguro.

A Diego se le quitaron de pronto las ganas de bromear, al ver el gesto adusto de su amigo. Patrick se dirigió fuera del salón y Diego lo siguió.

Media hora después ambos dejaron sus caballos atados a un árbol y tras sentarse cómodamente en unas piedras cerca de un riachuelo, Patrick se lo contó todo. Unas horas después hicieron el camino de regreso al galope y en silencio.

Patrick dejó a Diego en el hall del castillo mientras iba a asearse un poco antes de almorzar. Paula vio a Diego, que parecía estar en estado de trance, y se acercó a él.

—Diego, ¿te encuentras bien? —Este pegó un respingo cuando la vio, y asustado dio un paso atrás—. Parece que hubieras visto un fantasma —le dijo sonriendo—. Siento haberte asustado —dio otro paso hacia él y él volvió a retroceder—. ¿Pero qué te ocurre?

—Absolutamente nada —le dijo.

Aunque su actitud asustada no había cambiado ni un ápice.

—Diego, me estás preocupando, ¿le ha ocurrido algo a Patrick? —le preguntó nerviosa.

—No, no, está perfectamente.

Paula lo miró atentamente hasta que adivinó lo que le ocurría.

—¡Mierda!, te lo ha contado todo, ¿no es cierto?

—¿Contarme? ¿Hay algo que tuviera que contarme? Mientes muy mal, Diego, y tu miedo hacia mí te delata. No tienes por qué temerme.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Está bien, no te molestaré más si eso te hace sentir mejor.

Cuando Paula se giró para irse, Diego la llamó.

—Paula.

—¿Sí?

—Por favor, discúlpame, necesito tiempo para asimilar todo esto, ¿puedes entenderlo?

—Mejor que nadie. Cuando necesites respuestas, acude a mí la próxima vez.

—Lo haré, te lo prometo.

Al día siguiente, un numeroso grupo de hombres encabezados por Patrick partió del castillo con algunos carros vacíos en busca de materiales para reconstruir las cabañas, de alimentos para pasar el invierno y de semillas para plantar.

Veinte días después la comitiva regresó convertida en una auténtica y larga caravana, con muchos más carros de los que se habían llevado cargados hasta arriba de cosas. La alegría se disparó, su llegada significaba la inminente construcción de los hogares que estarían finalizados antes de que el invierno se hiciera insoportable. Todo el mundo sin excepción ayudó a descargarlos, quedando todo organizado cuando caía la noche para poder dar comienzo a las obras al día siguiente.

Antes del amanecer todo el clan estaba en pie y preparado para afrontar la intensa jornada. Patrick organizó las partidas, distribuyendo a los hombres y mujeres en grupos, a los que asignaba una función en concreto.

Por su parte, Paula no había estado ociosa durante su ausencia. Repartió unas mangueras hechas con materiales de la época que pudo encontrar y utilizar para ese fin, haciendo mucho más eficaz y rápido los trabajos que requerían agua, al mismo tiempo que les hizo notar lo valiosas que serían en un incendio. También bajo su supervisión se construyeron una docena de letrinas con un sistema innovador para ellos, que por medio de unas tuberías enterradas bajo tierra y unidas a lo que hacía de taza para sentarse, desembocaban en un pequeño riachuelo cercano, el cual desembocaba en el

mar según le habían confirmado. Ambos inventos gozaron de una plena aceptación que reflejaba la admiración y reconocimiento de todos.

Patrick la buscaba con frecuencia y le seguía dejando flores, pero ella se las arreglaba para esquivarlo. Durante unos días se ausentó para visitar sus otras propiedades y reorganizar su reconstrucción. Paula a veces lo espiaba, deleitándose en su tórax desnudo bajo el sol, observando la perfección de su cuerpo y el movimiento de sus músculos. Lo echaba tanto de menos que cada vez se preguntaba con más frecuencia qué estaba ganando en realidad con su actitud.

Los trabajos avanzaban con una asombrosa rapidez. En un mes se habían levantado casi todas las cabañas. A ese ritmo, en otros quince días todo habría finalizado. La gente estaba visiblemente cansada pero no se quejaba. Era impresionante ver cómo un pueblo entero se levantaba cada día con energías renovadas y alegría para trabajar en beneficio de todos, solo existía un jefe que organizaba y supervisaba, pero que trabajaba duramente de sol a sol como uno más. La ayuda del clan Macleod fue inestimable, en pocos días no habría ni rastro de la devastación que las llamas habían ocasionado.

Paula se metió en la cocina, como hacía a diario, a ayudar con la enorme cantidad de comida que debían preparar para dar de comer a tanta gente. Solo se ofrecían dos comidas al día, el desayuno y la cena, que era servida poco después de la finalización de la jornada laboral. A mediodía se sacaba en unas mesas montadas al aire libre un tentempié. Durante el desayuno y la cena, el salón principal y el hall se encontraban abarrotados de personas, a pesar de que Patrick, en las pocas ocasiones que coincidían, le había rogado que se sentara en la mesa con él, ella había declinado amablemente la invitación. Sabía que si lo hacía caería rendida en sus brazos.

También hubo un par de ocasiones en las que Diego y ella pudieron hablar largo y tendido. La curiosidad de este era infinitamente mayor que la de su amigo. Diego la interrumpía constantemente con preguntas y más preguntas, pero sus ocurrencias y su genuina manera de quedarse con la boca abierta le hacían reír constantemente. Se alegró muchísimo de que hubiera dejado de tomarla por un bicho raro.

Patrick había vuelto a ausentarse esa misma mañana. Cuando subió a su habitación para asearse un poco antes de la cena, encontró un par de enormes baúles a los pies de su cama. La curiosidad la pudo y los abrió. En uno de ellos encontró una nota firmada por Patrick.

Mi querida Paula:

Hasta el momento no había tenido la oportunidad de ofrecerte el vestuario que le corresponde a una dama de esta época.

Por favor, acepta este presente y ocupa el lugar que te corresponde en el castillo.

Deseo con toda mi alma que algún día me permitas explicarte mi inapropiado comportamiento y pedirte perdón una y mil veces.

Te echo tanto de menos.

Patrick

La nota era más bien escueta, pero tenía todos los ingredientes para notar cómo se ablandaba por momentos. No quería continuar de ese modo, así que decidió facilitarle las cosas, y le escribió otra nota que posteriormente depositó por debajo de su alcoba.

Querido Patrick:

No tengo ningún interés en seguir con esta situación tan desagradable, pero solo podré

perdonarte cuando tus disculpas me lleguen con la misma vehemencia con la que me ofendiste y humillaste, y delante de tu clan.

Yo también te echo de menos.

Paula

Dos días después Patrick regresó. Encontró la nota, la leyó y sonrió. Si ese era el precio que tenía que pagar, lo haría con gusto, se lo debía a ella y a su clan. Entonces pidió una bañera y por fin se relajó.

Paula había salido a jugar con los niños por las inmediaciones del castillo. Era mediodía y le dijo a Emma que se iba adelantando para asearse un poco y quitarse el sudor de encima.

—Os veo en quince minutos en vuestra habitación, vuestro padre ha regresado y querrá veros, debéis estar presentables.

Y dándoles un montón de besos que siempre les hacían reír, se marchó.

Paula fue a buscarlos poco después. Esperó un rato, pero extrañada de que no aparecieran decidió salir a su encuentro. Los buscó primero donde los había dejado, pero ya no estaban. Fue a la cocina.

—Miryam, ¿has visto a los niños y a Emma?

—No, por aquí no han venido, ¿por qué?

—Quedé con ellos hace un rato pero no han aparecido. Voy a seguir buscándolos, luego nos vemos.

Buscó por todas partes, subió de nuevo a su habitación, preguntó a todo el mundo, mas nadie los había visto. Paula estaba a esas alturas bastante inquieta. Entonces vio a Patrick bajar por las escaleras y se dirigió a él como un torbellino.

—Patrick, ¿has estado con los niños?

—Acabo de salir de su habitación, pero como no estaban me disponía a ir en su búsqueda. ¿Ocurre algo? —preguntó al darse cuenta de la evidente angustia de Paula.

—No los encuentro. Quedé con ellos hace casi una hora, pero no aparecen por ningún sitio y nadie los ha visto. Estoy muy preocupada, quizá solo sean los nervios, pero tengo un mal presentimiento.

Patrick se tensó como una cuerda y el temor apareció en su rostro.

—Te ayudaré a buscarlos, vamos.

Una hora después no habían encontrado ni rastro de los niños ni de la institutriz. Ya no cabía la menor duda, algo les había ocurrido.

Patrick reunió a unos cuantos hombres y cuando se disponía a partir en su búsqueda fuera del castillo, uno de los centinelas que montaban guardia entró corriendo con la cara desencajada y acercándose a él le dijo:

—¡Lord Macdonald, alguien ha clavado esta nota con una flecha en la puerta principal! —Y se la tendió de inmediato.

Cuando Patrick la cogió le temblaba el pulso. Cuando terminó de leerla su temperamento estalló, en gaélico, por supuesto, por lo que Paula tuvo que arrancarle ella misma la nota de sus manos para enterarse de lo que ocurría. Pero la nota estaba igualmente en ese idioma.

A partir de ahí su desesperación fue en aumento. Nadie hablaba en inglés, no entendía ni una sola palabra. Patrick movilizó a sus hombres con órdenes enérgicas, subió al piso de arriba y enseguida bajó con su enorme claymore.

—¡Patrick!, ¿me puedes explicar qué demonios esta pasando?

Patrick la miró como si se hubiera dado cuenta de repente de que ella no se había movido de allí.

—Han raptado a mis hijos y exigen un rescate o los matarán. Debo partir de inmediato, que Dios se apiade de esos hijos de puta si se han atrevido a tocarles un solo pelo.

Paula se quedó blanca. Para cuando quiso reaccionar, Patrick y sus hombres salían ya del castillo al galope.

—¡Ah, no! —dijo Paula—. Esta vez no voy a quedarme al margen.

Subió los escalones de dos en dos, entró en su dormitorio, se vistió y cogió su katana y sus otras armas. *Sandokan* ya la esperaba en el patio, no había tiempo de ponerle montura.

—*Sandokan*, ¿puedes seguirles el rastro?

El caballo piafó.

—Vámonos entonces.

Salió del castillo sin prisas, dándole al caballo unos segundos para oler el rastro, y cuando lo hizo le puso al galope. Le llevaban una ventaja de unos veinte minutos que no podría acortar debido al ritmo frenético que habían impuesto, pero que fuera así también era una ventaja, nadie la esperaba y el factor sorpresa era siempre desconcertante para el enemigo y una oportunidad única.

Al cabo de dos horas divisó a un numeroso grupo de hombres y caballos en las inmediaciones de un bosque. Mientras se aproximaba con cautela pudo divisar a Patrick y a sus hombres atados y maltrechos. El grupo estaba formado por una treintena de hombres. Habían caído en una trampa. Si solo hubieran querido un rescate por los niños no se encontrarían en esa situación, y Patrick tampoco se hubiera arriesgado a provocarles estando la vida de sus hijos en juego. Estaba segura de que el incendio y el rapto eran obra de la misma persona, ¿pero quién y por qué? No era más que una intuición, pero sin pruebas no se podía culpar a nadie. Ella iba a conseguirlas, era cuestión de minutos.

Los hombres, al divisar al jinete solitario, se pusieron en alerta pero sin tomar demasiadas precauciones. Cuando llegó al improvisado campamento, alguien le dijo:

—¡Eh, tú, largo de aquí, sigue tu camino si no quieres servir de comida a los cuervos!

Paula, que iba totalmente cubierta, se quitó la capucha.

—Me temo que ya he llegado a mi destino.

A Patrick se le paralizó de nuevo el corazón.

—¡Paula, por lo que más quieras, márchate antes de que sea demasiado tarde!

—Precisamente estoy aquí por lo que más quiero. No es demasiado tarde para mí, es demasiado tarde para ellos.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? ¡Huye!

Alguien le propinó un golpe en ese momento. Paula le dedicó al agresor una mirada asesina durante unos segundos, antes de centrarse en el que se dirigía hacia ella.

—Vaya, vaya, ¿pero qué tenemos aquí? ¡Que me ahorquen si no es la mujer más hermosa que he visto en mi vida! ¡Qué calladito que te lo tenías, Macdonald! Ahora empiezo a entender muchas cosas.

Paula se bajó del caballo y le dio unas palmaditas para que se fuera.

—No hacía falta alejar al caballo, es un ejemplar casi tan magnífico como su jinete, también nos lo quedaremos.

—¿También? Te equivocas, no vas a quedarte con nada —le dijo Paula en un tono tan frío que el hombre se sorprendió.

—Tienes agallas, muchacha, pero tu cerebro deja mucho que desear, me gustaría saber cómo vas

a impedirlo.

—Suéltalos, solo te lo voy a decir una vez.

El hombre, que a todas luces debía ser el jefe de la banda, soltó una carcajada.

—¡Me gusta mucho tu mujer, Macdonald, creo que me la voy a quedar!

Patrick se revolvió.

—¡Si te atreves a tocarle un solo pelo de la ropa, no habrá sitio donde puedas esconderte, bastardo!

El hombre, ignorando el comentario, le dijo a Paula:

—No os resistáis, lady Paula, sería una lástima que me obligarais a haceros daño, algo tan bello solo debería ser acariciado. Claro que a eso también le pondremos remedio.

Todos los hombres se rieron.

—¿Dónde están los niños y su institutriz?

—Ah, no te preocupes, preciosa, están dentro del bosque, bien custodiados.

—¿Por qué hacéis esto?

—Por dinero, querida, alguien nos paga y nosotros hacemos el trabajo sucio.

—Mercenarios.

—Sí, creo que lo has resumido a la perfección.

—¿Incendiasteis vosotros nuestras tierras?

—Ese fue nuestro primer encargo.

—¿Y en qué consiste exactamente el segundo?

El jefe de la banda, bajando el tono de voz para que solo ella le escuchara, le dijo:

—Supongo que ya no hay motivo para ocultarlo. Para nuestro cliente, los niños y tú sois un estorbo en sus planes. Pensábamos ir a buscarte, pero te agradecemos que nos hayas facilitado el trabajo al presentarte tú voluntariamente. Y ahora, andando.

—¿De verdad pensáis matarnos?

—Para eso nos han pagado.

—¿Y que pensáis hacer con lord Macdonald?

—El será el único superviviente por expreso deseo de...

—De lady Margaret Chattan —lo interrumpió Paula.

—Al parecer tu cerebro funciona a la perfección.

—Una última pregunta, ¿todos sabéis quién os paga?

—Desde luego, ¿pero qué importancia puede tener eso en este momento?

—Mucha —dijo Paula mientras se quitaba la gruesa prenda de abrigo y la dejaba resbalar hacia el suelo.

—No sabes cuánto me ale...

El mercenario se quedó boquiabierto al ver su atuendo y su cuerpo.

—¡Por todos los dioses del cielo, tanta perfección no puede ser de este mundo!

—Tienes razón, no lo es, así que contéplame bien, porque es lo último que vas a ver antes de reunirte con tu creador.

La katana y el brazo de Paula parecían uno solo cuando con un fluido y rápido movimiento le cercenó la cabeza. El silencio se instaló en el claro, y ella aprovechó esos segundos para mirar hacia el hombre que amaba y decirle:

—¡Patrick Macdonald, si vuelves a insultarme o humillarme delante de alguien, te juro que yo misma te corto la lengua! ¡Te dije que solo me verías luchar si mi vida o la de los que amaba estaba en peligro, ahora tendrás la oportunidad, observa y no se te ocurra abrir la boca! ¿Te ha

quedado claro? Simplemente confía en mí, por favor.

Patrick solo tenía en mente cómo librarse de las cuerdas que lo mantenían maniatado para intentar salvar a Paula de una muerte segura, pero aun así asintió.

Paula dirigió su mirada entonces al grupo de hombres y les dijo:

—¿A qué estáis esperando, capullos, acabo de matar a vuestro jefe, es que no tenéis pelotas para enfrentaros conmigo?!

Patrick cerró los ojos un momento, incapaz de creerse lo que había oído. Dos mercenarios comenzaron a avanzar hacia ella. Patrick tenía el corazón desbocado y luchaba con ahínco por deshacerse de las cuerdas, cuando comprobó cómo Paula, en un abrir y cerrar de ojos, acababa con la vida de ambos.

—No tengo todo el día —dijo mirando al resto del grupo.

Lo que Patrick y sus hombres vieron a partir de ahí, no lo olvidarían durante el resto de sus vidas. Atónitos, fueron testigos de la destreza, flexibilidad, agilidad y rapidez de sus movimientos. No habrían pasado más de tres minutos cuando la lucha acabó. Los cuerpos mutilados sin vida de toda la banda estaban esparcidos por doquier, brazos, piernas y cabezas conformaban un grotesco paisaje. Paula sostenía la katana en el cuello del único hombre vivo que quedaba.

—Tienes dos opciones. O confiesas delante del laird Chattan las abominables acciones de su hija y vives, o mueres aquí y ahora. Decídetes, no me queda paciencia.

—¿Confesaré, lo juro! —dijo el aterrorizado hombre.

Paula dedicó unos minutos a inmovilizarlo y después liberó de las cuerdas a los suyos. Tanto Patrick como sus hombres la miraban con una expresión que reflejaba la admiración, el temor y la incredulidad por lo que acaban de presenciar. Al final, uno de ellos le preguntó:

—¿Acaso el mismísimo demonio os entrenó en persona?

—Oh, no, él era peor —dijo Paula con una sonrisa encantadora mientras guiñaba un ojo a Patrick.

—Gracias, lady Paula, por salvarnos la vida. —El marido de Miryam era el que había hablado.

—No tienes por qué dárme las, Alan. Ahora sois mi familia, y la familia se cuida y se protege. Vamos a buscar a los niños y a Emma.

Tres horas después todos entraban al castillo. El prisionero fue arrojado a la mazmorra que ella conocía bien y Paula se fue con los niños.

Al día siguiente fue interrogado y se hicieron los preparativos para partir a las tierras del clan Chattan. Aunque Paula quería acompañarlos para arrancarle ella misma las entrañas a esa mujer que tanto daño les había ocasionado, Patrick le rogó que se lo dejara a él, y ella al final accedió.

Cuando regresaron, Patrick le contó cómo el laird Chattan había abofeteado a su hija delante de todo el mundo cuando la mandó llamar para que confesara, y ella misma se delató cuando se vio acorralada y señalada por el prisionero como la persona que les había pagado para incendiar las tierras de Patrick y haber organizado las muertes de sus hijos y de Paula. El laird Chattan renegó de su hija y la desterró, echándola del castillo tan solo con lo que llevaba puesto y acompañada de uno de sus hombres, que se ofreció a compartir su suerte por amor a ella.

Quince días después las cabañas estaban terminadas y ocupadas por sus felices moradores. El orden había sido restaurado. Para celebrarlo se organizó una gran fiesta en el interior del castillo a la que todos estaban invitados.

Paula decidió ponerse uno de los vestidos que le había regalado Patrick y maquillarse como se hacía en el futuro. Quería estar radiante esa noche. La celebración lo merecía. Eli se encargó de hacerle un bonito y natural peinado. El resultado del conjunto cuando se miró en el espejo que se

había traído consigo la sorprendió gratamente.

El salón estaba a rebosar. Cuando ella entró se hizo el silencio. Todas las miradas se centraron en ella, los murmullos de admiración provenían de todos los rincones. Patrick se quedó sin aliento, su pecho se inflamó de orgullo y amor por ella. Cuando llegó a la mitad del salón, Patrick salió a su encuentro, le cogió ambas manos y en tono grave para que todo el mundo le oyera, habló.

—Hace tiempo que debería haber hecho esto, he estado esperando que llegara el momento adecuado, y ese momento es justo aquí y ahora.

»Cuando salvaste al niño de las llamas, mi comportamiento como jefe del clan fue indigno, como hombre fue aún peor. Hubo un momento que pensé que te había perdido para siempre. Cuando apareciste ante la puerta con el muchacho en brazos, la emoción y orgullo que sentí se transformaron en lo que todos visteis, pasé tanto miedo que mi alegría se transformó en ira, y como consecuencia de ello te reprendí duramente sin motivo y te humillé ante mi clan.

»Necesito corregir mi error y dar descanso a mi mortificada alma, y solo lo conseguiré pidiéndoos perdón públicamente a ti y a mi clan. Solo me queda esperar humildemente ser digno de él.

Mientras Paula le otorgaba su perdón emocionada, el de su clan llegó en forma de un inmenso griterío. Patrick la miraba fijamente a los ojos. Un momento después alzó la mano para hacer callar a su gente. Cuando volvió a reinar el silencio, volvió a hablar.

—En nombre de todo mi clan, quiero agradecerte el habernos salvaguardado de la hambruna y el frío gracias a tu desinteresada y enorme generosidad. Gracias por salvar la vida de mis hijos, la de mis hombres y la mía propia. Nadie ignora lo que allí ocurrió. Nunca un clan se ha sentido tan orgulloso de tener entre sus miembros a una mujer que además de ser sumamente hermosa, bondadosa e inteligente, cuenta con semejantes habilidades en la lucha. Eres una heroína para nuestro pueblo. No te ofendas porque mis hombres te llamen El bello demonio español. Te has ganado la admiración y el respeto más profundo de cada uno de nosotros.

De nuevo los gritos y aplausos resonaron por todo el castillo, esta vez para mostrar su acuerdo con cada una de las palabras de su jefe. Patrick volvió a alzar la mano, y en ese momento el silencio fue mortal. La expectación era palpable en el rostro de todas esas personas tan queridas para ellas.

—Por último, deseo expresarte el profundo amor que siento por ti. Te amo con toda mi alma, Paula, lo único que espero es que me aceptes y poder ser digno de ti.

En ese momento Patrick se arrodilló delante de ella y Paula se quedó sin respiración.

—Lady Paula, ¿me concederíais el inmenso honor de convertirnos en mi esposa?

Paula no pudo soportar tanta emoción y rompió a llorar sin control, mientras asentía con la cabeza.

—Sí, claro que sí. Yo también te amo con toda mi alma, Patrick Macdonald.

Patrick le puso un hermoso anillo en el dedo, y cuando se levantó, Paula se arrojó en sus brazos y ambos se besaron apasionadamente. Entonces la alegría se desbordó entre el clan, y al momento se vieron separados el uno del otro por una horda de exaltadas personas que los felicitaban con emoción y con una sincera alegría.

El resto de la velada fue maravillosa. Hubo comida en abundancia, risas, música y bailes, Paula era absolutamente feliz. Ya era tarde cuando Patrick le susurró:

—Creo que ya va siendo hora de que tú y yo nos vayamos a un sitio más íntimo.

Paula no deseaba otra cosa, y ambos se escabulleron teniendo que soportar mientras salían los

pícaros comentarios subidos de tono de la gente, que a esas alturas y con ayuda de la bebida tenían su lengua desatada.

Durante toda la noche se amaron con pasión. Por la mañana temprano irrumpieron violentamente en su alcoba los niños, que entraron en tromba subiéndose a la cama de un brinco.

—¿Es verdad que Paula y tú vais a casaros, papá?!

—Así es.

La alegría de los chicos explotó, y se echaron encima de ellos besándoles y abrazándoles. Fue hermoso. Tenía una familia, una familia maravillosa.

CAPÍTULO X

La boda se fijó para la primavera. Durante ese tiempo Paula siguió instruyendo a Patrick sobre su tiempo. Él la llevó a conocer el resto de sus tierras y la presentó como a su futura esposa. La besaba a todas horas sin importarle quién pudiera verles, cada noche le hacía el amor y se aseguraba de que ella supiera lo mucho que significaba para él. La llevaba montada en su caballo las noches de luna llena y la amaba sobre la hierba con infinita dulzura. Perfeccionó su español y se aficionó a escuchar música de su ipod. El tiempo pasó volando, y por fin el día de la boda llegó.

El día había amanecido soleado y sin una nube a la vista. Esa noche cada uno durmió en su propio dormitorio, pero ninguno de los dos consiguió hacerlo mucho tiempo. Eli, Miryam y otras dos mujeres entraron temprano en la alcoba de Paula para empezar a prepararla. Le subieron una bañera, le lavaron a conciencia el pelo y le dieron un masaje corporal con aceites perfumados que la relajó y le vino de maravilla a sus maltrechos nervios.

Después ella misma se maquilló, ante el asombro de las mujeres, que no se perdían detalle de los cosméticos que utilizaba y cómo los aplicaba. Cuando terminó, el resultado las dejó pasmadas. Ella les prometió que otro día las maquillaría, y ellas se quedaron encantadas.

Le hicieron un medio recogido en el pelo muy favorecedor entrelazando unas preciosas flores entre su pelo y por último la ayudaron a ponerse el vestido de novia, el cual había sido confeccionado por las mujeres del clan. El resultado del conjunto era espectacular.

Cuando llegó la hora, Diego, que era el padrino, llamó a la puerta para recoger y acompañar a la novia al altar. Cuando la vio se quedó sin habla durante un instante.

—Paula, querida, estás deslumbrante. Jamás una novia ha sido y estado tan hermosa. Si tu flamante prometido en el último momento sale corriendo, te prometo que yo mismo me casaré contigo.

—Si mi flamante prometido sale corriendo, el siguiente evento al que asistirás será un entierro, te lo aseguro.

Diego rio de buena gana.

—Lady Paula, no hagamos esperar más al novio.

Y Paula, cogida del brazo de su amigo, se encaminó hacia su destino. Paula quiso que la boda se celebrase al aire libre si el tiempo lo permitía. El clan en pleno se había engalanado con sus mejores trajes y la estaba esperando, además había muchos invitados de otros clanes. Al divisar a Patrick, su corazón comenzó a latir desbocado. Estaba impresionante con su atuendo de gala. Él la miraba fijamente, embobado. Cuando Diego entregó a la novia, Patrick, sin contener su emoción, le dijo:

—Estás bellísima, amor mío.

—Gracias. Tú tampoco te quedas atrás —le dijo sonriéndole.

Y la ceremonia comenzó.

—Y ahora podéis promulgar vuestros votos —dijo el sacerdote.

Entonces ocurrió algo insólito. Diego se acercó a ellos con una guitarra y tomó asiento. Paula

miró a Patrick sorprendida, interrogándole con la mirada. Él le sonrió, hizo una señal a Diego, y tras los primeros acordes, Patrick empezó a cantar.

—Dios mío —susurró Paula.

Patrick se había aprendido una canción mitad inglés, mitad español, del grupo Il Divo para expresarle su amor. Una realmente preciosa titulada *The man you love*. Y lo más impactante fue descubrir la magnífica voz de tenor que poseía. La canción, en labios de Patrick, decía así:

—Si me ves hallarás en mis ojos el amor,
»eres tú la mitad que a mi vida completó,
»lo que soy te daré sin miedo a algún error,
»creo en ti y dejaré en tus manos mi ilusión.
»Quiero estar dentro de tu corazón,
»poder lograr que me ames como yo.
»*I only wanna be the man*
»*to give you everything I can*
»*everyday and every night*
»*love you for all my life.*
»*I don't wanna change the world*
»*as long as you're my girl*
»*it's more than enough,*
»*just to be the man you love.*
»Quiero ser el lugar donde puedas refugiarte
»el temor y calmar en mis brazos tu ansiedad.
»Desde hoy voy a ser todo para ti.
»Hasta ayer te soñé y ahora estás aquí.
»Quiero oír tus secretos, lo que sueñes descubrir,
»quiero amarte así.
»*I only wanna be the man*
»*to give you everything I can*
»*everyday and every night*
»*love you for all my life.*
»*I don't wanna change the world*
»*as long as you're my girl*
»*it's more than enough,*
»*just to be the man you love.*
»*I only wanna be the man*
»*to give you everything I can*
»*everyday and every night*
»*love you for all my life.*
»*I don't wanna change the world*
»*as long as you're my girl*
»*it's more than enough,*
»*just to be the man you love.*
»*Just to be the man you love.*

Cuando terminó, Paula era un mar de lágrimas. Jamás se hubiera imaginado que Patrick hubiera ideado algo tan hermoso. ¡Cómo le amaba!

El sacerdote, obviamente emocionado también, prosiguió cuando se calmó.

—Lady Paula, vuestros votos.

Paula, increíblemente, había escogido la letra de otra canción de Il Divo titulada *Hasta mi final*, mezclando las frases un poco para adaptarlas a lo que ella quería expresar. Nunca tuvo intención de cantársela, como había hecho él, y aunque en ese mismo momento hubiera decidido hacerle el mismo regalo, tampoco habría podido, tan grande era la emoción que la embargaba y el nudo que tenía aprisionada su garganta. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se repuso lo suficiente como para volver a mirarle a los ojos y encontrar por fin la voz.

—Lo mejor que me ha pasado fue verte por primera vez.

»Y estar así, amor, es lo que siempre soñé.

»Mi lugar es a tu lado, hasta que lo quiera Dios.

»Hoy sabrán cuánto te amo cuando por fin seamos dos.

»Nunca estuve tan segura de amar así, sin condición.

»Hoy te prometo amor eterno.

»Ser para siempre tuya en el bien y en el mal.

»Hoy te demuestro cuánto te quiero.

»Amándote hasta mi final.

No bien había terminado de pronunciar sus votos, Patrick se acercó a ella y la besó con extremada dulzura, saltándose todo el protocolo. Un minuto después aún seguía besándola, así que el sorprendido sacerdote solo pudo decir:

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Yo os declaro marido y mujer. Puedes seguir besando a la novia.

El estallido de alegría y aplausos de todo el clan e invitados les hizo volver a la realidad.

Las felicitaciones se sucedieron durante más de media hora. Cuando ya pensaba que no quedaba nadie que no lo hubiera hecho, observó cómo todos los hombres del clan se acercaban a ella. Paula miró a Patrick con las cejas levantadas, y este le dijo con una gran sonrisa:

—Mis hombres quieren hacerte un regalo.

Cuando llegaron a su altura, ella les enfrentó, y para su sorpresa, todos se arrodillaron ante ella y le juraron lealtad tal y como hacían ante su señor una vez al año. Paula, que sabía que eso era impensable e inaudito, miró de nuevo a Patrick esperando que él le explicara qué significaba eso, al mismo tiempo que intentaba averiguar cómo se lo tomaba él.

—Jamás un clan ha juramentado su lealtad a la esposa del señor. Ellos solicitaron mi permiso para rendirte este honor. No puedo reprochárselo ni negárselo, al contrario, a mí también me honran al considerar a mi esposa mi igual en todos los sentidos, me enorgullece saber que mis hombres te obedecerán y seguirán hasta la muerte.

Paula se volvió hacia ellos de nuevo y emocionada les dio las gracias, prometiendo no fallarles nunca.

Los festejos dieron comienzo poco después, en una pradera cercana al castillo, pues eran muchos los invitados. Miryam hizo las delicias de todos los paladares. Paula abrió el baile con su fabuloso marido y continuó bailando sin parar con todos los que se lo solicitaron hasta que no pudo aguantar más el dolor de pies. Todo había sido perfecto, jamás pensó que pudiera ser tan feliz. Ya había comenzado a anochecer cuando Patrick, viendo su cansancio, le propuso retirarse y dejar que los demás continuasen la fiesta sin su presencia.

—¿Ha estado todo a tu gusto, cariño? —le preguntó Patrick.

—No podría haber deseado nada más. Jamás olvidaré este día. Solo queda una cosa por hacer.

—¿De qué se trata?

—De convencerte para hacer un viaje.

—Te llevaré donde tú quieras, amor mío.

—No, Patrick, seré yo quien te lleve a ti.

Patrick, comprendiendo lo que quería decir, se puso blanco.

—¿¿No estás hablando en serio, verdad?!

—Absolutamente. No creerás que pienso dar a luz a nuestro hijo en esta época, ¿verdad?

—¿Nuestro hijo? ¡Oh, Dios mío!, ¿estás embarazada?

—Así es —dijo Paula riéndose.

Y entonces ese enorme, fuerte, guapo y maravilloso highlander se puso a llorar como un niño mientras la abrazaba, daba gracias a Dios por habérsela enviado y le repetía sin parar lo mucho que la amaba.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento al gran equipo de profesionales de Bubok editorial. Ana Cuervo, Natalia Rubio, Borja Martín-Andino, Daniel Herranz y a todos los demás que lo conforman.

Gracias por la gran labor, apoyo, dedicación, entusiasmo y cariño con la que habéis llevado mi sueño a buen puerto.

Por último, una mención honorífica al Oráculo de Delfos moderno, San Google, que ha colaborado estrechamente conmigo siempre que he necesitado de su sabiduría.